

El españolismo en la producción literaria de los siglos XVI, XVII y XVIII en Chile

Ensayo de interpretación histórico-literaria

INTRODUCCION

Los diferentes estudios que existen sobre la literatura chilena son deficientes o incompletos. Quienquiera que esté ligeramente interiorizado de la suerte de nuestras letras acepta y reconoce este hecho irredargüible. Procede el fenómeno de causas bien notorias, como ser, el criterio estrecho y menguado que prestigia a historiadores y estetas que han emprendido esta labor, hasta el extremo de reducir la actividad literaria a dos principios polares que se excluyen reciprocamente: el histórico o el literario. El historiador estudia históricamente nuestra literatura, sin auscultar el encanto estético de las obras, y el literato lo hace literariamente sin fijar conexiones con la historia o el medio social. Puede afirmarse que todas las obras escritas en Chile sobre el desarrollo de nuestras letras adolecen de este error común.

Don José Toribio Medina, el incansable bibliógrafo, invalida desde su origen el poderoso esfuerzo que significa su *Historia de la Literatura Colonial de Chile*, por cuanto el espíritu y el método de la crítica literaria son distintos en alto grado al de la simple búsqueda y compulsación de afiejos documentos.

Es así como en su obra, no deja el señor Medina documento escrito de la época, a saber, historias, crónicas, biografías,

discursos; etc., que no incorpora al acervo de nuestras primeras letras sin plantearse problemas estéticos ni siquiera de elemental interpretación histórica. El libro es una selva donde (como en la conocida frase «los árboles no dejan ver el bosque») el exceso de materia impide seguir el curso de nuestro proceso literario.

Identifico error advertimos en las obras de don Domingo Amunátegui Solar, don Samuel Lillo y don Adolfo Valderrama, quienes reducen el campo de la exégesis literaria a una simple ordenación cronológica, aislando el fenómeno literario en grandes bloques históricos, sin establecer ningún principio selectivo, social o estético. Tal vez la sombra venerable de don Diego Barros Arana, según observa el señor Francisco Encina (1) ha inhibido la capacidad de independencia mental en nuestros historiadores y a ello se debe atribuir el tipo de historia seca y árida, analítica y positivista, que hasta el momento ha predominado en nuestras letras. El hecho es que estos estudios son trancos, mutilados y estrechos.

Los autores citados incurren en el error de considerar nacional toda la actividad literaria escrita en Chile o sobre Chile a partir del siglo XVI adelante, así como conceden rango y valor artístico a obras que están muy lejos de merecer este título; no establecen ligámenes con el medio social - según Taine - ni con la cultura viviente y animada - según Spengler - pudiendo afirmarse, sin temor a equivocación, que dichos estudios, como todas las obras históricas al uso, están huecos de las grandes corrientes filosóficas que desde el siglo XIX renuevan y vivifican el pensamiento histórico; es explicable entonces que estas obras no gocen del aplauso ni del consenso común de los estudiosos.

Observación aparte merece la obra revaluadora de los escritores de la Colonia hecha por el pundonoroso esteta Eduardo Solar Correa. Es el reverso de la medalla. Lo estético, la belleza inefable, supedita al mundo histórico y extrapoético, como si no tuviesen influencia alguna en el fenómeno estudiado. A este género pertenecen «*Retratos Literarios*» de Raul Silva Castro y el *Panorama de la Literatura Chilena*, de Hernan Diaz Arrieta, obras en que se reduce el análisis literario al simple esbozo individual del escritor conforme a un criterio demasiado subjetivo.

(1) *La Literatura Histórica Chilena y el rol del historiador en la Historia.* 193.

Tal es, a nuestro juicio, el balance poco halagador que presenta nuestra historiografía literaria.

Premeditamos un estudio de la literatura colonial chilena, que no es tan chilena ni tan colonial como han pretendido, nuestros trataclistas, de acuerdo con el criterio de síntesis indicado: considerando la literatura no en una relación de causa a efecto con una estructura social determinada ni como un producto de la influencia ambiente, sino como una forma cultural perteneciente a un grupo social animado cuyos móviles y objetivos debe expresar necesariamente, en formas de estilo heredadas o adquiridas. Existe una literatura de la conquista, como existe una literatura colonial, porque traducen y expresan objetivamente estilos de vida que corresponden a dos ciclos culturales distintos.

La concepción indicada convierte la producción literaria de esta época en una cosa problemática y nuevas soluciones se presentan a la conciencia crítica. Por ejemplo, ¿en qué medida puede generalizarse todo este ciclo literario bajo el nombre común de Literatura Colonial? ¿en qué medida es posible considerar nacional la actividad literaria de estos tres siglos? ¿es justo considerar literarias las obras de Molina, Marmolejo o Lovera? Las respuestas a todas estas interrogaciones constituyen el tema central del presente estudio

* * *

La extensión de las huestes conquistadoras por el suelo americano, después de descubiertas las Indias por Colón, ha sido estudiada por nuestros historiadores siguiendo la huella de los cronistas, en quienes influyó de manera tan violenta el continente que sus obras son la historia de los sucesivos descubrimientos. Barros Arana, José Toribio Medina, y en el extranjero, el señor Carlos Pereyra, han seguido tan de cerca esta tradición que circunscriben el fenómeno al amplio marco continental sin relacionar ni ligar el suceso a la cultura occidental de la época. Este último, en su estudio sobre Hernán Cortés, llega a decir: «Ni Cortés ni los otros fundadores pertenecen a la España peninsular.» (2) No nos parece aceptable este criterio. Creemos, por el contrario, que la dominación de los españoles en América, obedece al nuevo espíritu

(2) Carlos PEREYRA: *Hernán Cortés*, Madrid, 1930.

que domina al hombre europeo a partir del siglo XV, es decir, forma parte de la cultura que adviene en Europa con el Renacimiento. El desenfrenado individualismo, la intimidad profunda del hombre consigo mismo, lo que Burckhardt ha llamado el «descubrimiento del hombre», característica propia y fundamental de la cultura renacentista, se dan en el conquistador con relieves grandiosos; el mundo virgen y sin trabas de las Indias cortará en el espafiol todas las amarras que pudieran unirlo todavía al pasado místico de su tierra y dará lugar a que su alma se manifieste libérrimamente en toda su riqueza expresiva. Un caso típico del nuevo espíritu lo ofrece, a nuestro juicio, Pedro de Valdivia «hombre de altos pensamientos» como lo ha llamado Marmolejo y en quien el «yo» no es parte de su realidad sino su esencia humana misma. Por esta misma razón consideramos errada la tesis del escritor Rufino Blanco Fombona, quien explica la conquista de América como una consecuencia del estado espiritual de España en los siglos XVI y XVII como una obra de la raza. La verdad es que las grandes aristas sensibles del alma española, como ser, su religiosidad, espíritu caballeresco, su lealtad al rey, etc., se quiebran rotundamente en el suelo americano donde actúa sin más norte que su propia conciencia. Tampoco parece aceptable la tesis que presenta don Juan Bautista Terán en el libro *Nacimiento de la América Española*, especie de réplica a la obra de Fombona, en el que se atribuye excesiva importancia a la influencia del medio físico con desmedro del espíritu y de la conciencia activa del soldado español, explicando en función de la «tropicalización» de éste término que usa el escritor «las diferentes formas que revistió la lucha conquistadora.

En realidad, los impulsos, móviles y motivos que animan el alma del soldado conquistador, forman parte del poderoso complejo vital llamado Renacimiento, cuyo señorío en Europa y en la católica España de los primeros Habsburgo, no es posible discutir.

Si se acepta este criterio es fácil admitir el carácter renacentista y extranjero que inspira toda la actividad literaria de los siglos XVI, XVII y XVIII escrita en América; las crónicas y los poemas épicos respiran un profundo españolismo y tanto en la forma como en el fondo pueden vincularse a las grandes corrientes literarias del Siglo de Oro.

Llamar chilenas a estas obras porque aluden a hechos ocurridos en nuestro suelo o porque en ellas se dan descripciones

hermosas de esta tierra, es desconocer el valor espiritual que involucra el término nación, palabra que, a nuestro juicio, implica un sentimiento arraigado de la tierra, de la raza, de un destino común e inmarcesible. ¡Qué lejos están un Ercilla, un Ofia, un Rosales, un Molina, de expresar estéticamente este fenómeno!

Estas consideraciones generales, cuyo análisis más circunstanciado es materia de un capítulo especial, nos ha llevado al convencimiento de que debe negarse todo valor de chilenidad a la producción literaria de los tres primeros siglos de nuestro pasado.

* * *

Tanto los tratadistas del siglo pasado como los tratadistas contemporáneos han dado el nombre común de literatura colonial a los tres siglos de actividad literaria que nos preocupan. Esta denominación no se ajusta a la realidad de los hechos, y dentro del paralelo histórico-literario que preside este trabajo, distinguimos fácilmente dos estilos literarios diferentes en esta época. Existe un escritor de la Conquista como existe un escritor de la Colonia. El primero expresa los grandes complejos vitales que viviera el español durante los cruentos años de guerras y sacrificios por la posesión del suelo chileno, y el segundo, los intereses vitales del período de colonización y asentamiento estable en las tierras conquistadas. He aquí la primera sustancial diferencia. El escritor de la Conquista solamente se preocupa de relatar las sucesivas guerras en que ha actuado como guerrero, carece de disposiciones para el devaneo mental, no menciona nuestro paisaje ni interioriza en la vida del indio. El escritor de la Colonia, en cambio, concede importancia a la descripción geográfica del reino, a su organización política, a las costumbres del indio y del criollo. El escritor de la conquista escribe «por no haber otra historia de las guerras fuera de la de Arzila» (3), según la frase de Góngora (1, farmolejo; el escritor de la Colonia porque «la Europa vuelve al presente toda su atención hacia la América, deseando conocer con erudita curiosidad la diversidad de sus climas, la estructura de sus montes, la naturaleza de sus fósiles» (4) según

(3) Alonso DE GÓNGORA: *Historia de Chile desde su descubrimiento*. Colección de historiadores de Chile, t. 11, p. 5.

(4) Abate Juan Ignacio: *Compendio de la Historia Civil del Reyno de Chile*. Madrid, 1787. pp. 3.

<lice el Abate Molina. O sea, los primeros lo hacen sin el aguijón de la cultura o la curiosidad intelectual, impregnados en lo más íntimo de sus conciencias por la grandiosidad del suceso en que actúan, mientras los segundos están preocupados del buen decir, de la erudición, libres de toda preocupación bélica. Ovalle es un prosista puro y delicado; Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, y Olivares sufren el drama terrible del estilo; los escritores de la Conquista jamás manifestarán quisquillosidades de esta naturaleza. En fin, el escritor de la Conquista vive los hondos motivos guerreros e individualistas del siglo XVI, es soldado y es inculto; por el contrario, el escritor de la Colonia es letrado o sacerdote. ¿Cómo no separar ambos ciclos literarios?

Distinguimos, pues, una literatura de la Conquista, correspondiente al siglo XVI y otra de la Colonia, correspondiente a los siglos XVII y XVIII.

ESPAROLISMO DE LA LITERATURA DE LA CONQUISTA Y DE LA COLONIA

Los estudios de crítica o de historia literaria publicados en el país adolecen de serios defectos que hacen de estas obras papel muerto y sin significado para la cultura nacional. Es este un hecho comprobado que casi no necesita demostración. Sin embargo, la manera cómo los críticos han enfocado esta extralínea anómala que pesa sobre nuestras letras, no nos parece correcta ni equívoca. En efecto, han descargado todo el peso de las responsabilidades en los hombros débiles de sus autores, a quienes culpan de incapaces, sin considerar otros factores que tienen tanta o mayor importancia que éste en la explicación del fenómeno. Entre ellos ocupa un lugar especial, a nuestro juicio, la falta de independencia del género literario, que no cuenta con un grupo de individuos realmente entregados a la indagación histórico-literaria, como ocurre en países de cultura más densa que la nuestra, donde las obras de esta índole se dan por cientos y donde los problemas metodológicos o filosóficos propios del género son estudiados y revisados con particular interés. (1) Considérese este hecho en

(1) Raul SILVA CASTRO: *Estadística de los métodos de la Historia Literaria*. 1933,

toda su trascendencia. Las historias literarias nacionales no están escritas por historiadores literarios propiamente tales, sino por individuos pertenecientes a otras provincias del trabajo mental: historiadores, poetas, críticos impresionistas. Fácil es comprender que ninguno de estos individuos está en situación de interpretar el fenómeno histórico-literario, por cuanto el espíritu y el método del nuevo género son distintos en alto grado a los que ellos emplean en sus investigaciones o creaciones. Escriben, pues, solamente de paso por la literatura, sin expresar hambre ni pasión intelectual de ninguna especie, factores indispensables para dar a una obra perfiles definidos y valor permanente.

No es esto lo más grave. La injuria remata definitivamente cuando pretenden interpretar el proceso literario nacional con los mismos métodos o principios que orientan sus respectivas especialidades. El historiador lo hará estudiando históricamente nuestra literatura: el poeta sin norte ni mediodía alguno, y el esteta despreciando los factores extrapoéticos en nombre de la belleza, que es lo único que parece interesarle. De estas influencias, la más grave, a nuestro juicio, es la de la historia, ciencia a la que la historia literaria ha estado subordinada con detrimento de su sentido y valor espiritual. Recordemos que Barros Arana, José Toribio Medina y Domingo Amunátegui Solar, historiadores de reconocida personalidad, han escrito obras histórico-literarias que la crítica ha aplaudido con muy pocas reservas. Pues bien, son estos autores los que han dado la pauta a todos los trabajos de esta índole escritos posteriormente. De ellos son los métodos, las clasificaciones, las finalidades.

Tocamos una materia de suyo delicada que hemos considerado prudente preparar con esta breve disertación. Los vicios generales que invalidan las obras dedicadas al examen de una parte o de la totalidad del proceso literario nacional, son los mismos vicios que estrechan el marco de nuestra producción histórica. Así, por ejemplo, la clasificación corriente de la historia nacional en tres periodos, la Colonia, la Independencia y los Tiempos Modernos, es una imagen inexacta, que naturalmente, los tratadistas literarios no han podido eliminar de sus estudios por las causas anotadas.

No es efectivo que nuestra literatura empiece con los primeros poemas o crónicas escritos en la época de la Conquista y de la Colonia. No tienen nada de nacional las obra

de Ercilla, Gôngora Marmolejo, Lovera, Pedro de Ofia, Alonso Ovalle, Diego de Resales, Molina, escritores que tanto por la forma como por el fondo tienen mäs relación de sentido con las grandes corrientes literarias españolas y europeas de la época. En consecuencia, hacer figurar estas obras al lado de la literatura chilena de los siglos XIX y XX, y sobre todo, colocarlas en el punto inicial de nuestro proceso literario, es un error tan grande que no creemos tenga precedente en literatura de país alguno. En España, por ejemplo, se comienza el estudio de la literatura con los cantares o poemas de gestas, y eso está bien, pues nadie puede poner en duda que el soplo intimo que anima a estas creaciones es profundamente español. El Cid es el espejo de España, como lo es el Quijote y como lo serán más tarde las obras de Galdós o de Unamuno. Del siglo xn al xx hay en la literatura peninsular un lazo interno cordial que la une e identifica como pertenecientes a una misma familia literaria, confundiéndola con la nación misma. El caso es muy distinto entre nosotros. La literatura llamada colonial, que con mejor criterio, hemos dividido en literatura de la Conquista y de la Colonia, no tiene ningún parentesco forma! ni de sentido con la creación literaria de los siglos XIX o XX. Alonso de Ercilla y Zúñiga, pongamos por caso, es profundamente distinto a Pezúa Veliz en el contenido espiritual de su lirismo. Y generalizando este sencillo ejemplo a toda la actividad literaria de esta época, inferiremos que es más bien española y no chilena como hasta ahora se ha sostenido. De manera, pues, que empezar la historia literaria nacional con el estudio de estas obras envuelve un error trascendental en la correcta apreciación cronológica de ella. La literatura chilena no empieza en el siglo XVI ni en el XVII ni en el XVIII, sino que algo más tarde, en la primera mitad del siglo XIX con la brillante generación de 1842.

* * *

Una prueba irredargüible del fenómeno anotado se encuentra en los propios tratadistas literarios. Frente al problema que nos preocupa, responden dubitativamente, sin seguridad en los conceptos, o bien, incurriendo en errores sustanciales. ¿Es o no chilena esta literatura? He aquí la pregunta que debe responderse inevitablemente. Refiriéndose a la literatura colonial dirá don José Toribio Medina en las páginas

linninares de su obra: «Las palabras *literatura chilena* no se refieren, como fâcilrrente se deja entender, sino al cultivo que el pensamiento en todas sus formas (sic) alcanzó en Chile durante el tiempo de la dominación española. Aquella literatura puede decirse que fué una planta exótica trasplantada a un suelo virgen, nada más que al arroyuelo que va a derramarse en la corriente madre.» (1) En este juicio enredado y lleno de vacilaciones esta entero todo el libro de Medina. Llama literatura al «pensamiento en todas sus formas», craso error como puede verse, y, en realidad, consecuente con él no dejó texto escrito de la época que no analizó y estudió como obra literaria; primer error importante del infatigable bibliógrafo; a continuación no se decide a dar el paso decisivo cuando le asaltan las dudas sobre la difícil naturaleza espiritual de estas obras, incurriendo en paradojas realmente curiosas en la interpretación de algunos autores, (2) a los cuales termina por estudiar como pertenecientes a la literatura nacional. El libro de Medina es la primera obra de historia literaria de alguna importancia aparecida en el país; ahora bien, la primera imagen que él se trazara de nuestra literatura ha pervivido por espacio de dos siglos. Nadie, ni Adolfo Valderrama, ni Samuel Lillo, ni Eduardo Solar Correa, escapará a esta inexplicable influencia. Por distintos caminos todos llegan a la misma conclusión.

Otro ejemplo. Don Domingo Amunátegui Solar, refiriéndose a *La Araucana* dice en el *Bosquejo Histórico de las Letras Chilenas*: «¡Por qué los estudios sobre la literatura chilena invariablemente empiezan por el análisis de *La Araucana*, siendo así que fué obra española y compuesta por vate español? La respuesta es obvia y ya la dió don Andrés Bello: «porque *La Araucana* es el poema nacional de Chile, único hasta ahora de los pueblos modernos cuya civilización ha sido inmortalizada por un poema épico.» (3) Fácil es advertir el error implícito en esta argumentación. El poema de Ercilla no es la obra nacional de Chile, por la razón sencilla de que no expresa nada de nada nacional: ni el paisaje, ni las costumbres aborígenes, ni el hombre o mujer chilenos. Todo aparece en el poema profundamente alterado. Colo - Colo, Lautau-

(1) José Toribio MEDINA: *Historia de la Literatura Cckmial de Chile*. Santiago.

(2) Así, por ejemplo, refiriéndose a la pintura de la naturaleza hecha por Oñia, en la que figuran el «jabalí», el «tigre», etc. dice: «cualquiera que no sea hijo de esa tierra, se sentiría transportado al corazón de África.» A pesar de estas contradicciones y otras Medina estudia a Oñia como escritor chileno.

(3) *Bosquejo Histórico*, p. 14.

ro, Fresia, Caupolicân, no son de ninguna manera nuestros antepasados, por cuanto el poeta los ha idealizado, espafiolizado diríamos mejor. Algo perdurable y edificante, sin duda ha creado *La Araucana*: el rrito de la ra7a chilena, la que aparece revestida de altas virtudes, y de un elevado heroismv.

Mâs tarde, afimlaremôs en él nuestro sentimiento de voluntad y permanencia histolicas, volviendo la mirada a las paginas del libro. Pero basta que esta imagen del indigena sea un *mito* - como ha observado oportunamente Eduardo Solar Correa - para que ya no sea historia.

Consideremos, por ultimo, la opinion de un tratadista de alta sensibilidad y bien informado, don Eduardo Solar Correa, muerto prematuramente para desgracia de las letras nacionales. Su opinion no equidista de la de los autores susocitados, y, por el contrario, es radical e inequivoca en cuanto a considerar chilena a esta literatura: «La influencia del medio,- dice - a juzgar por sus obra, pudo mâs que el nacimiento y la educacion. Nada hay que los emparente con la literatura peninsular, floreciente en la lirica, en el teatro y en la novela; en cambio, sus gustos y tendencias y hasta sus defectos, hâllanse en perfecta consonancia con los de la literatura criolla. (4) La tradicion historiogrâfica, iniciada por José Toribio Medina, viene a morir en Solar Correa, sin variaciones de importancia, entregada a la ley de la rutina y de là incrcia. Sus mismos métodos y concepciones perjudican de hecho a la historia literaria.

Nuestro pensamiento sobre esta materia, seg(m se ha dado ya a entender, es diametralmente opuesto. La literatura de la Contjuista y de la Colonia, antes que la expresion de la nacionalidad nuestra, es el reflejo fiel de los poderosos moviles y m'otivos culturales de la Espafia renacentista. Basta objetivar los hechos historicos, estableciendo una prudente distancia entre el pasado y el presente, conforme al patético consejo de Oswald Spengler para advertir que la tonica cultural de aquella époèa, los impulsos e ideales de los hombres de entonces, estân sometidos a la camisa de fuerza del sino de la cultura renacentista. Antes que el punto inicial de nuestra historia en el orden cronologico, cabe mâs bien considerarlo como el lento y obscuro proceso porque paso nuestro pais antes de ad-

(4) *Semblanzas Literarias de la Colonia.* 193J.

quirir plena conciencia de si mismo, de su propio destino. Es decir, aquella época no es historia todavía, sino prehistoria, drama de la obscuridad y el caos por alcanzar la luz. Tres siglos más tarde, en tiempos de Portales, insurgirá viva la nación, plena de un contenido propio, como un atado de fuerzas dispersas que al fin han conseguido unidad y sentido.

Henos ante el punto decisivo de toda esta larga disquisición: la nación. ¿Qué es? ¿Cuándo a un pueblo puede considerársele una nación? La respuesta es sencilla. La nación antes que una realidad de orden físico, material y social, es una realidad de orden espiritual, un sentimiento vivo presente en el ánimo y en el ambiente de todos los individuos que viven juntos en una tierra y tradición común, sentimiento que solo aparece cuando este pueblo se levanta en el medio histórico con decidida voluntad de ser. Ese momento en Chile se presenta en tiempos de Portales, encontrando más tarde acabada expresión literaria con la brillante generación de 1842. Los artículos políticos y literarios de la época no dan margen a dudas; a través de su lectura sentimos el vibrar de un pueblo joven, recién nacido a la vida, que respira con sus propios pulmones. Ellos nos dirán mejor que el documento frío o el decreto-ley que la nación ha entrado en cintura y está en vías de una mayor edad.

José Victorino Lastarria revela claramente la aparición de este nuevo espíritu en el discurso pronunciado en la Sociedad Literaria célebre por tantos motivos. Dice estas palabras:

«Pero ¿cómo ha sido, cuál es en el día nuestra literatura? ¿A dónde hallaremos la expresión de nuestra sociedad, el espejo en que se refleja nuestra nacionalidad? Aterradora es por cierto la respuesta a una pregunta semejante; pero así como rompe con audacia su vuelo la simple avecilla después del espanto que le causa la explosión mortífera del arcabuz del cazador, romperemos nuestra marcha después del terrible desgajamiento que nos causa la idea de nuestra nulidad cuando veamos que necesitamos formarnos con nuestros propios esfuerzos. Apenas ha amanecido para nosotros el 18 de Septiembre de 1810, eslamos en la alborada de nuestra vida social y no hay un recuerdo tan solo que nos ayude, ni un lazo que nos una al pasado antes de aquel día. Durante la Colonia no rayó jamás la luz de la civilización en nuestro suelo. Y cómo había de rayar. La misma nación que nos encadenaba a su pasado carro triunfal permanecía dominada por la ignorancia sufriendo el

poderoso yugo de lo absoluto en política y religión. (5) Mas adelante, agrega: <Pèdro de Qfia, que seg(m las noticias de algunos eruditos, escribió a fines del siglo xvr dos poemas de poéo mérito literario, pero tan curiosos como raros en el día; el célebre Lacunza, Ovalle el historiador y el candoroso Molina, que ha llegado a granjearse un título a la inmortalidad con la Historia de su patria, son los cuatro conciudadanos y quizá los Cuicos de mérito que puedo citaros como escritores, pero sus p"roducciones no son timbre de nuestra literatura, porque fueron indígenas de otro suelo y recibieron la influencia de preceptos extraños. Desde 1810 hasta pocos años a esta parte, tampoco hallo obra alguna que pueda llamarse nuestra y que podamos ostentar como característica.» En este juicio de Lastarria debemos distinguir dos partes: Primero. La conciencia bien clara en el autor de que sólo en aquella época apunta el nacimiento de la nación. y Segundo. De que la literatura anterior a esta época es indígena de otro suelo. Oigámosle corroborar este mismo pensamiento a propósito de la concepción que tiene del cuento chileno, género cuya prioridad, en las letras chilenas, como ha demostrado Raul Silva Castro, corresponde al mismo Lastarria: Ellos no tienen más mérito - dice - que el de ser testimonios históricos de un tiempo que no se puede olvidar. Los ensayos de novela no presentan estudios de sentimientos y de caracteres, carecen de plan y de enredos; no tienen más que un arte, el de la narración sencilla de sucesos de la vida de personajes de acá. En un mal discurso hecho a la sociedad de estudiantes (se refiere al que ya hemos citado) había dicho yo a los jóvenes que nuestra literatura debía ser nacional porque no había pueblo que más que los americanos tuvieran que ser originales en su literatura, porque todas sus modificaciones les son peculiares y nada tienen de común con los que constituyen la originalidad de la del viejo mundo.» (6) De otro lado, José Joaquín Vallejo, el Larra chileno, corrompido han dado en llamarlo con criterio fácil nuestros críticos, siendo así que el simil difcilmente resiste la prueba de un análisis objetivo, cogera en artículos sabrosos y espumantes jirones vivos de la tierra chilena. El paso ya está dado. La literatura chilena cantará desde ahora nuestra típica realidad. Pues bien, este sentimiento, este espíritu es el que no asoma en

(5) *Ruendos Literarios*. 1867. pp. 110 y 111.

(6) José Victorino LASTARRIA: *11fisolaneas Historicas*.

parte alguna en la literatura Hamada colonial. El fenómeno es perfectamente visible tanto en las obras poéticas de carácter épico como en las crónicas de los siglos XVI, XVII y XVIII. Precisamos, empero, establecer en este fenómeno ligeras variaciones y modalidades que permiten darse cuenta cómo en el dominio de lo chileno se sigue una línea ascendente, caracterizada por la ausencia absoluta de toda alusión a lo nacional en la literatura del siglo XVI; por el mejor conocimiento que de las cosas de nuestra tierra revelan los escritores del siglo XVII, verbigracia, Ovalle y Rosales; y por cierto vago y confuso chilenismo, realmente paladino en Felipe Gómez de Vidaurre, que nos hace considerar a la literatura del siglo XVIII como una época de transición entre la literatura chilena y la española.

En realidad, tanto Ona como Molina, Vidaurre u Ovalle, escritores de quienes pudiera creerse que son chilenos, por cuanto han nacido en nuestro suelo, literariamente son españoles, pues se comportan como tales a través de sus obras, excepción hecha de Felipe Gómez de Vidaurre, quien, como veremos más adelante, es el primer ejemplar estrictamente chileno en el campo de la literatura

Veamos cómo poetas y cronistas aluden a nuestra tierra.

Alonso de Ercilla y Zúñiga en *La Araucana* desvirtua, llevado por su hondo espíritu renacentista, las características propias de la nación, ya sea idealizando al indio o confundiendo graciosamente nuestra flora vegetal con la de otros países. Un ejemplo: se trata de la elección de capitán general de las fuerzas araucanas; es necesario para alcanzar este honroso título soportar sobre los hombros, en un amplio torneo, un grueso y pesado madero el mayor tiempo posible. Paicavi, sale a la palestra dispuesto a obtener para sí el galardón:

*Pues el madero subito traido,
(no me atrevo a decir lo que Pesaba),
era un macizo lfbano foinido,
que con dificultad se rodeaba.
Paicavi le aferró menos sufrido, . . .*

(Canto 11)

Que nosotros sepamos no existe en nuestra flora el Hbano y solo aparece en el poema de Ercilla por obra y gracia de su imaginación, profundamente cargada de renacentismo. El poe-

ta habla de memoria sobre el paisaje del sur y su memoria, en realidad, es mala. En otra parte alude el poeta a la indignación de Fresia en presencia de Caupolicán, hecho prisionero por los españoles. Las palabras bravas y orgullosas de la heroína no corresponden a su cultura ni al espíritu de los aborígenes.

Estarfan mejor en labios de una mujer e-spartana:

*No revento con llanto la gran pena
Ni de flaca Inujer dió allí la mues/ra;
antes de furia y vitia rabia llena,
con el hi10 delante se le muestra.
Diciendo: «La robusta mano ajena
que así legó tu afeminada diestra,
mas clemencia y piedad contigo usara
si ese cobarde peczo atravesara.
i Eres tu aquel varan que en pocos dias
hinczó la redondez de sus lzazaiias,
que con solo la voz temblar hacia
las re,notas regiones mas extranas?
¡Ay de mi! Como andaba yo engmiada
con altiveza y pensamiento ufano,
viendo que en todo el mundo era llamada
Fresia Inujer del gran Caupolicano.
Y agora miserable y desdichada
todo en un punto me ha salido vano,
viéndote prisi-onero en un desierlo
pudiendo haber lwnradamente muerto*

*Dime, daltote esfuerzo, f alto espada
para Lriunfar de la mudable diosa?
i No sabes que una breve muerte ltonrada
hace inmortal la vida y gloriosa?
Miraras a esta prenda desdichada
pues que de ti no queda ya otra cosa;
que yo, apenas la nueva me viniera
cuando muriendo alegre te siguiera.
Tom,a, toma tu hijo,- que era el l-udo
con que el Ucito amor me habia ligado;
que el sensible dolor y golpe agudo
estos fértiles pechos han secado;*

*cria, criale tu, que ese membrudo
cuerpo, en sexo de hembra se ha trocado;
que yo no quiero titulo de madre
del hijo infame del l'nfame padre.»*

(Canto XXXM. Parte 3.●)

Y así es el libro. ¿Puede llamarsele, con justa razón, el poema nacional de Chile, como quiere el señor Amunátegui Solar? Indudablemente, no. Léanse los episodios idílicos incluidos en el poerría - el de Guacolda y Lautaro en el Canto XIII, parte 1.ª y el muy hermoso trance amoroso de Teguida libre de «cuidado, de amor y desventura» que un día «ardiendo en vivo fuego el pecho frío» entregó su amor, altivez vencida, al gallardo Crepino (Canto XX, parte 11.a) - y se comprenderá en qué medida Ercilla desconoce la psiquis araucana. Es útil también recordar algunas palabras sueltas del prólogo de la parte 2.ª, en las que el autor coloca los sucesos que relata en sus debidas proporciones. «No es poco atrevimiento - <lice -, refiriéndose a las batallas de San Quintín y de Lepanto que intercala en el poema - querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde > Quien así escribe es, indudablemente, un español auténtico.

El caso de Ona es idéntico y aun más grave que el de Ercilla. Nuestros tratadistas lo han llamado el patriarca de la poesía chilena, el primer poeta de la lírica nacional, títulos que en realidad no le pertenecen, pues, Ona no tiene nada de nacional y, por el contrario, si se le compara a Ercilla, resulta que es más español y más cortesano que éste. Su actitud ante el indio y ante el paisaje es alevé y es falsa. Menosprecia a aquél sin piedad alguna, negándole incluso su atributo más relevante y destacado: el valor; sobre la tierra chilena, teatro de suaves y dulces exaltaciones sensibles, pone un manto de colores orientales y rabiosos completamente extraños al paisaje chileno. Obsérvese cuán poco importa en este caso el lugar de nacimiento en la filiación social de un hombre. Por otra parte, no debemos olvidar que Ona no nació en un país determinado llamado Chile, sino en un campo de Agramante, en una tierra en guerra, calida de sangre y de ardor bélico, cuando la alternativa español - araucano era la (mica instancia válida para los dos bandos en lucha.

Hemos dicho que Ona negó la virtud más saliente e indiscutible del indio: su valentía. Así es, en efecto. Pertenecien-

do a una raza indomable - hecho que la lùstoria reconoce - nos lo presenta cobarde e indigno de poblar la tierra. Dice de él:

*¿Qué vibora, qué sierpe ni culebra
se puede comparar al araucano?
Quemar parece al cielo con miralle
y Jzelsele de miedo todo el valle.*

(Canto 1)

Ercilla nunca hablarâ de esta manera. Su espíritu es mâs ecuânime, justiciero y varonil que el de Ofia. Frente al indio y al espaiol, cuando se trata de decir la verdad, la balanza se inclina en favor del primero. El araucano es valiente, y lo dice; es vilmente explotado en las minas y lavaderos de oro, y también lo dice. Ofia, no. Llevado por su espíritu cortesano hace tabla rasa de la verdad, falsificândola arbitrariamente. Se infiere de lo dicho que siendo Ercilla espaiol es mâs clùleno que Ofia, y que siendo Ofia chileno, segûn los trntadistas, es mâs espaiol que Ercilla. Extrañas paradojas a que conduce la interpretación acomodaticia y fâcil de nuestra literatura.

Sigamos al poeta en este mismo aspecto de su obra. Galvarino llega con sus manos cortadas al Senado (sic) araucano y arenga enérgicamente a sus huestes:

*Entro de la manera que venia
al tiempo que en el inclilo Senado
sobre segufr o darse a Don Hurtado
muchos y varios placitos habia.*

Y sigue:

*Mas, aunque parte de él contradecia
lo que es rendir el cuello no domado,
los Inas, niirando el publico e interese,
eran de parecer que se n'ndiese.*

(Canto xvii)

En el canto v, uno de los mâs hermosos del *A-rauco Domado*, se refiere el poeta a los amores de Fresia y Caupolicân. Los amantes estân en el valle de Elicura degustando las mieles

siempre sabrosas del amor. El paisaje que nos pinta es convencional y convencional] también Es el lenguaje de los amantes:

*Aquí Caupolicano caluroso
 con Fresia como dije, sesteaba,
 y sus pasados lances le acordaba
 por tierno estilo y ténmno amoroso:
 no estaba de la guerra cuidadoso,
 ni cosn por su cargo se le daba,
 porque do esta el amor apoderado,
 apenas puede entrar otro cuidado.
 Por una Parte el sitio le provoca;
 la ociosidad por otra le conv2da
 Para c0tmnicar a su que-rida
 palabra, Immo, peciw, rostro y boca,
 y al regalado son que am07 le toca,
 le canto: "Dulce gloria, dulce vida,
 ê,quién goza c0lno yo de bien tan alto
 sin pena, ni lernor, ni sobresalto?
 i.Hay gloria o puede habella que se 1-guale
 con esta que resulta de tu vista?
 ;_Hay pecho tan de nieve que resista
 al juego y resPlandor que della sale?
 lQué vale cetro y mando, ni qué vale
 del Universo lvlundo la aonqu'ta
 tespecto de lo que es haber!a hecho
 al 7mtro inexpugnable de tu pecho?
 Dichosos los Peligros desiguales
 en que por ti me Puse amores mios.
 Dichosos tus desdenes y desvios,
 dichosos todos estos y otros males.
 Pues ya se Jwii reducido a bienes tales,
 que entre estos altos alamos s0lnbrios
 tu libre cuello rindas a mis brazos
 y a tan estrechos vinculos y abrazos>
 «Ay...; Fresia le responde, dueiw amado,
 y como no es de Mnor Per)ecLo y Pttro
 Jwlla-rse en el contento tan seguro,
 sin pena, sin te-mor y sin cuidado;
 pues nunca tras el dulce y tierno eslado
 se dcja de seguir el agro y duro,
 ni viene el bien, st' vez alguna vino,*

*sin que le ataje el mal en el camino.
De mí te sé decir, mi raro esposo,
(no sé si es condicion de las mujeres)
que en medio de estos gustos y placeres
se simte aca mi pecho sospechos].....*

*Su regalada Fresia, que lo atiende,
y sola no se puede sufrir tanto,
con ademân airoso lanza el manto
y la delgada tunica desprende;
las mismas aguas frfgidas enciende,
al o fuscado bosque pone espanto,
y Febo de proposito se para,
para gozar mejor su vista cara.
Abrasase mirlIndola dudosa,
si juese Dafne en lauro convertida,
de nueuo al ser lzumano reducida,
segun se siente della cudicioso;
descubrese un alegre objeto hermoso,
bastante causador de muerte y vida,
que el monte y valle viéndolo se ujana,
creyendo que despunta la mmiana.
Es el cabello liso y ondeado
su frente, cuello y nzano son de nieve,
su boca de rubi graciosa y breve,
la vista garza, el pecho relevado.*

(Canto v)

Y así es la lírica de Pedro de Ona: renacentista, espaiiola, emocionada de belleza y color. En ella brillan por su ausencia las alusiones auténticas a nuestra tierra y solamente el criterio fácil y rutinario de la crítica nacional ha podido señalarlo como el padre de nuestra lírica. Es necesario, desterrar definitivamente este grave error de apreciación.histórico - literano.

El fenómeno se repite en los cronistas de esta época. Alonso de Góngora Mam,olejo, Pedro de Valdivia, a quien cabe más bien estudiar]o como cultivador del género epistolar, y Pedro Marifio de Lovera no manifiestan en parte alguna este sentimiento. de chilenidad que buscamos. En el capítulo LIV de la Crónica del Reino de Chile escrita por Lovera, figura una conversación entre Lautaro y Llanos Veas, en la que se preten-

de, seguramente, pintar el carácter orgulloso y soberbio de Lautaro, pero es artificiosa. Dire Lautaro: «Pues entrades con la voz de Jacob y las manos de Esau, predicándonos Ley de Dios y ejercitando la del demonio para dorar vuestros engafios y cogernos el oro fino de nuestras minas. (8) De esta manera hablan todos los cronistas, esto es, atribuyéndole al indio virtudes o defectos que no tiene.

Los escritores del siglo XVI al referirse a nuestro suelo efectuaron una curiosa operación: trasladaron al indio y a la visión de la tierra los hábitos culturales inherentes a su ascendencia española. Hicieron lo que tenían que hacer: escribir como españoles. Justo es, entonces, reintegrarlos a la literatura a que realmente pertenecen.

* * *

El siglo XVII ofrece una fisonomía distinta a la del siglo XVI. Mientras éste está caracterizado por las interminables guerras entre españoles y araucanos, guerras que comunican al país un ámbito cósmico y anárquico, en el siglo XVII la presencia del Estado cambia radicalmente el orden de cosas. Chile ahora está sometido a jurisdicción; las aristas esquinadas y bravías de los soldados se pulen a fuerza de respeto y sometimiento a la autoridad real representada por Gobernadores legítimamente nombrados por la Corona; la guerra, que antes ocupaba todo el centro de Chile, se desplaza a los márgenes sur del Bio - Bio, lo que permite la formación lenta de la vida colonial en Santiago, La Serena, Chillán y otras escasas ciudades. El poblador desplaza al conquistador en el mando de la vida social. La ambición desenfrenada y sin límites de antes deviene en fénido espíritu religioso y evangelizante. El español lucha ahora más por la cruz que por el oro. Evidentemente, los tiempos han cambiado. La literatura no es ajena o extraña a este fenómeno. Quiénes ejercen el noble oficio de las letras son sacerdotes o letrados, personas cultas, como el fino y sensible Alonso Ovalle, el enérgico y robusto Diego de Rosales o el triste Nufiez de Pineda y Bascuñán, mejor poeta que prosista, en quien apunta una de las voces líricas más depuradas de este siglo.

(8) Pedro de Valdivia DE LOVERA: *Crónica del Reino de Chile*. p. 187.

Todos estos escritores realizan una obra desconocida hasta ahora: descubren jirones viejas de esta tierra. Unos, el paisaje, con la vasta sinfonia de sus selvas, montañas y rios; otros, las costumbres de los indigenas. Son veraces y sinceros. En sus palabras palpita un sentimiento cálido y suave de admiración y cariño a esta tierra. Y, por otra parte, tanto la prosa como el verso adquiere en sus manos altas calidades estéticas. El lenguaje es plástico, ceñido al pensamiento, sobrio y emocionado de color. Evidentemente, estamos frente a un tipo de literatura muy distinto al de la Conquista. Esta literatura por ser expresión de nuevos intereses colectivos ahincados en la sociedad de entonces es la que nosotros llamamos, propiamente hablando, literatura colonial.

Ante el dilema de si es chileno o no este ciclo literario, debemos responder negativamente. A las razones aducidas con anterioridad, agregaremos otras. Posiblemente para muchas sea una peligrosa audacia afirmar esto perentoriamente, sobre todo cuando las pruebas objetivas y la fría elocuencia de los hechos, como nos ocurre con Ovalle, no salen a nuestro encuentro con la oportunidad requerida. Pero en el terreno del arte y aun de la Historia, el conocimiento recae más en la intuición mística de la realidad que en los procedimientos analíticos o deductivos gratos al pensamiento positivista. Así, por ejemplo, en la *Historica Relacion* del Padre Ovalle no aparece en parte alguna una confesión explícita de su chilenidad o espafiolismo. Pero, ¿es necesario que el autor tenga que decirlo para damos cuenta del típico fenómeno? ¿Por qué son nacionales, y bien nacionales, las obras de Dostoiewski, en Rusia; de Cervantes, en España; de Guiraldes, en Argentina; y las de Blest Gana, en Chile? ¿Será porque sus autores nos lo dicen a cada instante? Permitásenos una última argumentación sobre este tópico. Estimamos que una obra literaria cualquiera es nacional cuando la alternativa sujeto y objeto, hombre chileno, argentino, español, etc., con tierra española, argentina o chilena, se da fundida en una sola realidad. Este fenómeno no se presenta en el siglo xv ni en el xviii y, como observa Lastarria, tampoco es visible en las creaciones literarias de comienzos del siglo xix. El Padre Ovalle alaba y colma a Chile de hermosos conceptos y atributos, pero éstos no constituyen, a nuestro entender, una prueba de chilenidad. Ve al indio y lo ve bien; ve el paisaje y es sincero y fiel en su descripción. Pero de aquí a inferir que esta literatura forma parte del acervo histó-

rico nacional, hay una distancia considerable. Basta leer la obra para sentir este fenómeno.

Si Ovalle no es paladino y explicito en la afuwación de su sentimiento estético, el Paàre Rosales, contemporáneo suyo, no deja margen a dudas al respecto. He aquí la defensa que hace de la *Historia General del Reino de Chile*, anticipándose a las posibles suspicacias de sus lectores: Y yo confieso que a no aver visto por vista de ojos muchas de las rosas de esta historia y a no ver tenido relaciones tan Yeridicas de personas que se hallaron presentes a los sucesos que en ella se refieren, no me atrevería a escribirla por no incurrir en la nota de menos puntual. Y a(m con aYer estado afios doctrinando los indios Araucanos, los de Tucapel, Pajcavi, Borná, Toltén, Imperia], Villarica y aver discurrido por toda la tierra desde Santiago a Chiloé,- ayer pasado dos veces la cordillera y puesto en paz a los puelches y peguenches, comunicado con hombres muy entendidos de sus usos, costumbres y ritos o cerenonias, y examinado diligentemente los sucesos de la guerra y acompañado muchas veces el ejército, que todas son circunstancias que acreditan mucho la verdad temo, según los pareceres de los hombres y las inclinaciones a censurar, que algunos podrán dudar en la puntualidad. Mas puedo asegurar que me he preciado de ella y afectándola con todo cuidado, ya por mi profesión; ya por mis años y ya *por castellano*, que en la sinceridad de la verdad y en la puntualidad tienen mucho crédito adquirido los que lo son. (9)

Este lenguaje recuerda el estro abundante de Feijoo y las mejores páginas de las letras españolas.

Llegamos al siglo xvrn. Las cosas no han variado fundamentalmente con respecto al siglo anterior. El periodo de la Conquista ha sido superado en forma absoluta. El anóguo minero que era el conquistador, hombre maso menos nomade, que va donde brilla el oro o donde lo Hama la gloria, ha terminado por arraigarse en la tierra, abrazado a ella, por la fuerza misma de su obra. Pronto sentira deseos de romper el aislamiento odioso en que económica y culturalmente lo mantiene la metr6poli, buscando el mercado de los demas países europeos. Dos establecimientos educacionales importantes, la Universidad de San Felipe y el Convictorio de Santa Carolina, enseñan a los hijos de la oligarquía reinante el latín y la gramática,

(9) *Historia General del Reino de Chile* pag. 110. T. I.

cifra máxima del saber de aquellos tiempos. Y en el fondo abigarrado de la vida colonial, jacinto azul torcido sobre el alma de los criollos, la Quintrala, mujer satánica y devota, enseña a los hombres el misterio impenetrable del amor.

Planea por sobre todo el ambiente colonial un vago y confuso sentimiento de chilenidad. Molina, desde Italia, llamará a Chile el jardín de América. amoroso requiebro de un alma nostálgica de su tierra: y Felipe Gómez de Vidaurre, por fin, dirá la palabra plena de contenido nacional, palabra válida por todo argumento: *¡Mi Patria!*. Este Mi Patria, apuntalado entre dos exclamativos, signos cordiales y animicos, es el misterio que se nos revela, es la aparición de Chile. Oigamos hablar a nuestro primer compatriota: «Conozco lo grande del asunto - dice, al justificar en el prólogo su *Historia Geográfica Natural y Civil del Reino de Chile* - y veo que mis fuerzas no pueden llegar a llenar el proyecto. Con todo, yo lo abrazo por el deseo que tengo de servir al público y de hacer conocer a mi patria en su propio y verdadero aspecto.» (10) Es más. Por si alguien dudara todavía del arraigado chilenismo de nuestro compatriota, conviene que le oigamos la hermosa defensa que hace de nuestras riquezas minerales: «Cuando se despierte en ellos el espíritu de comercio y se avive la industria y se cultive las ciencias de las artes, serán estas cosas la fuente inagotable de sus riquezas, no menos reales y verdaderas que lo que creen ahora las minas de oro, plata y cobre, que con tanto sudor trabajan para no gozarlas sino para que las disfruten los extranjeros.» (11)

Palabras son éstas de un adelantado a su tiempo que bien podrían suscribir los más señalados defensores actuales de nuestra integridad nacional.

Quédanos una última disquisición para cerrar este capítulo. Nadie ignora que el mundo civilizado en el siglo XVIII fué profundamente francés en las tendencias e impulsos externos de la vida de los pueblos. Chile no escapó a esta influencia. Ahora bien, una prueba irredargüible de este general espíritu extranjero, en el terreno literario, fué la asimilación de los cánones del enciclopedismo francés.

Por el enciclopedismo el arte entregó su cetro a la ciencia. Se hizo arte, pero científico, calculado, frío, arte poco artístico.

(10) Felipe Gómez de Vidaurre, *Historia geográfica natural y civil del Rey110 de Chile*, pp. 6 t. 1.

(11) OBC. pp. 168. t. 1.

Molina y Vidaurre son en Chile los ejemplos más claros de este fenómeno. Por esta razón antes que los primeros escritores chilenos pertenecientes al género poético, los consideramos como los iniciadores de la literatura científica nacional. Son obras heladas, ajenas a la ficción literaria y escritas según declaración de sus autores con el propósito de dar a conocer a Chile parte por parte, tal cual es, atendiendo, ante todo, a la verdad. He aquí lo que Vidaurre dice al referirse a las plantas «alimentares» de Chile: «Sería nunca acabar si hubiere solo de hacer mención de todas las plantas alimentares de que usan los naturales del reino, y fuera de mi propósito, que es de no hablar sino de lo que se puede sacar algún fondo de especial utilidad o ramo de comercio.» (12) En estas palabras se simboliza el espíritu realmente anti-literario de toda esta época.

La literatura en cuanto expresión de vivencias estéticas sólo aparece el año 1842. José Victorino Lastarria y José Joaquín Vallejo escriben entonces cuentos y artículos de un hondo sabor nacional. Son estos escritores quienes entregarán a la futura novela chilena los métodos y la materia. Luego Blest Gana, Daniel Riquelme, etc., culminarán el largo proceso uniéndose con el hilo de la inteligencia y de la pasión creadora las páginas novelescas más auténticamente nacionales de las letras chilenas. *Durante la Reconquista* de Blest Gana, es el verdadero libro épico de nuestra historia. Miremos desde sus páginas al pasado con la misma mirada avisora de Lastarria y conveganos en que es completamente extraño a nuestra idiosincrasia, una medianoche caótica y oscura donde la nación sólo está en germen y potencia. La Conquista y la Colonia son jalones más bien de nuestra prehistoria, o mejor considerado, trozos dispersos, hijos lejanos de la España católica, quijotesca y mística de los Habsburgos.

Desde entonces hasta hoy día esta literatura novelesca ofrece un rostro histórico uniforme. Es una literatura objetiva, enamorada de las cosas y de la piel de esta tierra. Tiene mucho de documento social (costumbrismo, historia, etc.) y poco de documento espiritual y humano. En sus mejores y más acabadas manifestaciones falta el soliloquio del alma consigo misma, la concreción de tipos y arquetipos propios del país. Sea por la dependencia de la cultura americana al pensamiento occidental, sea por la ninguna o escasa vocación subjetiva del

(12) GOMEZ DE LA CRUZ: pag. 112, t. 1, (Obra cit.)

genio europeo, como ha observado muy bien André Gide en su estudio sobre Dostoiewski es el hecho que nuestra literatura no ha dado todavía al chileno, de pie a cabeza, plantado en medio de una obra. Hemos conquistado el medio que nos rodea. Falta conquistar el espíritu que nos vigila por dentro. Los intentos realizados en este sentido son escasos y pertenecen a la última generación literaria. Hombres, la novela de Eugenio González Rojas, es una obra de soliloquio y de intimidad, pero es fácil aherrarse en ella que una atmósfera ruso-chilena describe el drama interno de sus personajes. Otro intento, más feliz a nuestro juicio que el citado, es la magnífica novela de Alberto Romero, *La vida del Lillo*, pues el sensualismo fatal de la viuda es una de las fases sensibles de más de un tipo de mujer chilena.

Nuestro espíritu es todavía el secreto de la Esfinge, la última zona por conquistar.

Acaso lo que falta es historia, mas historia, para que algún día aparezca plenamente lograda en nuestra literatura la novela nacional.

LITERATURA DE LA CONQUISTA

El proceso de la historia americana llamado la Conquista ha sido asimilado con excesiva ambigüedad a los años de luchas continuas entre naturales y españoles por la posesión del continente, sin que nadie hasta ahora haya intentado una explicación más amplia y generosa del fenómeno. En estos estudios se ha atendido más al inventario y documentación que al espíritu y lenguaje morfológico de los hechos. Por esta razón; el conocimiento que tenemos de este trozo de vida histórica es vago y algo confuso, pues la simple argumentación bélica en que descansa es insuficiente para explicarse el alma cultural de toda esta época.

La Conquista no es para nosotros un simple hecho guerrero, según el cual españoles y naturales ocuparían todo el amplio escenario de América con sus bazafiosos hechos, sino un fenómeno de radio más amplio, al que puede fijarse una hora de nacimiento y otra de muerte definitiva. Comprende casi un siglo. Iniciada el año 1493, periclita en 1570, maso menos, fecha que con algunas escasas variantes en los distintos pueblos conquistados, puede señalarse como el preludio de la vida colo-

nial. En todo este tiempo, tienen lugar a manifestarse en el suejo americano ampliamente los poderosos m6viles individualistas viYos en el alma del conquistador, el que reviste formas caracterîsticas y diversas que comunican a esta 6poca una fisonomîa propia e inconfundible. Ya se verâ mâs adelante c6rno en la Colonia los intereses cuiturales colectivos son de naturaleza bien diversa.

Esquemâticamente considcradas las formas e intereses culturales a que hacemos feferencia son las siguientes :

1.° *Caracter individualisla de las c,mpresas a las Indias.* Es este factor el mas importante de todos y en cierto modo derivan de 6l los otros que emmciamos. A partir del ano 1495, fecha en que los Reyes Cat6licos quebrantan el pri\ilegio concedido a Colon de buscar y rescatar oro en Am6rica por cuenta del Estado, se abre el continente a la libre iniciativa de los hijosdalgos y aventureros de Espafia. La ninguna dependencia del Estado espafiol, por una parte, y la lejania de Am6rica, por otra , completan la obra. Los aventureros conquistadores cifraran en el nueYo continente la materializaci6n de todos sus ensuefios de oro r nombradia social.

2.° *Caracter anarquico e indisciplinado de tas emPresns.* El Estado espafiol no snjet6 la conquista de Am6rica a un plan politico superior subordinândolas entre si o haciéndolas solidarias con fines de cooperaci6n. Nada de eso. Caâa emprcsa es en animo de jetes y soldados una finalidad en si misma.

3.° *Ausencia de jerarquia en las auloridadcs.* El privilegio concedido a Colon hacfa prever un sistema jerarquico de gobierno en las Indias; no fu6 asi; con su caida tambi6n desapareci6 esta posibilidad. La autoridad, entregada directamente en manos del conquistador, fu6 causa mas tarde de graves disensiones guerreras entre los jefes por cuestioncs territoriales y de dominio.

4.° *Espiritu anti - estaJal del conquistador.* Este fen6meno es una consecuencia ultima del poder y dominio que tuvo en Am6rica el jefe de conquista, Puede decirse que casi todos los capitanes de conquista pensaron alguna vez desprenderse completamente de toda dependencia con la Corona. La rebeli6n de los Pizarro en el Peru es el acto mâs significativo de este fen6meno.

5.º *Ajan de oro y riquezas de los conquistadores.* Es éste, como todo el mundo lo sabe, uno de los factores mas característico de la conquista de América. Las crônicas nos han dejado una abundante documentación sobre este môtiv de la conquista.

6." *Apetilo de honro y gloria de los jejes v capitanes de las etrJPresas conquistadoras.* Fenôrr.eno implicito en la quimera del oro, propia, como hemos dicho, a todos los conquistadores, cobra este sentimiento un relieve especial en los jefes y rapitanes de las empresas. Pedro de Valdivia, el Capitan de la conquista de Chile, es uno de los representantes mäs genuinos de este extrafio y poderoso desvio que la personalidad del espafiol sufrió en América, quienes no ven cumplidos sus ensuefios con la simple busqueda de oro sino que, ademäs, desean gloria, títulos de honor. (1)

Falta anotar en este esquema general de las distintas formas que revistió la conquista de América, que supera indudablemente el sentido misero y mezquino que hasta ahora se le ha dado a este fenômeno histórico, la condición social del conquistador. En realidad, todos los historiadores están de acuerdo en afirmar que el grueso de los soldados que vinieron a estas tierras son hijosdalgos empobrecidos o simples aventureros. Tomas Thayer Ojeda, en Chilc., estudiando la formación de la raza chilena, ha dejado claramente establecida la verdad de este aserto. (2) Por su parte, Luis Moreno y Rubio, historiador argentino bien documentado y acucioso, ha consignado en el libro *Pasajeros a las Indias*, en cuadros estadisticos del mäs alto valor histórico, la baja extracción social de todos estos soldados aventureros. (3) Es éste, pues, un hecho comprobado.

Derivemos de este hecho todas las decisivas consecuencias que tiene en el aspecto literario. Tanto Pedro de Valdivia como Lovera y Góngora de Marmolejo, en Chile fueron escritores de esta época, a la par que soldados. scribieron encima de la guerra y a todos sin excepciôn caben las observaciones histórico - culturales susocitadas. Eran hombres de escasa cultura, identificados espiritualmente con la guerra, y al escribir,

(1) Hemos resumido en estas líneas las itleas escnciales de la '\emoria del profcsor de Historia eeior Néstor i\leza Villalobos, hecha bajo la dir.:cción del seiior Juan G6mcz :\illas, titulada Estudw sobre las for,rws, mativos de las emprtsàs Espai!olas en Atnérica, Oceanfu desde 1493 a IHO. La tesis sustentada por el autor nos parece profunda r \verdadera.

(2) Tomas TuAYER OJEDA: Los Conquistadores de Chile.

(3) Luis MORENO v Rue10: Pasajeros a las Indias.

hicieron dos cosas bien notorias y originales: expresaron literariamente el poderoso *phatos* colectivo de la época y dieron a esta literatura una fórmula idéntica y comun. Son, desde luego, escritores - soldados pero, dicho sea en nombre de la verdad, mas soldados que escritores; hombres para quienes la guerra es el unico centro normal y verdadero de la vida, y por esta misma razón, almas limitadas e ingenuas para expresar sus intimos sentimientos. En la Colonia la cosa es completamente distinta. El escritor es sacerdote o es letrado. No participa en la guerra armada porque a todos les interesa más la conquista espiritual del indio que su exterminio. Este brevisimo esquema expresa para nosotros la diferencia notable que separa a la literatura de la Conquista de la de la Colonia. Ambas épocas constituyen dos mundos antipodas que no pueden, en consecuencia, estudiarse desde un mismo prisma histórico.

El escritor - soldado de la Conquista solo tiene un motivo esencial de creación: la guerra. Diríase que la siente a ras de corazón como un viento cálido grato al espíritu. No escribe sobre otra cosa. La guerra de la conquista de Chile ocupa en todo momento el primer piano de la creación estética. Recuérdese a Ovalle, Rosales, Molina y véase en qué medida estos escritores superan el marco estrecho de las cartas o crónicas de esta época, agregando a la descripción guerrera -- que muchos escritores de la Colonia conocen solo a través de libros -- nuevos motivos de inspiración estética.

Para el escritor soldado no existe el paisaje ni existe el indio tal cual es; sólo existen las batallas encendidas de pólvora o las escaramuzas parciales de los soldados.

He aquí como Lovera hace hablar a Lautaro: «Pues entredes con la voz de Jacob y las manos de Esau predicándonos Ley de Dios y ejercitando la del demonio para dorar vuestros engaños y cogernos el oro fino de nuestras minas.» (4) Esta manera de hablar del araucano no es ridícula del todo; el español no lo conoce y necesita atribuirle su propia cultura, así como le atribuye su mismo espíritu; lo inaceptable es que a(este)mos considerando nacional obras tan españolas que no contienen alusiones verdaderas acerca de nuestra tierra.

En todas estas obras no hay preocupación literaria de ninguna especie. Estos escritores escriben, ya lo hemos dicho, encima de la guerra, a puro pulso, alargando o restringiendo el

(4) Pedro MARINO DE LOVERA.. Obra cit., p. 187.

periodo de la frase según sea el fluir de la sangre o el latido del corazón. No es la de Valdivia, Góngora :Mam10lejo y Lo-Yera, una literatura literaria, bien peinada, sino una literatura anti-literaria en la que destaca robusto el niño y el alma de estos hombres. A falta de estilo, de forma, exhibe, en cambio, un fuerte realismo que no hace sino corroborar el numen racial español de que es oriundo. Véase, en cambio, la literatura de la Colonia. Qué diferencia más profunda. Quien busque estilo, color, plasticidad y belleza en el decir beba largas boras en la prosa armoniosa y delicada de Ovalle, en las sabrosas descripciones folklóricas que dedica Rosales al araucano y aun en las obras del Abate Molina, quien no carece de severidad y nobleza para ir marginando con erudición y cultura su conocimiento de este país. Ovalle, Rosales y Molina en nuestro paisaje, conocen al indio y al criollo. Nada de esto es posible encontrar en los escritores de la Conquista. Lo que los separa no son simples diferencias individuales de temperamento, sino que dos épocas distintas ineludiblemente expresadas en sus reacciones espirituales respectivas.

Nunca es posible señalar otras características propias de esta literatura. Anotemos, la objetividad no siempre bien pura del relato. El escritor de la Conquista que, en cierto modo, escribe para obtener una merced de la Corona, jamás llega al tono meloso y aquiescente de algunos escritores de la Colonia, como Santiago de Tesillo, Ofia y el propio Rosales. No traza con nadie; a veces nos da la impresión de que no traza ni consigo mismo. Va derecho a su objeto. La realidad es para él la realidad. Lo que los ojos ven, visto queda. He aquí lo que Góngora Marmolejo deja dicho a propósito de Caupolicán en la hora de su muerte: «Este es Caupolicán de quien Arzila tanto levanta sus cosas.» La ficción estética no tiene cabida en el espíritu realista de estos hombres como ocurre en Ercilla, por ejemplo, poeta que por su educación y condición social de ningún modo puede ser estudiado como escritor de la Conquista. Ercilla no fue un conquistador sino un anti-conquistador. El espíritu del Padre Las Casas y del Padre Luis de Valdivia olean y cantan en sus versos. Estudiar su epopeya conforme a un criterio simplemente cronológico es desconocer el valor supremo que el sentido y el alma tienen en los hechos históricos. El escritor de la Colonia puede mentir como ocurre en Ofia, en Rosales, en Santiago de Tesillos; el cronista-soldado de la Conquista, no. La realidad es para él la realidad.

En otra oportunidad, este mismo escritor, o sea, Góngora: Niarn!olejo, tienc que referirse a Valdivia, quien se encuentra en Concepción preocupado de la guerra y de encontrar oro en las minas. Las palabra de Marmolejo acusan una imparcialidad tan pristina y digna que parece obvio encarecer el valor simbólico que encierran: <También en aquel tiempo - <lice-, junto a la ciudad de Concepción, se haUaron otras minas muy ricas; que en las unas y otras traia ochocientos indios sacando Oro; y para seguridad de los españoles que en las minas andaban mandó hacer un fuerte donde pudieran estar seguros. Estando en esta prosperidad grande le trajeron una batea llcna de oro..... Éste oro le sacaron sus indios en breves dias: Valdivia habiéndolo visto no dijo mas, *seg{m me dtjeron los que se hallaro-n prese-ntes* de estas palabras: «Desde agora comienzo a ser señor. Sin dar gracia al Criador de todo aquello; que cierto no es creedero que un hombre de tan buen entendimiento dejase de dar gracias a Dios pues de un escudero habia fevantado tanto que era señor.» (6) Asi son todos los escritores - soldados de la Conquista: más soldados que escritores.

Véanse, además, las paginas ariscas de dignidad con que Lovera alude a la hazafia de Caupolicán, tal corro la relata Ercilla, del pesado n•adero sobre los hombros, en que consistia el titulo de jefe de las fuerzas araucanas, (7) o las de Bernal Diaz del Castillo, en México, en que desrubre, con la sinceridad terrible del nifio, el *phatos* de gloria que dominaba el alma de Hemán Cortés. (8) Para ejemplo, entendemos que esto basta y sobra.

Hemos procurado hasta aqui deslindar dos periodos de la historia y de la literatura española escrita en América. Quédanos todavia por examinar una ruestión tanto de preceptiva como de historia literaria que tiene relación con esta materia. Nos referimcs a la crónica, género com(m a todos los escritores de esta época, cuya vida r----:-;ta en la literatura española al siglo XIII. Cmr.o género literario es de una honda prosapia española. Este nunca ha poseido virtudes sobresalientes para hacer historia de ancho vuelo, como el francés y especialmente el alemán. En canlbio, la historia *terre a terre*, subordinada a los hechos cuadra muy bien con su espíritu. De aqui que la

(6) *Historia de Chile dsde mdescubrimnto hasta tl ano 1575.* OBC. p. 3t.

(7) *Cronica dtl Reino de Chilil.* Cap. xvr. p. 149

(8) Bernai Dh z *DEL CASTILLO: Historia verdadera tk la Conquista dt Ja N-,eja España.* Cap. 1. p. 13.

crónica sea un género literario abundante en las letras peninsulares.

Veamos a grandes rasgos la evolución que este género ha tenido en la literatura española desde las crónicas del siglo XIII hasta el XV para advertir el extraño giro que tomó en esta última centuria.

Las crónicas medievales tenían por objeto *relatar los hechos de los reyes*, según nos lo dice la *Cronica del Rey don Alfonso el Onceno*: «Et como quier que las crónicas fueron hechas por contar los fechos de los reyes; pero por que este ripto de estos dos caballeros fué dicho por cosa que tenía a la persona del rey, el estoriador escribió en este libro.» (9) A partir de Alfonso X, cada monarca español tiene una o varias crónicas dedicadas al relato de los hechos de su reinado. El nombre de estos cronistas no siempre es conocido.

En el siglo XV continúa cultivándose el género y bajo el reinado de los débiles Trastámara, pasan a ocuparse *no solo de los reyes sino también de los nobles*. «Reyes y nobles, desfilan en la grandiosa galería de retratos que son las generaciones y Semblanzas de Pérez de Guzmán» (10) nos dice el señor A. Iglesias a quien seguimos casi textualmente en el interesante estudio que ha dedicado a esta materia.

En pleno Renacimiento, reinando los Reyes Católicos, y en el siglo XVI, hace estragos esta tendencia historiográfica, que en sucesivos relatos habla del capitán Juan de Austria, Carlos V., etc., con el cronista - soldado que se desborda en América, con el español iletrado. Ahora ya no son nobles ni reyes quienes llevan a cabo los hechos heroicos, sino cualquier caudillo o soldado de expediciones conquistadoras. En consecuencia, cambia el nivel social de los temas y el espíritu de las obras.

Característico en estos escritores es el desprecio por la erudición libresco, si bien procuran exhibir la poca que poseen. Todos tienen a alto honor escribir sobre hechos reales de los que han sido actores y testigos de vista. Representante genuino de esta actitud es Gonzalo Fernández de Oviedo, en Venezuela, quien a cada instante dice que no sirven de nada la elegancia de estilo y la erudición si no se ha vivido lo que se relata: «Quanto más que (los autores pasados) no como experi-

(9) Crónica del Rey don Alfonso el Onceno. B. N. E. I. 66. p. 3376.

(10) Bernal Díaz del Castillo y el Populismo en la historiografía española. Anuncio de la revista «Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala» c. XII. Junio de 1936. (p. 436 a 444.)

mentadores, como nuestros españoles, buscando el mundo, sino como especuladores, estándose quedos, hablaban a su beneplácito.» (11) En Chile, Alonso de Góngora Marmolejo, Pedro de Valdivia y el propio Lovera, acusan el mismo espíritu. El primero de los autores citados dice: «Comenzó a jugar la artillería tan bien, que metiendo las pelotas en la multitud, hicieron grande estrago y pusieron mayor temor, porque yo ví una pelota (que me hallé presente y peleé en todo lo más de lo contenido en este libro).» En cuanto a Lovera y a Valdivia, pueden leerse las páginas 89 y 59 respectivamente de sus libros y se encontrará una comprobación objetiva de este aserto.

La continuidad del género histórico señalado no puede ponerse en duda - nueva prueba del españolismo de esta literatura - así como tampoco cabe desconocer el espíritu popular y realista que anima a toda esta creación.

El escritor - soldado de la Conquista escribe condicionado por el ambiente y por la escasa cultura que posee. Pedro de Valdivia dos o tres veces incursiona por la cultura y lo mismo puede observarse en Marmolejo. Pese a que Barros Arana ha vindicado la extracción social del jefe de la Conquista de Chile, lo cierto es que no poseemos prueba alguna de que éste haya seguido estudios serios, los que solo por conjeturas cree el ilustre historiador que debieron estar a la altura de sus merecimientos. Es más. El propio Barros Arana ha admitido la hipótesis de que las cartas de Valdivia no son hijas de él, sino que de Juan de Cardenas Criada, su secretario. Materia es esta difícil de dilucidar, pero en todo caso se zanja con una simple argumentación. Valdivia fue antes que nada un guerrero - «llevarme a la guerra es encaminarme a mi centro», cuenta Lovera que dijo antes de morir en Tucapel - y esta no fue en América escuela de estrategia ni de cultura. De manera, pues, que nuestro escritor escribió de acuerdo con las premisas generales que hemos sustentado en este estudio.

Si se examina la Crónica de Lovera el caso es distinto, pero no menos fácil de resolver. En efecto, esta obra está plagada de milagros, citas históricas y mitológicas. ¿Cómo puede entonces considerarse obra típica del período de la Conquista, si esta literatura, como hemos dicho antes, está pode-

(11) Gonzalo Fernández de Oviedo: *Relación de las Indias, Islas y tierra firme del mar Océano*. Madrid, 1831 - SS t. III p. 36.

rosarr:cncte condicionada por la esca a cultura del cronista - soldado? La contestación es sencilla. LO\era no fué el redactor propiamente de la *Crónica del Reino de Chile*, sino el fraile jesuita Bartolomé de Escobar. Pasaba el sencillo soldado los últimos años de su vida en Lima cuando conoció al sacerdote de marras quien insu06 un pálido destello de vida al relato, al mismo tiempo que le agregó de su cosecha el montón de supersticiones anidadas en su espíritu de creyente. Lovera puso en la obra, los hechos, la materia; el Padre Escobar, la forma literaria. Este pensamiento, que comparten José Toribio Medina y Barros Arana nos ha llevado al convencimiento de que este escritor, desabrido y árido como pocos, encaja perfectamente dentro del período literario que estudian os.

Los méritos y deméritos generales de toda esta literatura ya están diseñados para insistir sobre ellos.

LEDRO DE VALDIVIA

•\las. pues vue.tr.is mercedes son de otro parcccr, no hay para que dilatjrlo un punto: puei d lle,anne i la guerra es encaminarme a mi centro y ha djas que no peleo. Por tanto, caminemos luego: que aunque estoy , iejo. soy \aldi, ,a, y no dejo de ser \ajji,i., :unque soy \iejo. •

(Palabras de Valdivia pronunciadas antes de morir tn la batalla dr 1'ucap,l. Cr611ia] dd Ri110 dt Chilt. PL'aro fa Rji;o or. Lo\TRA. Cap. XLIII)

No puede afirmarse de Valdivia, como de los capitanes y soldados que gestaron el descubrimiento y la colonización de América, que haya sido debidamente juzgado por la historia. Entre ellos y nosotros el tiempo ha interpuesto un velo difuso de comentarios que impide distinguir la realidad de la leyenda. Rufino Blanco Fombona, por ejemplo, ensayista intuitivo y lírico, los vincula al fondo místico de la raza española superexcitada por ocho siglos de lucha contra los árabes, atribuyéndoles, de paso, un origen humilde y desconocido. En realidad, esto es mucho decir, pues si bien el grito de los soldados venidos a América son hombres de baja extracción social, la cuna de muchos de ellos es bien conocida, como ocurre en el caso particular de Valdivia, a quien Fombona incluye en esta apresurada generalización. El historiador y ensayista argentino, Juan Bautista

Terán, por su parte, traslada la explicación de la raza al medio físico; según él, es éste el que operó en el español el extraordinario mimetismo de que hablan paladinamente su crueldad y desapoderada ansia de autoridad y mando en el continente; dice Terán: Podríamos imaginarnos el trastorno profundo del conquistador del siglo XVI, al pasar de Castilla o Extremadura, países llanos, de sequía, de tierra de enjutas vides y de los olivos de lento crecer, a los trópicos caliginosos de lluvias torrenciales y de hervosa vegetación. (*El Nacimiento de América Española*, pág. 55.)

Otros historiadores invierten por completo la perspectiva: parten de América para llegar a España; ora vilipendian al español, como luego lo exaltan a ocupar un lugar señero e importante en la historia de América. Dentro de esta factura historiográfica calzan los estudios de Carlos Pereyra y Benjamin Vioffia Mackenna, para quienes es tan mexicano Cortés como Valdivia es chileno.

Existen tantas interpretaciones del fenómeno como historiadores han tratado el tema.

Nuestro modo de pensar es distinto del de los autores citados. La Conquista de América es un fenómeno propio de la cultura renacentista en cuanto expresa este concepto un nuevo espíritu y sentido de la vida. Sabemos que el hombre en esta época se descubre así mismo, según la cierta frase de Burckhardt, y sólo vive vigiando ante de sus profundas lejanías espirituales. Al sistema social de clases rígidas de la Edad Media - los campesinos, los artesanos, los condes, los duques, etc. - en el que cada clase disfrutaba de una misma renta, se opone durante el Renacimiento el ansia ilimitada de enriquecerse, crecer, alcanzar todos los honores. En la tierra de América, libre y sin trabas sociales, lejos de España, depositará el español todo su complejo de nombradía y gloria.

A nuestro juicio, Pedro de Valdivia, en Chile, es el representante más genuino de este espíritu. A través de sus Cartas es posible seguir paso a paso el profundo *pathos* anímico que lo exalta. Mas que el oro apetece la gloria. Juzguémoslo a través de este cristal en la seguridad de no equivocarnos.

La especie de Fombona, según la cual se ignoraría la cuna de Valdivia debe ser desterrada de una vez por todas. Nació el Capitán de la conquista de Chile en Cantuera, pueblo de la región de Extremadura por los años 1499 ó 1500. No se sabe si hizo o no estudios. Barras Arana, conjetura que éstos debie-

ron ser proporcionados a la relativamente holgada situación económica de sus padres. Así pudo coceo no pudo ser. En todo caso, la falta de antecedentes para resolver este problema - asaz importante para nosotros, por cuanto en él está comprendida la personalidad literaria de Valdivia - se supe dando una mirada a todos los actos de su vida. La guerra fué su verdadero centro, desde los tiempos de Pavía y Roma hasta las batallas homéricas sostenidas en Chile contra los indios. Y la guerra crea guerreros cuando éstos no van a ella adornados de superiores virtudes. Valdivia es ante todo un guerrero, un guerrero valiente, decidido, como cualquier otro guerrero.

Valdivia puso pie por primera vez en América el año 1535, en Venezuela. Luego pasó al Perú donde le cupo destacado papel en la consolidación del reino tambaleante por el empuje de los indios.

Fruto posiblemente de su heroísmo, fué la rica y extensa encomienda del Valle de La Canela que le tocó en suerte explotar.

Pero una encomienda es solo una encomienda; Valdivia necesitaba mucho más para cumplir el sino de su vida. Una lonja larga de tierra, por ejemplo, donde gobernar y mandar como señor. He aquí el sueño central de este hombre. El no lo disimula, no sabe callarlo y cuando lo intenta es cuando lo dice más claro. Y es así como un día parte a Chile, la tierra infamada por Almagro.

Las palabras de Valdivia son patéticas cuando descubre al rey este su íntimo sentimiento: Corro esta tierra estaba tan mal infamada, como he dicho - escribe - pasé mucho trabajo en hacer la gente que a ella traxo, y toda la acaudillé a fuerza de brazos de soldados amigos que se quisieron venir en mi compañía, aunque fuera a perderme, como lo pensaron muchos, y por lo que ballé prestado para remediar a los que lo hobieron menester, que fueron hasta quince mill pesos en caballos, armas y ropa, pago más de sesenta mill en oro, y el navio y gente de socorro que me truxo mi teniente. Debo por todo lo que se gastó ciento y diez mill pesos, y del postrero que vino me adeudé en otros sesenta mill, y están al presente en esta tierra doscientos hombres, que me cuesta cada uno más de mill pesos puesto en ella; porque a otras tierras nuevas van por la buena fama a ella los hombres, y desta huyen todos por la mala en la que la habfan dexado los que no quisieron hacer en ella como

tales: y asi me ha convenido hasta el dia de hoy para la sustentan, corrpra; les que tengo 3 peso de oro, certificando a Y. M. que no tengo de toda esta SLima que he dicho action contra nadie de un solo peso para en descuento della, y todos los he gastado en beneficio de la tierra y soldadcs que la han sustentado, por no podérseles dar aqui lo que es justo y rreren, haciéndoles de tcdo suelta; y haré y haré lo rresrr:ro en lo de adelante, en Jo de adelante, que no deseo sino descubrir y poblar tierras a V. M. y no otro interes, junto con la honra y mercedes que serâ scrddo de me hacer por ello, para dexar mer;wria y Jama de Iní, y que la gane por la guerra corro un pobre soldado, sirviendo a un tan exclareddo Monarrha. . . . (1)

Nuestra Capitan, como puede verse, solo desea <descubrir y poblar tierras a su Majestad sin que Jo grue otro mezquino interés; pero también desea -- y esto lo repite a cada paso en sus cartas - h o n r a y mercedes para él y su familia. Este lenguaje sincero, enérgico, transido de fayer y <de esperanza, es el de todas las cartas. A ratos abandona el tema, ,ale decir, este tópico, pero vuelve fatalmente sobre él. Necesita probar con el mayor numero posible de antecedentes sus merecimientos para obtener el titulo de Gobernador de Chile. En esta empresa est solo, lejos de la Espafia, tan solo como lo estuvo para-conquistar con ciento cincuenta hombres la tierra de Chile. Y trance tan grande y dificil sirve para revelamos enteramente la personalidad humana <de Yaldhria. Puede decirse ahora que conocemos al hombre: Duro y probado en todas las vicisitudes y sacrificios, egocentrista sin sombras, para quien el (mico espectâculo de la vida digno de observarse- es el espectâculo de su propio espfritu. Es todo un hombre.

Tiene Vaidhia un claro conocimiento de si mismo. Asi dice: -Y por lo que me persuade merecerla mejor es por haberme, con el ayuda primeran:ente de Dios, abido valer con doscientos espafioles, tan lexos de poblaciones de cristianos, habiendo subcedido en las del Peru lo pasado, siendo tan abundante de todo lo que desean los soldados poseer, teniéndolos aqui sujetos, trabajados, muertos de hambre y fdo, con las armas a cuestras, arando y sembrando por sus propias manos para la sustentarión suya y de sus hijos; y con todo ésto, no me aborrecen, pero me aman, porque comienzap. a ver ha sido todo menester para poder v.Yir y alcanzar de V. 11. aquello

(1) *Cartas de Pedro de Vaidhriu.* Edición hecha por J. Toribio \fedina. p. 51

que veninos a buscar: y con esto, rabian por ir a entrar esa tierra adelante, para que pueda en su real nombre remunerarles sus servicios..... " No falta a estas palabras el estribillo monótono y constante que constituye la única Verdad de Pedro de Valdivia: Que ire boga en esta tierra mercedes - vuelve a decir - y para que dellas, después de mis días, gozen mis herederos y quede memoria de mi y dellos para adelante. (Pág. 41.)

La gloria es el ideal cimero de Valdivia. Viene para ella y por ella. Cuando funda la ciudad de Valdivia, dice Lovera, que a galope sobre su caballo la recorrió de un extremo a otro bautizándola con su mismo nombre. (2) Recordemos, además, la explicación que da a Gonzalo Pizarro de por qué le puso a Santiago este nombre y a toda la tierra de Chile conquistada por las armas y las que todavía le quedaban por conquistar el de Nueva Extremadura: Aquí poblé esta ciudad en nombre de S. M. y llámela Santiago del Nuevo Extremo, a XXIV de febrero de 1541, y a toda la tierra y que demás he descubierto y descubriré, la Nueva Extremadura, por ser el Marqués de ella y yo su hechura. • (Pág. 55.)

No todos los historiadores y publicistas perdonan a Valdivia este concentrado individualismo impreso en sus actos. Se le ha acusado de vanidad furiosa y delirante espíritu de jactancia. No pensamos así. A este propósito se recuerda su viaje a Lima cuando la rebelión de Gonzalo Pizarro, donde montado en bridas de oro y adornado carcel, derrochó riquezas como un príncipe oriental. Tal acto, se dice, corresponde únicamente a un poseo de vanidad y de gloria. Pero no es este el sentido que debe dársele a este acto ni el que nosotros le atribuímos. Por el contrario, en él está la prueba más irredargüible de su limitada inteligencia de guerrero, así como la fe y voluntad puesta en la empresa cordial de la conquista de Chile, para él ideal hecho carne y sentido (mico de su vida. No escapaban a nuestro Capitán las dificultades cada vez mayores, que por falta de hombres iba entrafando la conquista de Chile. Era necesario atraer soldados de cualquiera manera a esta tierra. Escribiendo a Hernando Pizarro, revela Valdivia cabalmente este

(2) Dice Lovera: En medio de esta tierra estaba una larguísima carrera de 400 pasos donde los indios jugaban a la chueca. > entrando el Gobernador por ella, siguiéndole los suyos. comenzó a pasar la carrera, diciendo a voces con gran regocijo; Aquí se fundó la ciudad de Valdivia cual otro Rómulo que intituló a Roma con su mismo nombre. (Crónicas del Reino de Chile Ctp. xx, v m. p. 138.)

pensamiento: Luego se me traslució el trabajo que había de tener en esta tierra por la falta de herraje, armas y caballos y que si acaso fuese verdad la muerte del Marqués, mi señor, que por haberla tan mal infamado la gente de Almagro, no venga ninguna a ella, si no fua persona propia a traerla, y que llevase siquiera cebo de manjar amarillo para moverle los ánimos y tornarla a acreditar y se perpetuase'. (Pág. 59). El oro es la única solución. De allí que en Lima, la ciudad del oro, Valdivia lo derrochara principescamente, pero con fines políticos.

Tal es Valdivia, el fundador, segundo descubridor, y poblador de Chile. Un hombre de extrañas dimensiones. En él encarnó el sino de su época con relieves altos e inmarcesibles. La claridad de sus palabras es síntoma de la limpieza de su alma. Sus cartas tienen para nosotros este valor: el de un documento humano de primer orden.

DON ALONSO DE GONGORA A, JARMOLEJO

Los escasos datos que tenemos de la vida de don Alonso de Góngora Marmolejo, uno de los primeros escritores de la Conquista de Chile, y posiblemente el más interesante de todos, tanto desde el punto de vista histórico como literario, se deben a las noticias que él mismo consigna en el prefacio y texto de su *Historia de Chile*. Natural de Carmona, en Andalucía, Góngora Marmolejo pasó a las Indias el año 1505, según observación de Luis Rubio y Moreno, acompañando más tarde a Valdivia en su segunda expedición a Chile. Aquí vivió hasta las postrimerías del siglo, calculándose que murió el año 1576, poco después de terminada la redacción de su obra. Puede decirse de él que fue uno de tantos: buen soldado, hombre empobrecido y avido de riquezas.

El interés de su relato, que de ninguna manera es escaso, reside en cierto ingenuo y rudo realismo del lenguaje, en la imparcialidad de sus palabras, así como en la dignidad severa con que juzga hombres y hechos de aquella época. No es cosa de engafiarse con nuestro cronista. Recto y filido como un espada cuenta sus impresiones sin eufemismos ni medias tintas culpables. Valdivia, Villagra, Rodrigo de Quiroga, Garda Hurtado de Mendoza, Gobernadores y Capitanes insignes de la Conquista y de la Colonia, pasan por el libro aprehendidos sobria y directamente, tales como son. Anotamos este hecho

debido a que mas tarde los escritores de la Colonia, hombre cultos, acusarân en este sentido un poderoso espiritu servilista.

La semblan;ã de Valdivia hecha por este cronista es sobria, concisa, y abarca integramente la personalidad fiska y moral del gran soldado. Como ocurre en las cosas logradas, puede decirse que a este retrato no le falta nada para figurar en un lugar destacado dentro de esta Jiteratura. El autor conoca a su biografiado y en frases penetrantes va comentando, sus actos, dândonos la sensaci3n cabal de Valdivia. Asi, por ejemplo, aludiendo a la campafia de éste en Concepci3n, y al hallazgo de unas minas llenas de oro que en el acto desatan el vivo complejo de su alma, dira: *y como hombre que tenfu los pensamientos tan altos*, pareci3nole que fortuna le era en gran manera favorable, mand3 que se aderezasen dos navics con mucho bastimento y doblados marineros, y rog3 a Francisco de Uloa, caballero natural de Cãceres, que habia sido su Capitân, los llevase consigo a su cargo y le descubriese el Estrecho de Magallanes para tratarse por aquel camino con Espafia y no por el Piru; porque ademãs de no ser rr.andado por el Audiençia que el Piru residia, como escueza tanto en los hombres poderosos ser a otros sujetos, y por tener las mercaderias en extremo mas baratas, lo envi3 a la ciudad de Valdivia, que estã del Estrecho de i\magallanes doscientas y cinquenta leguas de navegaci3n. > (1) La frase subrayada en esta cita y otras que seria largo enumerar, calan el centro mismo del Capitan extremefio. Es indudable que !viam1olejo lo conoci3 bien. A veces orilla su pluma la expresi3n artistica pura, como cuando dice que la casa de Rodrigo de Quiroga tera hospital y mes3n de todo los que lo querian, o cuando descriibe a Chile en el comienzo del libro, diciendo que ,es de la manera de una vama despada angosta y farga,... Son momentos de entonaci3n que, indudablemente, duran poco.

G6ngora l\1armolejo e\$ mãs soldado que escritor y diriase que a él le satisface que asf sea. Se entusiasma ante el espectáculo cotidiano de la guerra, la que describé con golosa fruici3n, a tal extremo que a veces pensamos, en plena lectura, que aquello no acaba nunca. 1\1inucioso. detallista, sigue el ir y venir de los soldados hasta en los mas mfnimos actes. Esta en su elemento, feliz. He aqui como nos describe la batalla librada por Valdivia en el valle de Andafén: Los cristianos viéndose

(2) Alonw DE G6Nc;?R \ turno1.EJO: Obr.i cit Cap. x1v.

acometidos por todas partes, que sospechosos de lo que podia ser estaban armados y muy en orden para lo que les sucediese, luego que se tocó a el arma se juntaron; y como los indios con ánimo de tomallos desapercibidos se metieron tanto, fué *un hermoso recuento*)' *batalla para de noche*, porque oír a los indios la orden que tenian en acaudillarse y llamarse con un cuerno (por él entendia lo que habian de hacer) y como sus capitanes los animaban y las muchas cosas que les decian. I como la noche era serena y quieta ponianse gran temor los unos a los otros. Por parte de los cristianos era cosa brava oír el estruendo de los caballos, el gran sonido de las trompetas, las voces que Valdivia les daba animándolos rompiesen en los indios; parecia que allí se les acababa el mundo." (pág. 24.) Le queda a nuestro autor tiempo todavia para contar los muertos y decir --lingüedad, ironía? -- las siguientes palabras sabrosas y chispeantes: «Murieron en esta batalla más número de tres mill indios; de los cristianos no murió mas de uno, que por desgracia un soldado tirando a los enemigos, como era de noche, le dió un arcabuzazo por la espalda de que murió. Era este soldado tan alto que su mucha altura lo mató; porque fué la herida en lo que sobra de los hombros arriba..... (pág. 22.) El escritor es así: un perfecto soldado. Parece innecesario decir que su filiación estética hay que buscarla en esta coyuntura.

Documento histórico de un valor inapreciable, no esta exenta la crónica de Marmolejo de calidades literarias, sino opimas, por lo menos fáciles y asequibles al espíritu del lector transigente.

Faltan dos notas en la cuerda del escritor: el paisaje y el indio. Caso similar a los poemas de gestas, con que se inicia la literatura española, este escritor impregnado del hálito guerrero y cósmico de la época, sólo ve a los hombres, porque el paisaje se pierde acaso en una cortina de humo o porque su espíritu de guerrero sólo lo orienta a la lucha. Inútil sería buscar en las páginas de este libro una alusión auténtica sobre esta tierra. Del mismo modo el indio aparece envuelto en un espeso velo de leyenda, fantasiado caprichosamente.

Es este el defecto inherente a todos los escritores de esta época. Son demasiado guerreros para andar describiendo cascadas de agua o las policromías de una puesta de sol, noble tarea en la que mas tarde dos sacerdotes, Ovando y Rosales, nos demostrarán las excelencias de la cultura puesta al servicio de una fina sensibilidad.

El libro termina con una crítica acerba y amarga al Gobernador Bravo de Saravia. Es la (mica queja que hemos encontrado. Este Gobernador, letrado y déspota, le ha negado un puesto a que se cree merecedor por sus servicios.

Es la única queja, por lo demás, del libro viril y verdadero.

PEDRO MARINO DE LO VERA

Uno de los escritores más representativos e interesantes de la literatura heroica y antiliteraria del período de la Conquista es Pedro Marinero de Lovera, autor de la *Crónica del Reino de Chile*. Paso este soldado a Chile el año 1551 y aquí vivió cerca de cincuenta años entregado al ejercicio de las armas. Sufrió las vicisitudes comunes al ambiente guerrero e inhóspito de aquella época, como es posible comprobar en más de algún capítulo de su obra, sin haber alcanzado a obtener en su vejez el merecido premio a sus servicios. En efecto, alcanzó este soldado a disfrutar de dos extensas encomiendas, la primera en Concepción y la última en Imperial, las que le fueron quitadas por orden de Francisco Villagra. Esta medida hizo profunda mella en su espíritu; estaba viejo y había luchado como hombre contra los indios; más aún; desde su mocedad había servicio a la Corona, cifiendo espada en los tercios de Roma y Francia y bien se merecía en el ocaso de su vida el botín de la guerra que le había dejado Pedro de Valdivia. Pero las cosas en la vida no son siempre como queremos o como debían ser. Y él era va a morir a Lima el año 1591, después de haber intentado ante la Real Audiencia la reposición de sus tierras sin ser oído por nadie.

Su estada en Lima tiene especial interés para el historiador literario. En efecto, Lovera hizo amistad en esta ciudad con el fraile jesuita Bartolomé de Escobar, a quien le correspondía más tarde gran participación en la redacción del libro. Lovera se reconocía a sí mismo mal escritor, pero no escapaba a su criterio el valor histórico envuelto en el relato. Era necesario darle forma y estilo para que anduviese en el mundo de las letras sin mengua ni menoscabo. Y delegó esta tarea en el sacerdote Escobar quien, como es fácil suponer, de simple redactor de la obra se convirtió en co-autor de ella, pues puso en el relato hechos olvidados por Lovera y el acento propio de su espíritu de sacerdote. Recargó la nota piadosa y el tono culto y genuflexo de su alma. Por esta razón, la lectura crítica del

libro encierra ligeras controversias que deben tenerse presentes en un examen histórico-literario como el que hacemos.

Creemos que se salva esta dificultad si se confía en el siguiente argumento: Lovera, hombre de la Conquista e iletrado, es el autor propiamente del relato, pues puso la materia, los hechos vividos que son los más interesantes; Escobar, superpuesto sobre esta capa núcleo del libro, disquisiciones productos de la cultura, o sea, su aspecto más externo.

La *Crónica del Reino de Chile* abarca casi todo el siglo XVI de la vida española en esta tierra. Se historia en ella el período de la Conquista con las grandes formas y motivos culturales que le son inherentes y parte de la vida colonial cuando ya la estructura social del país cambió fundamentalmente de forma bajo la acción de nuevas causas y accidentes históricos fáciles de percibir en el espíritu común a todos los hechos de aquella época. Esta escrita en prosa ruda y sin afectaciones, atendida a la realidad de los hechos, como escribe el conquistador. Es imparcial, veraz, caudalosa y rica en hechos concretos de todo orden.

El afán de oro del conquistador, el mesianismo social clavado en su espíritu, sus menudos intereses y accidentes, los observa Lovera con aguda sinceridad y certeza. Leamos las palabras que Almagro dirige a sus soldados instándolos a regresar al Perú: «Bien habéis oído las malas nuevas que por esta carta se significan de que en el Reino del Perú se va rugiendo negocio de alzamiento. Veo que el Marqués don Francisco Pizarro ha quedado con poca gente para resistir al excesivo número de los naturales del Perú; y que socorro de otra parte no hay que esperarse si no otros no le damos. . . . Los motivos que por cualquier parte se consideran ayudan a este intento; ahora se mira lo que dejamos, ahora lo que pretendemos. Porque si se repara en las cosas de por acá no es mucho lo que se deja, pues hasta ahora no hemos topado aquellos montes (como dicen) de oro que nos prometían; ni aun lleva talle de hallarse en adelante; ni tampoco volvemos frustrados de nuestra pretensión, pues gran parte della ha sido descubrir cuales sean estas tierras con todo lo que hay en ellas. (1) Puede sospecharse de la autenticidad de este discurso, pero en cualquier caso tiene miga y gracia realista.

Dejemos a un lado, por un momento, a Lovera y veamos

(1) Pedro Ibarra DE LOVERA: *Obra cit.* Cap. vm. p. 35.

cómo Marmolejo atestigua el mismo móvil del conquistador -- su afán de oro -- para distinguir las diferencias formales no muy acentuadas que separan a ambos escritores. Dice este cronista: y en todos los valles por donde pasaba hablaba amorosamente a los señores y principales, informándose de la tierra, hasta que entendió que la noticia y relación que en el Perú le habían dado no era así. Sus amigos le importunaban sobre volverse diciéndole que la buena tierra quedaba atrás y que no había otro Piru en el mundo. (2) Estímolos a Marmolejo más escritor que a Lovera.

Las palabras que Lovera dedica a Valdivia, el hombre alto y cirero de esta época, son tan duras y ásperas como las de Marmolejo. Dice de él que fue «un hombre de suerte, un soldado de capa y espada», palabras en verdad poco halagadora. En este sentido tal poco carece de importancia nuestro cronista, pues con Marmolejo y otros escritores de la época amasó un mito corriente aun en nuestros tiempos: el mito de Valdivia. Se ha visto en este soldado algo muy distinto de lo que es. Fombona, al no reconocerla cuna conocida, es el último heredero del mito aludido.

Las palabras más agudas y penetrantes de este libro son la crítica despiadada que contiene del espíritu fastuoso del conquistador. Este desea el oro, pero es para gastarlo, para darse títulos de gran señor. Tiene mentalidad de minero y jugador de lotería. No asoma por su espíritu el sentido de la verdadera economía, tal como ya en aquella época existía en Inglaterra y Francia, países donde el protestantismo, la industria y la máquina, preparaban el nacimiento del capitalismo. Son los hijos de mineros y es posible que aun en nuestro tiempo no nos hayamos desprendido de este ancestro. Por esto, las palabras de Lovera -- acaso sea preferible decir en este punto, con más razón, las palabras de Escobar -- son de una viva actualidad: No se puede explicar -- dice Lovera, comentando sucesos posteriores a la fundación de Santiago -- el regocijo y jubilo de los españoles cuando vieron tales insignias, y como si ya tuvieran el oro en las bolsas ninguna cosa les paraba faltarles ni les daba cuidado sino era pensar si había de hacer tantos costales y alforjas en el reino que pudiesen echar en ellos tanto oro y así se comenzaron a enriquecer y a ensachar en gran manera teniendo ya más altos pensamientos como gente rica, enten-

(2) Alonso DE GÓMEZ: GOR. M. RWLJU: Obra cit. Cap. II. Pag. 4,

diendo que en breve tiempo irian a Espafia para hacer \1ayorazgos y aun condados y torres de oro, comenzando desde luego a hacerlas de viento» (pág. 54). En otra parte leeceos: «Con esto comenzó Pedro de Valdivia a tratarse con autoridad y estofa de Gobernador, metiendo en su casa las personas más calificadas. . . . Con esta nueva prosperidad se vivia a lo largo y andaba el oro a rodo, sin haber otra instiucción para los indios rras de que sacasen mucho y purarlos para que lo trajesen puro y aunque algunos pocos fueron cuerdos en arrebañar lo más que pudieron, y con ello irse a vivir a sus patrias descansadamente, pero los más o casi todos no se cuidaban de mas que de darse a la buena vida gozando del tiempo y gastando largo, teniendo por cierto que aquella riqueza nunca habia de faltalles; antes habia de ir siempre en mayor aumento. I asi todo era banquetes, saraos, tablajes y semej<1ntes ejercicios, trayendo a los indios tan arrastrados que si un dia sacaba alguno den pesos de la mina los habia de dar todos al encomendero sin quitar grano. Más como su vida era de burla quedaron burlados. Porque la grosedad y opulencia se acabó presto con las continuas guerras y como lo habian todo gastado quedâronse sin ello hasta hoy y tan miserables que mueren de hambre ellos y sus hijos sin dejar a sus herederos un tomien sino es deuda, habiendo entre ellos a quienes dieron sus hombres trescientos mil pesos de oro fino, ultra de las demás cosas que tribnaban. (Pág. 76.)

El Padre Escobar impregnó el libro de otros hechos y observaciones fuera de los anotados. Su cultura y condición de sacerdote lo hace criticar acerbamente y hasta con indignación el trato que el espafiol da al indio. No le cabe en el espíritu la conducta del conquistador. De manera que, fuera de colaborador y redactor de las notas de Lovera, aparece varias veces en pugna con él, visiblemente disgustado. La literatura tiene sus paradojas y esta es una de las grandes, sin duda. Veamos cómo Escobar condena la conducta del conquistador, o sea, a su propio amigo Lovera: «Verdaderamente-dice- todas las veces que me viene a las manos semejantes hazafias que escribir, me parece que esta gente que conquistó a Chile por la mayor parte della tenia tomado el estanco de las maldades, defueros . ingraticudes, bajezas y exorbitancias... (Cap. x.xxii. pág. 117.) Buenos amigos en la vida, son enemigos irreconciliables en las letras Sorpresas son estas muy explicables cuya fatalidad sólo la historia justifica. Ya hemos observado que

la vida española en América se escinde en dos períodos distintos y antagónicos: la Conquista y la Colonia. El fenómeno aludido es una prueba más de su perentoria evidencia.

Debemos terminar este ligero comentario en homenaje a la concordia. Queden Lovera y Escobar cada uno en su sitio. Empero, observemos por último algunas virtudes literarias de Ja Cronfra, que no hemos encontrado ni en Valdivia ni en 'Marmolejo, su homólogo literario. Es una de ellas cierto el sentido del paisaje impreso en varias partes del relato, del que daríamos prueba si pudiéramos citar íntegra la descripción de la ciudad de Santiago, aguda y colorida, que leemos en las páginas 18 y 49 de la Crónica. Hay algo más que una simple enumeración de cosas concretas.

En cuanto al indio se refiere, Lovera los idealiza a su manera, cada vez que la ocasión se le presenta, especialmente, en los discursos que pone en labios de insignes caciques. Véanse en el capítulo V las conversaciones entre Lutaru y Llanos Veas que hemos citado en otro capítulo, así como el capítulo XXXII en el que un indio, Albaa, pronuncia un discurso encendido de patriotismo, altivez y honor, de un subido tono español.

Son todas estas pruebas irreducibles del espíritu español de don Pedro Marino de Lovera.

LITERATURA DE LA COLONIA

La vida española en América tuvo años rudos y sangrientos y años de relativa calma y tranquilidad para los hombres. Obedeció a designios bien claros y precisos en su primera etapa y a ideales de vida complejos y distintos en su desarrollo y período de fenecimiento. El choque de dos pueblos diferentes en civilización y cultura, el español y el indio, una así todo el siglo XVI, convirtiendo la tierra de América en un campo de batalla donde brillan sólo la espada y el heroísmo del conquistador. Pero la guerra pasa por la vida rápidamente y no se detiene en parte determinada por mucho tiempo; cumplidos sus objetivos sobreviene la calma y el reposo. No sólo trae en su mochila vituallas y armamentos. Muchas veces trae, además, un destino propio que cumplir. Es lo que ocurrió en América. La Conquista es un ciclo histórico orgánico de la vida española desarrollada en estas tierras y obedeció a razones y causas bien precisas. El advenimiento del espíritu renacentista, por una

parte, en todo el mundo europeo, desde el siglo xv para adelante, y el estado social de la España católica y mística de los Habsburgos, por otra parte, habida consideración que es el primero de estos factores el más importante de todos, explican el sentido de la conquista de América. Tuvo un carácter individual porque el Estado Español no pudo sofrenar el impetu de sus soldados y tuvo un carácter de clase bien determinado.

Hemos observado en párrafo aparte estas generales consideraciones.

Al carácter privado de las empresas a las Indias y a su contenido de clase claro y distinto, debemos agregar el agudo individualismo que revistió la actividad española en estas tierras, su afán de riquezas, su mesianismo social, su actitud de rebeldía ante el Estado español. Ahora bien, el conquistador español cumplió en América este programa histórico, dejó en la base de esta tierra más de una influencia que aún palpita en el fondo común de la raza chilena, y feneció definitivamente para dar paso a imperativos históricos nuevos y tan fatales como el que encarnaba. Este nuevo período histórico es el que nosotros llamamos la Colonia, que empieza y toma cuerpo en Chile el año 1557 con la llegada a Chile de don García Hurtado, hijo del Marqués de Cañete don Andrés Hurtado de Mendoza. Creemos no equivocamos al decir que este jefe de la conquista de Chile, es el anunciador de un nuevo tipo de vida en este país.

Las características culturales que emanarán con la llegada de García Hurtado de Mendoza, constituyen un apretado conjunto de formas y motivos históricos que transforman la sociedad española de aquellos años, dándole una fisonomía propia e inconfundible.

Las estudiaremos en este ensayo, parte por parte, con el criterio objetivo más parco posible.

1.º *Presencia del Estado español en Chile.* Los primeros años de la Conquista están caracterizados por un fuerte sentido individualista. El capitán de empresas y los soldados obran a entera voluntad, de espaldas al Estado español, obedientes al sino egocentrista de sus aimsas. Aquí reparten encomiendas, crean cabildos a su imagen y semejanza, crecen desmedidamente. Sienten la conquista de Chile como obra de su esfuerzo, paternalmente. De ninguno de ellos puede afirmarse que no haya intentado de hecho como Gonzalo de Pizarro, o de palabras como hay documentos que lo prueban en el caso de Valdi-

via, Cortés, etc., desprenderse de la Corona. América es el destino del conquistador y esto pesa. Pero pronto sintieron la necesidad de legitimar las conquistas, estableciendo contacto jurídico con la metrópoli. Valdivia lo hace después de cinco años en Chile. Cortés lo hizo del mismo modo. Las palabras con que hablaban estos soldados son harto reveladoras del estado de sus espíritus, runachiembrados, diríamos, a las tierras que habían conquistado. Recargan en sus palabras la nota patética y de Cartas que fueron se convierten en verdaderos memoriales de servicios prestados a la Corona.

Con la llegada a Chile de García Hurtado se incorpora el Estado español en el Reino. Este jefe conquistador trae provisiones reales que lo acreditan como legítimo Gobernador, o por lo menos, admitida la hipótesis que el señor Crescente Errazuriz plantea en forma tan clara en su libro sobre Francisco de Villagra de que este nombramiento sólo tiene el visto bueno del Yisorrey del Perú, a la sazón Andrés Hurtado de Mendoza, su padre, su autoridad está revestida de una aureola legal muy superior a la de los gobernadores anteriores que solo son nombrados por los cabildos del reino. García Hurtado de Mendoza tiene clara conciencia de este hecho y es así como procede en Chile en forma enérgica y arbitraria, sin respetar las encomiendas y repartes hechos por Villagra o por Valdivia. Con este hecho se crea, además, en el Reino la lucha entre el conquistador y el poblador, la que termina más tarde con el predominio de este último. Los cronistas Lovera y Villalón han dejado testimonios fehacientes de todos estos hechos enunciados. Estando don García en Imperial, dió orden - dice Lovera - en repartir las encomiendas de la misma ciudad... poniéndolas en cabeza de las personas que pareció más beneméritas a juicio de los cuatro consultores que para esto había disputado como se ha dicho al principio de este capítulo removiendo algunos encomenderos nombrados por su antecesor Francisco de Villagra; por haber sido gobernador electo sin autoridad ni nombrado por alguno de los visos-eyes del Perú sino por sólo los cabildos del reino. Y así habiendo consultado esto con personas graves y habiendo resolución en que no eran válidas las dichas encomiendas hizo nueva distribución sin atender quienes eran poseedores sino solamente quienes eran merecedores. (*Cronica del Reino de Chile*, Lib. 11. pág. 233.) Este cronista soldado que citamos expresa en forma nítida la impresión que estas medidas producen en el conquistador que es Lovera.

Recoge en más de una página del libro la triste verdad y lo critica con vacilaciones. Mas adelante dice refiriéndose a los cambios hechos en el Reino por García Hurtado: «tomando pareceres de letrados mandó dar pregones con trompetas en que se notificaba a todos que las encomiendas de vecinos de Concepción estaban ya cas, y se habían de repartir en los nuevos pobladores: por haber sus propios encomenderos desamparado la ciudad fatigados de los enemigos sin haber en ellos fuerza bastante de echarlos della por punta de lanza, si les Vecinos quisieran resistir con la obligación que tenían, conforme lo habían hecho los demás moradores de esta y de otras ciudades en semejantes coyunturas. No fué pequeña la tribulación y desasosiego que causó a los desventurados Vecinos el verse despojados de sus haciendas al cabo de tantos años de sudor. (Pág. 227.) Es la autoridad ejerrida en estas tierras con clara conciencia de su legitimidad y prestigio. Instructivas son en grado sumo las palabras despiadadas que dice Marmolejo que dijo el joven jefe a su llegada a Chile a los viejos soldados conquistadores: «Luego mandó se juntasen todos los que anaban en el campo que les quería hablar, puesto en frente de los que cupieron en el aposento, les dijo entendiexen de él, que a los caballeros que del Piru había traído consigo no lo había de engañar, y que les había dar de conocer en lo que hobiese; porque en Chile no hallaba cuatro hombres que se le conociese padre; y que si Valdivia los engañó o Villagra que engañados se quedasen; y en el cabo de su plática les dijo: «¿En qué se anan aquí estos hijos de las putas?, (Cap. xxxvi de la *Historia de Chile*, de Marmolejo. pág. 801 Esta lucha entre el conquistador y el poblador también se planteó en México como nos lo dice Bemal Díaz del Castillo en algunos capítulos de la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*.

La presencia del Estado español en Chile es un hecho de trascendencia histórica. Puede decirse que de él derivan lógicamente las distintas formas que revistió más tarde la vida española en esta tierra. España volcó todo su contenido e intereses en la sociedad de entonces y ésta sólo fué vaso o recipiente que la rontuvo. Cambios importantes de sentido y posición histórica derivan directamente de él.

2.º *Predominio del sacerdote y del letrado sobre el conquistador.* Con el advenimiento del Estado en el reino de Chile se

produce también un fenómeno social importante: el contenido de clase de la Colonia, muy distinto y opuesto al de la Conquista. El soldado aventurero para quien las armas son un medio de ascenso social, se ve insensiblemente desplazado por un nuevo tipo de hombre: el sacerdote y el letrado o capigorra. Contribuyeron a la formación de este recho la creación de la Real Audiencia el año 1590 y la llegada de los jesuitas el año 1598. Estos hombres entran a predominar en la vida social de la época, a tal extremo que bien pueden ser considerados los hacedores y verdaderos protagonistas de la sociedad española de los siglos XVI y XVII en este país. Debe destacarse que don García Hurtado de Mendoza fue el introductor de este nuevo espíritu como queda claramente expresado en las frases lapidarias que en la ciudad de Cafiete dirigiera a los soldados conquistadores. Ya han sido citadas y sería innecesario repetir las. El fenómeno iniciado por Hurtado de Mendoza se afianza vigorosamente con el nombramiento hecho por Felipe II de los tres Oidores enviados a dirigir el Gobierno del reino. Comenta Lovera: «estando Su Majestad el rei don Felipe II desde nombre informado de las casas de Cruce, acordó enviar oidores que atendiesen así a las cosas de justicia como al gobierno del reino. Porque como los gobernadores pasados eran hombres que habían conquistado la tierra, habían siempre opositores y no faltaban por una parte émulos y por otra demasadamente parciales. I para poner remedio a todo esto y autorizar mas la tierra proveyó Su Magestad nuevo orden en el gobierno enviando para esto tres oidores llamados el uno el Licenciado Torres de Vera, y el otro el licenciado Egas Vanegas y el licenciado Sierra, el cual murió en el camino en la ciudad de Parrara., (*Cronica del Reino de Chile*, pág. 307-308.) Más tarde la presidencia de Chile es puesta en manos de hombres cultos venidos directamente de España - de Bravo de Saravia «dice Lovera: que era hombre muy docto en derecho, graduado de doctor con mucha aprobación de todos - quienes terminan por completar la obra, junto con los sacerdotes, iniciada hace tiempo por don García Hurtado de Mendoza.

Se nos ocurre ver dramáticamente enunciado el momento en que el último jefe conquistador, don Rodrigo de Quiroga, capitula amargamente su dominio de la tierra de Chile para entregarla en manos del hombre culto y letrado que entra a reemplazarlo en el gobierno, en el siguiente vivido y patético cuadro descrito por el mismo Lovera: «Llegados los dos oidores de Chile

pusieron su tribunal en la ciudad de la Concepción, por estar en medio de todo el reino, usando para esto de las ceremonias ordinarias en semejantes coyunturas. Para lo cual hicieron un cadalso en la plaza principal adonde llevaron el sello real en un caballo ricamente aderezado, y debajo del palio como es costumbre allí y lo recibieron los oidores con el aparato y gravedad que para tal caso se requería. A todo esto estuvo Quiroga en el suelo y en pie entre los demás no poco sentido de que no se hiciese caso de su persona, no faltando quien le estuviese incitando a que no pasase por ello y persuadiéndole a volver por sí, ya que Su Majestad gustaría dello; pero él como hombre cuerdo no quiso hacer otra mudanza más de irse a su casa, saliéndose de allí con algunos amigos suyos. Otro día yendo los oidores a la iglesia mayor acompañados a misa solemne de todo el pueblo, llegaron algunas personas a suplicarles señalasen lugar honroso a Rochigo de Quiroga, pues acababa de ser Gobernador y era razón hacer caudal de su persona: a lo cual respondieron que se podía sentar en un banco con el Comendador adonde mejor le pareciese. (*Cronica del Reino de Chile*, pág. 308.) Vemos en este cuadro el momento simbólico en que el hombre de la Conquista cede el dominio de la tierra al hombre de la colonia.

Del factor analizado derivanse consecuencias notables para el destino de las letras. Ahora se escribe lejos de la guerra, con el corazón en calma. Sacerdotes como Ovalle, Molina y Rosales, hombres cultos como Pineda y Bascofián y Santiago de Teillo, toman la pluma y hacen su cornuto de los hechos y cosas de esta tierra en papados en el complejo ambiente de la Colonia, y con criterio y sentido artístico, por afiadidura. Son hombres cultos y pueden hacerlo. Hay escuelas y bibliotecas creadas por el fervor sacerdotal y hay iglesias donde refrescar el espíritu férvido de los creyentes. La Conquista con toda su esencia guerrera no se ha ido definitivamente del país, pero ya no ocupa el primer piano de la vida histórica. Es un elemento residuo, sin vigencia histórica, encajonado en las regiones aledañas al Bio - Bio.

3.º *Extinción del indio. Formación de la raza chilena y de la vida colonial.* El soldado conquistador pretendía, como ya hemos visto, hacerse rico en América. Su espíritu aventurero y mesiánico eligió en esta tierra la profesión más en armonía con sus complejos espirituales. Se hizo minero. Las labores agri-

colas no le interesaron sino en la medida en que eran necesarias para el sustento diario. Su espíritu anti-capitalista, lo incapacitó para crear verdaderos núcleos de trabajo y jamás pensó en utilizar al indio con fines de colonización. Por el contrario, procuró su exterminio, explotándolo de sol a sol en las minas y lavaderos de oro o dándole muerte en las batallas de todos los días. *Es así como ya al final del siglo XVI el indio si no había desaparecido, contaba en escaso número en la vida colonial.*

Vemos en este hecho una de las formas culturales de la Colonia más trascendentales. Faltó ahora al español la mano de obra, la fuerza creadora de trabajo. Los españoles y mestizos eran porcos para explotar en vasta escala la riqueza minera del territorio. El español se ve obligado a buscar otras fuentes de vida y dirige su mirada a la tierra concentrando su interés en la agricultura. De minero que fué durante la Conquista deviene en agricultor. Esto significa que el espíritu de la economía española del siglo XVI experimenta un cambio profundo en los siglos XVII y XVIII. La tierra atrajo hacia sí al español y éste terminó por echar raíces en ella. «La vida rural, la dedicación a los cultivos y a la ganadería -- dice a este respecto el economista chileno Carlos Keller (3) -- le imprimen al individuo un carácter diferente.» Las relaciones del conquistador y el indio que habían sido en un principio de amo a siervo, se convierten ahora en patriarcales. El resultado de todos estos hechos fué la lenta formación de la raza. El español se une al indio constituyendo a la larga el subsuelo étnico del pueblo chileno.

Este hecho que enunciaremos en sus líneas generales tiene en los cronistas de la época un testimonio. Citaremos un solo ejemplo. Lovera relatando hechos acaecidos allá por el año 1583, comenta: «De aquí se fué el mulato Mareguano donde se juntó seis mil indios que para estos tiempos eran excesivo número así por estar muy diestros en las batallas como por haber ya tan pocos en el Reino.» (Cronica, pág. 418.)

Entraña la característica anotada una de las formas objetivas más típicas de esta época. Con la radicación del español en tierra chilena germina en el espíritu de los letrados un agudo deseo de adentrarse en la vida del reino que poblaban.

(3) Carlos Keller: *El Espíritu de la Economía Chilena*. Re. • Clio • 19H.

Miran sus valles, el paisaje de la zona central con exaltado carifio y entusiasmo. Alom, o Onille, en el terreno literario, es el primer prosista de esta tierra y en su obra alteman tanto la rica sensibilidad que poseia como el bello espectáculo de nuestro paisaje.

El Padre Rosales, incursiona en las tradidones folklóricas del indio con sentido artfstico e hstórico <del mas alto valor. Son otros tiempo; la literatura también es otra.

La sociedad, por otra parte, se ve incrementada con un nuevo tipo de hombre: el criollo. Sus virtudes y defectos tampoco escapan al ojo vigilante de los escritores de la Colonia. Tanto Ovalle como Rosales y Vidaurre, especialmente este ultimo, penetran concertera intuición psico16gica en su íntimo sentido humano.

Nace la vida social. Las ciudades, sobre todo la capital del reino, tienen una fisonomia propia y original. Parece innecesario subrayar con mas detalles la verdadera peripecia hist6rica envuelta en el factor estudiado: la extinción del indio.

4.º *Espirilu evangelizante dfl hombre de la colollia.* El es-
 • piritu exaltado y aventurero de los soldados conquistadores, n.:ovido unicamente por la desenfrenada pasi6n del oro, cre6 en América un ambiente c6smico de naturaleza esencialmente bélica. Nadie escap6 a su influencia. Todos quieren crecer; nadie deja de matar. La realidad hist6rica tiene sus fatalisr-ros, y este es uno. Es asi como los pocos sacerdotes que pasaron a Chile en el perfodo de la Conquista, sin quererlo, c-ambiaron la sotana po el sable y la espada. No podfan haccr otro cosa. Sus individualidades estaban absorbidas por el complcjo r1mbiente. Los ideales evangelizantes del Estado espafiol se ven frustrados en el cornienzo mismo de su obra. Dice Lovera refiriéndose a un encuentro con los indios cuando la ré difiraci6n de la ciudad de Concepci6n: o:Entonces se üeron perplejos los cristianos, dudando si seria mas acertado salir a los enemigos o aguardarlos en el fuerte. I estando en esta consulta dijo un caballero llamado Hemando Ortiz de Carabantes, que serfa acertado meterse en un nayfo que estaba en el puerto, o por lo menos poner en él todo el bagaje y pelearse con determinaci6n de que en caso que les fuese mal, se recogiesen todos a la nave, pues eran tantos los enemigos. •A esto respondi6 el clérigo Nufiez Abrego: Paréceme sefior que ya estais ciscado; de la cual palabra se pic6 el Hemando Ortiz y le dijo: Pues, Padre, tened

cuenta con mi persona, y conoceréis como no lo hacfa por mi sino por toda esta gente que esta delante. Y la resolución de la consulta fué salir cincuenta de a caballo y oponerse a los contrarios quedando los demâs en guarda de la fortaleza. J (Crônica, pág. 182.)

El ardor de la guerra coge al fraile Nufiez de Abrego: I a i combatieron el fuerte con gran vigor y arrojamiento, saltando dentro por diversas parte; donde anduvo la folla tan sangrienta que morieron alH 15 españoles y lleg6 a tanto el tes6n de los indios que vinieron a ganar la (sic) alcâzarechando fuera a los españoles. A todo eRlo estuvo el clérigo Nufio de Abrego con su espada y rodela a la puerta de la fortaleza arrinado a un lado, v al otro Hernando Ortiz sin apartarse ninguno de los dos un pumo de su puesto sobre apuesta. Mas por estar picados entre si que por picar a los enemigos aunque en efecto hicieron tal estraho en ellos-que pudiera cualquier a de los dos aplicarse el nombre de Cid sin hacerle agravio. - (Cr6nica, pág. 183). Es también elocuente el correntario que transcribimos de la *Historia* de Ivlam1olejo, a propósito de las acciones guerreras que se sucedieron a la fundación de la ciudad de Santiago: . Considerando que pufs no los habian podido desbaratar hasta alli menos lo harian viniéndole socorro y que les habian muerto trescientos indios y que peleaban tan valientemente viendo (los) golpes de lanzas y cuchjlladas que les daban tan bravas, en especial un clérigo natural de San Lucar llamado Lobo, que hacia andaba entre ellos como lobo entre pobres ovejas. = (*Hystoria* de Ivfarmolejo, pág. 8).

El sacerdote de la conquista se convirtió en soldado y no cumplió el papel que el Estado español le asignara por obra del ambiente cósmico y bélico en que actuaba.

A fines del siglo xvr este orden de cosas cambia radicalmente. La presencia en el reino del Estado español, esto es de hombres cultos nombrados directamente por la Corona para servir la preBidencia y gobemación de Chile, asi como la llegada de los padres jesuitas, de tan decisiva influencia en la vida social de la época, perrritió a Espafia cumplir en esta tierra su verctactero objetivo E'spüital: la evangelización del indio. Estos hijos de San Ignacio de Loyola, coffo los ha llamado Unamuno, dueños de una vitalidad religiosa y económica desde todo punto admirables, con la coperación de otras órdenes, crean en Chile el ambiente colonial. Ellos pusieron las primeras piedras del edificio soçüil chileno: aqui fundaron su colegio

habiéndose hospedado casi un mes en el convento del glorioso patriarca Santo Domingo, donde fueron agasajados con gran caridad y regalo, saliendo con estrecha obligación de esta Santa Casa, y por tenerla ya los padres propia, pusieron sus escuelas de latinidad para educación de la juventud que fué echar el sello a la buena obra que los padres hadan y al deseo con que anhelaba todo el reino de ver sus hijos en esta ocupación tan importante. (Crónica, pág. 444.)

La extraordinaria vitalidad económica y capacidad de absorción de los jesuitas, terminó, como sabemos, con su expulsión del reino el año 1767.

Pero ya lo habían hecho todo. La vida colonial, con o sin ellos, giraría en torno de la obra por ellos realizada.

Tanto Ovalle como Rosales han dejado claro testimonio del espíritu religioso de la Colonia. Las largas y abigarradas procesiones por las calles polvorosas de Santiago, el recargado formulismo de la vida en los Cabildos en la Universidad de San Felipe, etc., ponen una nota pintoresca en la vida colonial. La literatura se impregna de justicia y amor por el indio. Uno de los escritores más conspicuos de esta época, el Padre Rosales, escribirá frases candentes, revolucionarias para su tiempo, criticando el abandono y el trato que el español a pesar de todo le da al indio.

El espíritu evangélico su derivado, el amor y compasión al indio es una de las características profundas de la Colonia. Emanan de su fondo mismo. Por esta razón el Padre Las Casas es un anti-conquistador, un extranjero de su tiempo. *Y descansa (Indo en este mismo argumento, por una parte, y en la condición de clase de Alonso de Ercilla y Zúñiga y de Pedro de Oña - enemigo este último del indio, Pero hombre entendido en latines y enredos de Corte - los hemos trasladado a la literatura colonial pasando por encima del criterio histórico puramente cronológico.*

Es el sentido, el espíritu, lo que decide en la historia. No son los hechos. El espíritu de Oña y Ercilla es el mismo espíritu de la Colonia. Obsérvese el Purén Indómito de Alvarez de Toledo y cójase de su lectura si la levadura espiritual de este hombre no enraiza más con la Conquista que con la Colonia. El juicio se inclina evidentemente a clasificarlo dentro del primero de los ciclos históricos citados. Lo hemos dejado, sin embargo, en este cuadro dentro de la Colonia, incapaz de desprendemos del peso venerable de la rutina.

Que estas breves líneas sean una justificación de la clasificación hecha.

5.° *Carencia de vida espiritual propia.* Se sabe que la metrópoli mantuvo a sus colonias americanas enclaustradas económica y culturalmente. El paso de España a las Indias y de las Indias a España - estaba sujeto a una rigurosa fiscalización impuesta por este espíritu y a disposiciones reales perentorias desde tiempos de los Reyes Católicos hasta Carlos III y IV (Véanse págs. 29 y 33 de la *Historia Colonial de Chile* de José T. Medina), que coartaban la vida independiente de las colonias y el libre vuelo del pensamiento. Los hombres viven como apretados dentro de un corsé. El Estado español por estas disposiciones reales se vació íntegro en el reino. Se prohibió por real decreto escribir a los indios. Pero no era sólo esto - comenta el señor José Toribio Medina - por mandato de los reyes de España se prohibió bajo las penas más severas que los colonos de América leyesen lo que se dijo en llamar libros de ficción, poesías, dramas, etc. No había medio de leer a Cervantes, Vega, Quevedo, Moreto. (*Historia de la Literatura Colonial*, pág. 27.) La personalidad del hombre de la Colonia se estructura de esta manera a imagen y semejanza del Estado español.

Es así como los españoles de la época son todos profundamente religiosos y hasta creen contaminarse de herejía en su trato con los extranjeros. •Oficia mismo -- dice Medina - no trepidaba en afirmar que los ingleses tenían merecido el infierno. *Se vive en Chile, Pero se siente en el espíritu.*

La vida de las ciudades, especialmente Santiago y Concepción, está impregnada de este espíritu religioso emanado de la Contrareforma. Las calles parecen llenas de sueño y silencio. Vida monótona y somnolienta es ésta, íntima, fuera de la guerra araucana, por la entrada de los gobernadores, por las frecuentes fiestas religiosas, por las competencias entre las diversas autoridades o estudiantes de la Universidad de San Felipe, hechos que interesaban a la sociedad entera y que constituían la única manifestación de la vida social. Mas que vida era aquello un largo y obscuro bostezo de los espíritus.

Así y todo este enclaustramiento espiritual derivó con el tiempo en rica capacidad sensitiva para acoger estímulos de otras fronteras. De subordinado espiritual a la metrópoli, el español se convirtió, sobre todo en el siglo XVIII, en subordinado

espiritual de otros países más avanzados en ideas y cultura que España. En este sentido, debemos destacar el hecho que todo el siglo xvm fué francés en Chile en las manifestaciones más externas de la vida social. (4) Literariamente los representantes más genuinos de la influencia dtada, operante en esta época, son Felipe Gómez de Vidaurre y el Abate Iv'lolina, por el espíritu científico y antiliterario impreso en sus obras.

De estos hechos tan sucintamente emunerados, pueden inferirse conclusiones literarias que ya han sido expuestas a lo largo de este trabajo, pero con el mérito de ser definitivas.

Es uno el carácter religioso de esta literatura escrita en su mayor parte por sacerdotes.

Su ausencia absoluta de todo contenido nacional, es la otra deduccibn que podmlos sacar de las premisas senladas. Y por otra parte, con el nacimiento de la vida social se inicia en esta época la poesía lírica, cuyo cauce riguroso es el romancP y cuyos principales motivos de inspiración son herencia directa de la historia de España. El señor Julio Vicufia Cifuentes ha perfeñado gran número de estas manifestaciones líricas, anejas al mundo social de la época, cuyo cauce, como hemos dicho, es el romance, y en las que el acento poético incide indefectiblemente en el ecspañolismo del fonde y de la forma.

La obra de España durante la Conquista y la Colonia en Chile, se complementó eficazmente. En la Conquista arrasó casi totalmente con el elemento de color, quien devine en mestizo y en la Colonia puso una lapida mortuoria sobre todas las posibilidades históricas que podrian emanar de una fuerte influencia racial indígena, si se hubiera establecido entre ambas culturas un pequeño nexo de continuidad. Es así como la literatura de la época, que hemos clasificado con los nombres de literatura de la Conquista y de la Colonia, por imposición misma de los hechos históricos, tiene en su más íntima célula dtal un sentido profundamente> español.

(4) Don Eduardo Sol. \R CoRRF. \ en su libro *Sembfa. 1:as Literarias de la Colo, lia*, dice a este respcto: ,Conviene no olvidar que el sigw xvm fué en Espana un siglo francés y que la influencia transpirenaica, rebasando los !!miles de la Peninsula se vació sobre los dominios de ultramar . Hacia fines de la Colonia se abren en Santiago salones literarios remedo de los franceses y hasta tuvimos uña compañía dramática.

ALONSO DE ERCILLA Y ZUFIGA

El poeta de *La Araucana* es uno de los mayores escritores de España. Así como Cervantes es el primero de los novelistas españoles y Santa Teresa la voz lírica más perfecta y acabada. Alonso de Ercilla y Zúñiga es de los pocos grandes. Si no el único poeta épico de dicha literatura.

Convergen en el espíritu de Ercilla las grandes virtudes sensibles del alma española, como ser, un exaltado espíritu guerrero, un robusto y enérgico realismo, así como también el don misterioso e inefable de la creación artística. Como Cervantes y Lope, Ercilla fue un creador. Pero un creador a la manera española, esto es, empapado de realidad, que se inebra entre las mismas cosas, como él dice, y en el poco tiempo que dieron lugar a ellas las continuas guerras. En efecto, Ercilla vio antes que nadie en el espectáculo heroico de la conquista de Chile, el material suficiente para entonar el canto épico, dando de esta manera vida artística a un suceso histórico, la que es imperecedera cuando nace de nobles entrañas. Para nosotros es este uno de los mayores y mejores títulos de gloria que debe concederse al poeta.

Sabemos que los cronistas de su época no escribieron movidos por el íntimo fervor de la creación artística, sino por el deseo de ganar preeminencias y favores tanto de la Corte como de los jefes o capitanes de conquista. Ercilla, en pleno siglo XVI, escribió obedeciendo a los designios misteriosos de la creación artística. Detrás de él denotan los imitadores: Pedro de Ojeda, Toledo, Santisteban Osorio. Ercilla fue el primer artista de aquellos tiempos. Él señaló el camino del arte, él dio la primera lección.

Como si esto fuera poco, tiene todavía Ercilla otro título para merecer bien de la historia. Canto como español, sin herir la dignidad proverbial de su raza, al valiente pueblo araucano. Exaltó su heroísmo, idealizó de altas virtudes su alma, hasta crear el *mito* del araucano. Nunca se podrá estimar suficientemente la importancia de este hecho. Los chilenos vivimos hasta hoy día ahogados a él, descansando en su fuerza histórica y difícilmente lo desterraremos del alma. El araucano de Ercilla, valiente, amante de su patria, delicado y puro de sentimientos, no obstante constituir la cuota racial que menos ha contribuido

en la formación del pueblo chileno, y no obstante aparecer en el poema profundamente idealizado, ha pasado a ser la verdadera fuerza histórica del país. En él se han hecho descansar los rasgos propios e inconfundibles de la personalidad del chileno. ¡Grandiosa herencia, sin duda! Cuando una obra pervive y se cala de esta manera en la vida de un pueblo es porque es grande y no despreciable.

Los tratadistas españoles no han comprendido nada de todo esto. Han mirado con un solo ojo a Ercilla, amenguando su verdadero valor. Entre ellos, queremos destacar de paso, e juicio de Angel Salcedo Ruiz, quien llega a decir en su *Literatura Española* que preferiría sufrir de nuevo las peripecias guerreras de la conquista a leer íntegro el libro tan soporífero. Y así todos.

La vida de Ercilla ofrece singulares luces para la correcta interpretación de su obra. Como han observado algunos tratadistas, entre ellos don José Toribio Medina, Ercilla fue un tipo de soldado distinto al de los demás conquistadores. Su actitud ante el indio es elevada, espiritual, <ligna. Admira su valor y frente al suplicio de Caupolicán ordenado por don García, llega a decir que de estar él presente no se habría realizado. Recrimina enérgicamente la ferocidad del español y su apC'tito de oro. No es un conquistador. Es un anti - conquistador. En su espíritu oye y canta el mismo espíritu de comprensión y admiración al indio del Padre Las Casas. Ahora bien, cabe preguntarse, ¿qué hechos de la vida de Ercilla pueden justificar esta su singularidad humana con respecto a los demás conquistadores? Contestar a esta pregunta es entrar en pormenores de la vida de Ercilla que sirven para filiarlo dentro de una correcta clasificación literaria.

Ercilla fue un extranjero de su época, no participó de las características generales del conquistador, como ser, su incultura y baja extracción social, pues trajo junto a su mochila de soldado una larga vida cortesana y una sólida cultura renacentista. Sus padres - don Fortín García de Ercilla y doña Leonor Zúñiga, señora de Bobadilla hasta la muerte de su marido y en su viudez, García - Damas de la Emperatriz doña Isabel - - eran personas distinguidas y con influencias en la Corte. Estas influencias no tardaron en convertirlo en paje del Monarca que debía llamarse Felipe II. Viajó al lado de él conociendo Flandes, lo mejor de Alemania, Francia e Inglaterra.

Por esta época llegaron nuevas de la sublevación de los indios araucanos y de la muerte de don Pedro de Valdivia; encontrándose a la sazón en la corte don Jerónimo de Alderete, fué nombrado Capitán con cargo de pacificar al rebelde suelo chileno. Partió con él Ercilla, quien cife espada por primera vez en su vida. Tenía veintidós años. ¿Qué sentimientos lo impulsaron a abandonar las comodidades que le ofreda su espléndida posición social para aventurar fortuna en América? ¿Fué su simple impetu de hombre mozo y de español? ¿Vayan a saberse las íntimas razones! Con todo, es preciso admitir con Toribio Alcedina, una hipótesis que se desprende fácilmente de la obra. Ercilla, siempre que habla de amores, usa un lenguaje puro, cristiano, transido de emoción humana y cordial. Generalmente canta al matrirrromo, única forma del runor que se aviene con su temperamento, siendo en este sentido muy hermoso el episodio de Tegalda, tiernamente vencida por el amor de Crepino, gallardo mozo araucano, vencedor en uno de los tantos tomos en que consistía la vida social de los indígenas y al que termina por perder en uno de los violentos ataques de los españoles contra los bárbaros. Merece contarse íntegro el episodio. El duelo había sido sangriento y a pesar del desastre sufrido por los indios, el jefe español - Don Garda - temía todavía un nuevo ataque, y los centinelas en lo alto del reducto se relevaban por turno. La noche estaba obscurísima. Ercilla divisa un bulto envuelto en un sollozo. ¿Qué sería? Se acerca y ve que ese bulto se mueve entre los cadáveres. Aguija contra él y a este movimiento, el bulto, que era una auténtica mujer, dice:

..... Señor, señor, merced te pido
que soy mujer y nuncz te he ofendido:
si mi do/or y desventura cstrana
a lastuna y piedad no te inclnaren,
y tu sangrimta espada y fiera smfo
de los términos licitos pasaren,
qué gloria adquirirás de lai hazaiia
cuando los justos cielos publicaren
que se empleo en una mujer tu espada
lluda, misera, triste, desdichada?
Ruégote, pues, Señor, si por t-entura
o desventura, conw fué la mia,
con anwr verdadero y je pu.ra,

*amaste tiernamente en algun dia,
me dejes dar a un cuerpo sepultura
que yace entre esta muerta compania.*

Nuestra poet! accede a su petición profunda mente conmovido por la tragedia de la india:

*¡Wavido pues, a con!pasifm de ella
firme en su casto y amoroso intento
de alli sal?do me volvi con ella
a mi lugar y sefwlado asiento.*

El poeta le pide que le cuente su triste historia. La relación es hermosa, de una bcileza, a nuestro juicio, verdadera, pura, integra. Pero preciso sera antes de entrar en la triste historia de Tegualda, volver al punto inicial de esta disquisición sobre el amor en Ercijla. Dcdamos que Medina admitia con fundadas razones cierta hipótesis sobre el casto sentido que el poeta otorgô al amor, cual serfa la sospecha evidente de algun amor contrariado e infeliz de su vida. Cita a este respecto el Canto xviii del poema en que recuerda a las dam.:s de la Corte y especialmente a dofia \larfa Bazân que fuera su novia y prometida en la juventud. Recuerda, ademâs, el unico antecedente literario precursor de su poema épico, una simple glosa que Sedano ha consen-ado en la pagina 200 del tomo XI de su *Parnaso Espano!*. poema sentido y empapado de dolor. (1) Y de todos estos antCcedentes infiere la hipótesil- perfectamente admisible de que el poeta se desquitó del amor en el poema, negândole sitio, y reduciéndolo a un constante treno bélico. Ahora bien, „no podria pensarse ademâs que este desengafio arroso fué quien lo impulsé, sacandolo de las comodidades de la vida cortesana, a venir intempestivamente a Chile? He aqui una conjetura perfectamente admisible también.

No obstante lo dicho hasta aqui y lo afirmado por el poeta desde los primeros versos de *La Araucana*, de presndir del amor, es el hecho que Ercilla en la parte segunda y tercera del poema, toca este tema y lo hace con un espiritu tan tierno y casto, que también pensamos que ello no es sino el resultado de su pasados amores sin fortuna. Canto al matrimonio como unie a forma perfecta del amor.

(1) José Toribio ;yfi:o, A: *Hiswria de la Litcratwa Coloni<l de Cltik*. p 49 a Sj. t. 1.

Y continuemos ahora con la interrumpida historia de Tegualda, uno de los episodios idílicos más hermosos del poema, que ilustra en buena forma estas disquisiciones. He aquí lo que <lice Tegualda:

*• Yo soy Tegualda. ¡tizia desdichada
del cacique Bracol desrenlurado,
de muchos por lumnosa en vano amada,
libre un tiempo de omor y de cuidado;
pern ,nuy Presto la Fortuno, ofrado,
de ver mi libertad y alegre estado,
turbo de tal manera mi alegría
que al fin muera del mal que no trmfr; :.*

Sus amantes, que no son poco-, demandan inutilmente una mirada de la dulce india altiva - de la dama --diremos mejor, siguiendo a Ercilla, que tan poco conoedor se demuestra de la psiquis araucana en estas y otras partes del poema. Disponen por último, una fiesta, en donde lucen sus corpóreas figuras y sus bríos juveniles, en homenaje a Tegualda. El trayecto al sitio de la fiesta esta cnramado 4pareciéndole malo el buen camino, y que «el sol de tocarme no e!a dino • confiesa ella al poeta.

Tegualda no :fijaba en nadie la mirada durante el tomo. Era libre. Sin embargo se produce un ruido general en la asamblea. Un joven mancebo ha dado en tierra con 1\lareguano, el vncedor de todos los demás. (Canto x.x.) Trabajóse de nuevo un combate entre Mareguano y aquel joven y de nuevo sale éste vencedor:

*Luego de mucha gente acompaiado
o mi asiento los jueces le tmjron,
el cual ante mis pies arrodillado,
que yo le diese el precio me dijron.
No sé si fué su estrella o Jué Illihwdo
ni las causas que en esta concurrieron,
que comencé a temblar y un juego ard-iendo
fué por todos Inis huesos discurrendo.*

Crepino, que tal es el nombre del mancebo, recibe la guirnalda sobre su cabeza de manos de Tegualda:

Pero bajé los ojos al momento
 de la honesta vergüenza repugnados,
 y el mozo con un largo ofrecimiento,
 inclinó a sus razones mis oídos.
 Al fin se fué, llevádome el contento
 y dejando turbados mis sentidos,
 pues que llegué de honor y pena junto
 de solo el primer paso al postrer punto.
 Sentí una novedad que me apremiaba,
 la libre fterza y el rebelde brio,
 a la cual sométida se entregaba,
 la razón, libertad y el albedrío.
 Yo que, cuando acordé ya me hallaba
 ardiendo en vivo fuego el pecho frío,
 alcé los ojos tímidos, cebados,
 que la vergüenza allí tenía abajados.
 Roto con fuerza súbita y furiosa
 de la vergüenza y continencia el freno,
 lo seguí con la vista deseosa,
 cebando mas la llaga y el veneno;
 que solo allí sufrí y no otra cosa
 para mi mal hallaba, que era bueno;
 así que, a donde quiera que pasaba
 Iras si los ojos y alma me llevaba.

Tegualda pierde su libertad, preciado orgullo de su vida, casándose con Crepino. El poeta oye, fraternal, su queja, diciendo estas palabras heroicas, digno remate de tan alta sesión poética:

*Aquí acabó su historia, y comenzaba
 un llanto tal que el corazón enternece.*

El amor de Glaura y Cariolano (Cantos xxvii y xxviii) es también por el estilo. Glaura «rica de hacienda, pobre de ventura» es cortejada por Fresolano, amigo íntimo de su padre, pero ella no lo quiere y lo rechaza. Este, despechado, busca la muerte en las puntas de las lanzas. Glaura se esconde en un monte inmediato donde en un nuevo encuentro guerrero ven a morir a su padre. Echa a correr despavorida por la montaña, desgarrándose cuerpo y vestido. Dos negros que encuentra en el camino la despojan de cuanto llevaba:

*Aunque yo triste 110 estimaba en nada
el perder los vestidos y la vida:
pero el honor y castidad preciada
estuvo a punto ya de ser perdida.*

Llega en estos momentos Caiolano, quien derriba a sus enemigos:

*Se vino para mí con gran confianza
pidiéndome perdón de la tardanza.
Supo decir allí tantas razones,
haciendo Amor conmigo así el oficio
que medrosa de ondar en opiniones,
que es ya dolencia de honra y mal indicio,
por evitar al fin murmuraciones;
y no mostrarme ingrata al beneficio
en tal sazón y tiempo recibido,
¡yo tomé por mí guarda a mi marido.*

Luego se pierden en la espesura de un bosque. Salen al do Lauquen y aquí se encuentran con varios cristianos que los amenazan. Crepino les presenta resistencia, mientras Glaura, obedeciendo sus consejos, se pierde en el bosque tras una de desesperación y dolor. Ercilla, por último, que en todos estos episodios habla como actor de la Conquista, la encuentra, hasta que una nueva escaramuza guerrera entre indios y españoles, le da oportunidad al poeta para unirlos:

*... Amigos, adiós; y lo que puedo
que es daros libertad, yo os la concedo.*

Así corre este episodio amoroso entre los otros que matizan el rudo poema. ¿Dónde está la mujer, la amante, el amor arrebatado? Ercilla solo supo cantar al amor santificado por el matrimonio. Estimados que al hacerlo así escribe dominado por el desencanto y la desilusión de su primer y más intenso amor.

Otra consecuencia, no menos manifiesta que la señalada tuvo la vida cortesana y su educación renacentista en el espíritu de Ercilla. Por los años en que vivía en la Corte, las encendidas predicas del Padre Las Casas, recriminando la conducta de los conquistadores, levantaban una verdadera polva-

reda entre los hombres cultos. Y es indudable que en ellos las palabras del sacerdote egregio, tuvieron una acogida amplia y generosa. Una cosa fué la Conquista desde España y otra en América. Pues bien, la controversia literaria nunca bien aclarada por los tratadistas sobre la pretendida parcialidad de Ercilla para mirar al indio, con detrimento del valor del español, hecho que no es efectivo, pero que mal que mal tiene su origen en la misma dualidad que ofrece el poema, se nos ocurre a nosotros que no es otra cosa que una visible influencia del espíritu del Padre Las Casas y sus doctrinas, para el cual estaban preparados espléndidamente su corazón y su inteligencia.

* * *

El año 1558 recorría don Alonso en son de guerra el territorio de Araucanía. Pero su permanencia en Chile fué muy breve debido al conocido incidente que tuvo con el propio gobernador y capitán de las huestes hispanas don García Hurtado de Mendoza. Sobre esta incidencia existen varias versiones. Conozcamos algunas. Como se recibiese en Chile - cuenta José Toribio Medina - a la entrada del verano de 1558 la noticia del advenimiento al trono, de España del Rey Felipe II, dispuso don García que en la Imperia! se celebrara el feliz suceso con juegos de sortijas, canas y estafermos.

»Al decir de Góngora y Olmedo, en uno de esos días destinados a la fiesta se le ocurrió al Gobernador salir por una puerta falsa de su posada, disfrazado con una máscara y con ciertas lanzas en una sortija. Iban adelante muchos hombres principales y más cerca de su persona Ercilla y Pedro Olmedo de Aguilera, cuando otro caballero llamado Juan de Pineda, pretendió meterse entre los dos. Don Alonso que advirtió el intento, revolvió hacia él, echando mano a la espada, haciendo don Juan otro tanto. Don García que vio aquella desenvoltura tomó una maza que llevaba colgando del arzón de la silla y arremetiendo el caballo hacia don Alonso corrió contra que se había revuelto, le dió un gran golpe de maza en un hombro y tras de aquél otros. Ellos huyeron a la Iglesia de Nuestra Señora y se refugieron dentro. (*Historia de la Literatura Colonial de Chile*. pág. 15, t. I.)

Otros refieren de distinta manera el incidente. Cuentan que cuando la comitiva de caballeros se hallaba en la Iglesia Mayor de la Imperia!, ya para celebrarse los divinos oficios,

Pineda y Ercilla tuvieron cierto altercado respecto a la precedencia en los lugares, acalorándose y echanò mano a las espadas. Cualquiera de las dos versiones que se adopten, es el hecho que don Garda castigó rudamente a Ercilla, llegando al extremo que para no oír el clamor general que pedía el perdón del soldado, castigado al degollamiento, se encerró con ella en su aposento. Le conmutó por fin, la pena de muerte por la de destierro. Pineda muere en Lima, de fraile agustino. Ercilla paso a España.

Este hecho como se sabe tuvo dilatadas proporciones en la sensibilidad de Ercilla. No lo olvidó nunca. Y fué así como con nombre imperecedero llamó a don Garda Hurtado de Mendoza -mozo capitán acelerado, y aun, algunos llegan a creer, desde don Pedro de Ofia, su imitador de Arauco Domado hasta buenos críticos de hoy día, que lo excluyó, por despecho, como figura central del poema. Nosotros opinamos en este punto del mismo modo que don Eduardo Solar Correa, vale decir, de muy distinta manera a la corriente. Ercilla escribió como auténtico español que era, su poema. Es consecuente con este sentimiento a lo largo de toda *La Araucana*. Comprendió que en aquellos momentos históricos ragnHicos que vivía España, dueña y señora de la vida europea, las hazañas de la Araucanía no significaban gran cosa al lado de la batalla de Lepanto o de San Quintín; y que entre un Pedro de Valdivia, a quien no comprendió en todo su inmenso significado humano y militar, y los grandes héroes españoles - europeos, había una distancia considerable, por lo menos para el criterio de los europeos, para quienes escribió su poema. Forzoso le fué, pues, preterir su importancia, las de sus héroes, cantando de esta manera más bien a una masa multiforme de individuos, a dos pueblos heroicos, antes que a las virtudes de un héroe central, como es costumbre en obras de este género. Tal criterio aparece explícito en las excusas que da el poeta cuando de paso mezcla las batallas de San Quintín y de Lepanto a la Guerra de Arauco. No es poco atrevimiento - dice - al respecto en el prólogo de la segunda parte del poema - querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde. . . .

Publicó Ercilla la primera parte de su poema por primera vez el año 1578, publicó la segunda parte. El año 1589 un triste suceso hiere su sensibilidad nueva-nle. Su hijo Diego, de más o menos veinte años, perece ahogado en el desastre de la Invencible Armada, dejando traslucir su sentimiento de pesar

en la tercera parte de la obra publicada a fines de este mismo año. El 29 de Noviembre de 1594, muere sin poder confesar ni hacer juramento.

Las tres partes en que está dividido el poema tienen señaladas diferencias. La primera es exclusivamente histórica y en los hechos narrados en ella no tuvo el poeta ninguna participación. En los cantos restantes - que suman en total treinta y siete - el autor armoniza su narración con algunos sucesos extraños al poema, como la batalla de Lepanto y de San Quintín. Luego, siempre en la parte segunda, hace intervenir la máquina y lo maravilloso, características tan propias del género. Tales son los episodios del Mago Fíton (Canto XXII) y el de la Reina Dido (Cantos XXXII y XXXIII). El hecho capital histórico que encierra el poema es manifiestamente la muerte de Caupolicán, quien resalta como el personaje central verdadero de él.

¿Es un poema épico *La Araucana*? Muchas y diversas opiniones han emitido los críticos sobre este punto ambiguo de la obra. Nos parecen atinadas al respecto las palabras juiciosas de don Eduardo Solar Correa: «Adviértense en Ercilla - dice - ciertos aspectos que lo emparentan no ya con la epopeya clásica sino con las producciones de la épica primitiva.» Para nosotros *La Araucana* es un poema *sui generis* que empalma más bien con el criterio citado del crítico y esteta de *Semblanzas Literarias de la Colonia*.

* * *

Que Ercilla no era el tipo corriente del conquistador de aquella época, lo demuestra, aparte su sensibilidad y su cultura, la manera generalmente acre y áspera con que trata a los conquistadores. No se salva de esta diatriba ni el propio Pedro de Valdivia, individuo, sin duda, de ancha envergadura humana, que Ercilla no comprendió, probablemente porque no tuvo la suerte de conocerlo. Dice del Capitán y Jefe de la Conquista de Chile:

«A Valdivia mirad, de pobre infantc
si era poco el estado que tenia,
cincuenta mil vasallos por delante
le ofrecen doce nzarcos de oro al dia:
esto y aun mucho mas no era bastante,

*y así la lumbre allí lo detenía;
codicia fué ocasión de tanta guerra,
y perdición total de aquesta tierra.»*

(Canto 111)

Cuando describe la muerte de Caupolicán tiene también oportunidad para revelarnos las íntimas dulzuras de su alma:

*«Párecerne que s'ento enternecido
al mas cruel y endurecido oyente
desie b'jrbaro caso rejerido,
al cual, Señor, no est'we yo presente,
que a la nueva conq'ltista l'zabia partido
de la remota y nunca vista gente,
que si yo a la sazón allí estuviera
la cruda ejecución se suspendiera.»*

No fué Ercilla un conquistador, sino un anti - conquistador. Poeta bifronte, con dos caras como Jano, se disputan su obra dos literaturas bien diferenciadas: la chilena y la española. En ambas aparece ocupando un lugar importante sobre todo en la nuestra. ¿A cuál de las dos pertenece, en fin, Ercilla? ¿Cuáles son las razones que abonan su inclusión en nuestra parca y débil creación literaria? En párrafo aparte hemos procurado resolver esta ardua y espinuda cuestión, que no puede, sin embargo, -eludirse, pues es capital cuestión de cualquiera literatura saber qué entra y qué no entra en su historia.

Para nosotros Ercilla representa humana y literariamente considerado una voz auténticamente española en el concierto artístico de la época. El hecho de que *La Araucana* tenga por tema central la conquista de Chile, no es un argumento en favor de su chilenuismo, pues antes que este factor debe considerarse el espíritu con que el autor concibió la epopeya. Una obra literaria será siempre el cociente de dos factores bien determinados, el sujeto que escribe y el objeto o realidad motivo de su inspiración. En Ercilla su espíritu revela y respira españolismo por todas partes. Fué español por la cultura, también lo fué como guerrero y supo serlo, además, como escritor. La sangre y el espíritu dirigen su caudaloso numen poético.

Un escritor de una nacionalidad cualquiera expresa sin quererlo en sus exaltaciones sensibles el *ethos* colectivo del pueblo a que pertenece. Así Cervantes, en España; Dostoiev-

ki, en Rusia; y tantos otros escritores largo de enumerar. Añota rasgos del medio en el cual aparece humanamente enraizado, sus hombres, sus montañas. Ercilla no hizo ni logró cumplir en su poema ninguna de estas mínimas exigencias. Por esta razón se equivocan medio a medio los tratadistas señores Domingo Amunátegui Solar, quien recordando a Andrés Bello, llega a considerar el poema una obra nacional, y don José Toribio Medina, quien discurre patrióticamente sobre este punto y no con criterio de tratadista literario. «Sintió el poeta en su interior - <lice - que esos guerreros toscos, pero valientes y esforzados no eran fácil de reducirlos y que la noble empresa en que se hallaban empeñados era <ligna de celebrarse y transmitirse a la posteridad. . . . Arauco y sus pobladores, las empresas realizadas por ese estrecho pedazo de tierra, fueron las que despertaron el genio poético de Ercilla. . . . A no haberse tratado más que de los españoles o de otros enemigos de los araucanos, es muy probable que jamás se hubiese intentado hacer resonar la trompa épica en otras soledades que no fuesen la de Purén. De aquí por qué *La Araucana* es eminentemente chilena y debe ocupar un lugar en nuestra literatura.» (*Historia de la Literatura Colonial de Chile*, pág. 4.)

Perdonemos a Medina este su inexplicable error nacido de un hondo sentimiento patriótico y no de la reflexión, pero no disculpemos a historiadores tan distinguidos como el señor Luis Galdames, quien en plena época actual, se dedica a rastrear el «carácter araucano» en el poema. Esto es ir demasiado lejos en materia de errores. Veamos algunos ejemplos comprobatorios de cuanto hasta aquí hemos dicho y que destruyen las tesis del señor Galdames y de los autores anteriormente citados.

La obra de Ercilla contiene pocas alusiones sobre nuestra naturaleza, - la que se le escapó de encima de sus ojos - y cuando arremete contra ella se equivoca candorosamente. Así en el pasaje del torneo para nombrar jefe de las fuerzas araucanas, en el cual el título consistía en soportar el mayor tiempo posible sobre los hombros un pesado madero, leen: os lo siguiente:

*Pues el madero subito trazdo
(no me atrevo a decir lo que pesaba),
era un macizo libano fornido
que con dificultad se rodeaba.*

(Canto 11)

Que también se le escapó de las manos la psiquis del indio araucano, lo demuestran fehacientemente, los distintos episodios idílicos que matizan el poema, de los cuales hemos dado abundante muestras en páginas anteriores para insistir sobre ellos.

Cuando una obra no expresa en parte alguna los motivos fundamentales de creación que un pueblo le ofrece al escritor, es porque espiritualmente escribe obedeciendo a otros impulsos. Ercilla, lo repetimos, escribió como español.

Dos grandes virtudes artísticas andan aparejadas en el espíritu del poeta: su realismo minucioso y detallista, al que no falta la nota fuerte y briosa, y, sorpréndanse los anti - ercillistas, cierta gracia fina y exquisita para construir imágenes y frases de buen gusto, que nosotros hemos subrayado más de una vez en la lectura del poema. De la primera característica indicada dan claro indicio los muchos lances individuales entre españoles y araucanos, o simplemente entre araucanos. que abundan en el poema y que son verdaderas escenas animadas de película por el agudo y minucioso realismo con que Ercilla sigue el enredado concierto de muslos y nervios en juego durante la lucha, (véase Canto x), así como la energía ruda de su lenguaje. En el Canto vi describe una asonada victoriosa de los araucanos:

*.... Y a las tristes mujeres delicadas
el debido respeto no guardaban
antes con mas rigor por las espadas
sin escuchar sus ruegos las pasaban:
no lienen miramiento a las preñadas,
mas los golpes al vientre encaminaban,
y acontecio salir por las heridas
las tiernas pernezuelas no nacidas.*

En otra parte dice:

*..... El barbaro la cara ya amaril/a
se arrima ya desmayado al baluarte;
dando en el suelo subi/a caida,
el alma gomito por la herida.*

(Canto XIV)

Describiendo la cueva del Mago Fitôn y el contenido de las redomas que en ella habia, dice:

*No faltaban cabezas de escorpiones
y mortíferas sierpes enconadas;
alacranes y colas de dragones
y las piedras del aguila prefladas:
buches æ los hambrientos tiburones;
menstruo y leche de hembras azotadas.*

(Canto XXIII)

Sin ser un poeta como Ofia, delicado, de sensibilidad casi femenina, hábil constructor de imâgenes y metâforas, el rudo y sencillo Ercilla, tiene largos instantes de sostenida tension artistica. Es mâs, también sabe animar la naturaleza, personificándola, rasgo que ha pasado inadvertido a todos los tratadistas.

Al final de la historia de Tegalda, <lice:

*Aqui acabo su historia y comenzaba
un llanto talque el monte enternecia.*

En otra parte, leemos

*La gente una con otra se embravece,
crece el hervor, coraje y la revuelta
..... del grueso aliento el aire se escurece.*

(Canto IV)

Serân siempre magistrales trozos antol6gicos de la literatura española los discursos de Colo-Colo, Galvarin'o, el de Caupolicân antes de su muerte, el de Fresia, etc.

Digamos sin vacilaciones nuestra intima convicciôn sobre el valor literario de *La Araucana*; es un poema épico notable, honra y prez de las letras españolas, que bien puede figurar al lado de las grandes epopeyas de la literatura universal.

La critica española no ha entendido la obra. La critica chilena, en cambio, ha penetrado con amor en sus paginas, vindicando ante la historia sus imperecederos merecimientos.

PEDRO DE ONA

En la ciudad que Francisco de Villagra fundara en Noviembre de 1652, con el nombre de Los Confines, y que más tarde, por insinuación de Garcia Hurtado de Mendoza, se llamó Los Infantes de Angol, nació el año 1545, Pedro de Ona, el primer poeta de América y uno de los líricos más grandes del idioma castellano. Hijo de un rico encomendero, don Gregorio de Ona, tuvo oportunidad de pasar a estudiar a la Universidad de San Marcos, en Lima, donde se graduó de Bachiller en Leyes. El retrato que aparece en la primera edición del *Arauco Domado* nos presenta una figura languida, de delicados rasgos fisonómicos, que es como el trasunto fiel del espíritu de Ona, esencialmente lírico y subjetivo.

En 1596 aparece publicada en Lima la primera parte del *Arauco Domado*, que es el libro más importante de Ona, escrito en octavas reales que suman diecinueve cantos y más de diez y seis mil versos. La aparición del libro dió lugar a serias dificultades, pues con el pretexto de haber aparecido sin la aprobación del Ordinario Eclesiástico de aquel Arzobispado, su autor fué procesado, sacado de a bordo, a tiempo que se hallaba ya embarcado en el Callao para partir a desempeñar el corregimiento de Jaén de Bracamoros; luego se pidió que la edición fuese recogida cuando apenas se habían despachado al público ciento veinte de los ochocientos ejemplares y, como si esto fuese poco, el impresor fué perseguido, y para escapar de la cárcel hubo de buscar asilo en los claustros de un convento. La manera cómo el poeta había referido en esa su obra la sublevación de Quito, ocasionada de la implantación de las alcabalas, hizo provocar también las quejas de los capitulares de aquella ciudad y contribuyeron con ellas en gran parte a impulsar la persecución de que resultaron víctimas el autor y el impresor del libro. El escritor y el impresor fueron pues, víctimas de una amarga persecución. El año 1605, en la misma imprenta en que se editaba el Libro I del Ingenioso Hidalgo, se hace una segunda impresión de la obra. La odisea que rodea la publicación del *Arauco Domado* es una de las tantas consecuencias que el espíritu suspicaz y receloso de la Contrarreforma creó en España y en sus colonias de ultramar. A la lista de genios peregrinos, víctimas de la complicidad ambiente y política estatal española, de aquella época, como Fray Luis de León, Santa Teresa, Francis-

code Quevedo, etc., podríamos agregar a Ofia, excelso poeta, que por una inexplicable falta de visión histórica ha permanecido hasta ahora postergado ante el juicio de la historia literaria.

El *Arauco Domado* está inspirado en *La Araucana* de Ercilla. Como ocurre en el caso del discípulo brillante, Ofia supera muy lejos a Ercilla como poeta, es más lírico y primoroso en la búsqueda de imágenes y metáforas, pero no lo aventaja en la grandiosidad épica y en el poder narrativo. Pero lo dicho no excluye que digamos que el *Arauco Domado* es una obra equivocada, profundamente equivocada si se la mira como poema épico. Siguiendo las aguas de Ercilla, el poeta pretende escribir la gesta de la Conquista de Chile, desde la partida de Don García Hurtado de Mendoza de Lima, como Gobernador del Reino, hasta su regreso, pero, en realidad, no pasa más allá de ser un poema eglógico - histórico, híbrido e inclasificable, en el cual las descripciones de batallas alternan con episodios idílicos que protagonizan indios ridículamente idealizados. El señor Eduardo Solar Correa comparando a ambos poetas ha observado agudamente: «Ercilla -épico nato -va derecho a su objeto; solo le preocupa referir con exactitud; Ofia - lírico nato - quiere hacer literatura, decir bellas frases.» (1)

En realidad el título de poema épico queda grande tanto a *La Araucana* como al *Arauco Domado*. En Ercilla advertimos la ausencia de un personaje central claramente delineado, y en Ofia la objetividad y grandiosidad ambiente inherente a este género. Aparte estas observaciones, falta a ambas obras grandiosidad, héroes cercano a lo divino, como Ulises, Aquiles, Ajax, en *La Iliada* y *La Odisea*: son poemas frustrados cuya exacta clasificación debe buscarse en otras categorías del pensamiento estético.

Ofia es antes que nada un poeta subjetivo, un introvertido de rica imaginación, para quien el mundo de las realidades se ofrece como un fecundo campo de idealización artística. Si Ercilla no vio nuestro paisaje, Ofia lo inventa idealizándolo de tal manera que nos lo describe blando de perfumes, olores y colores, revestido de un hondo sentimiento panteísta que recuerda las églogas de Garcilaso - falso y mórbido poeta de la época renacentista, y las *Soledades* de Góngora, - donde el paisaje se ofrece en toda su pura idealidad estética, a través de la influencia italiana. He aquí como Ofia describe nuestro paisaje:

(1) Véase *Semblanzas Literarias de la Colonia*, p. 66.

*jazmines, azucenas, amapolas.
Aca y alla con soplo fresco y blando
los dos Favonio y Céfiro las vuelven
y ellas en pago desto, las envuelven
del suave olor que estan de si lanzando.*

(Canto v)

o bien,

*se vela yedra en l morada,
que con su verde brazo retorcida
cifie lascizia el tronco mal pulido
de la deskecha haya levantada.*

(Canto v)

Tendencia natural del poeta subjetivo frente a la naturaleza es la de no verla con los ojos de la cara sino con los ojos de la imaginación. Ofia humaniza el paisaje, le da la vida que él siente como tal en su espíritu: de ahí que el poeta carezca de color local, de verdad estética y sea más lo que el poeta quiere que sea que lo que en realidad pretende describir.

Oíia es un introvertido; Ercilla, un extravertido. El autor de *La Araucana*, hombre de fuertes representaciones sensibles, cuando compara lo hace como un hombre práctico, empíricamente; una batalla le parece una tempestad, el empuje de un guerrero, la embestida de un león; Ofia, en cambio, trueca el mundo de sus sensaciones y percepciones en exquisitos productos de alquimia sensible expresados en abanicos lujuriantes de metáforas, sinécdoques, armonías imitativas, prosopeyas, y otras figuras literarias.

El poeta personifica y humaniza las cosas del mundo sensible.' Al hablar de Gualeva, una india tan hermosa como enamorada de su esposo, o sea, una india dos veces hermosa, dice:

La Tierra con asombro la miraba

o bien:

Turbado estaba el aire que la oía

Más aun. En el idilio de Caupolicán con Fresia, el corte de su estilo es tan artificioso, está escrito, empleando sus palabras «en traje pastoril, mi propio estilo», que el poeta dice, en el instante en que Fresia se despoja de su <tunica> para

entregar su «blanco» cuerpo a las caricias del agua, los siguientes versos, sensuales y hennosisunœ:

*Su regalada Fresia que lo atiende,
y sola no se puede sufrir tanto,
con ademlm airoso lanza el manto
y la delgada tunica desprende;
las mismas aguas frigidias enciende,
al ofuscado basque pone espanto,
y Febo de proposito se para
para gozar rnejor su vista rara.
Abrasase mirandola dudosa,
si fuese -Dafne en lauro convertida.
de nuevo al ser lzumano reducida,
segun se siente della cudicioso;
descùbrese un alegre objeto hermoso,
bastante causador de muerte yt'ida,
que el monte y valle, viéndolos se ufana,
creyendo que despunta la Inanana.
Es el cabello liso y ondeado
su frente, cuello y mano son de lliie,
su boca de rubi graciosa y breve,
la vista garza, el pecho relevado;
de torno el brazo, el vientre jaspeado,
coluna a quien el Paro parias debe,
su tierno y albo pie por la verdura
al blanco cisne vence en la blancura.
Al agua sin parar salio ligera
huyendo de miralla con aviso
de no morir la muerte que Narciso
si denlro la figura viera:
mostrosele la fuente Placentera
poniéndose en el temple que ella quiso,
y atm di'cen que de gozo al recibilla
se adelantó del término y orilla.
Va zabullendo el cuerpo sumergido,
que muestra por debajo el agua pura.
del dmdt'do alabastro la blancura,
si tiene sobre si cristal bru'iiido;
hasta que da en los pies de su querido,
a donde con el agua a la cintura,
se enhiesta sacudiéndose el cabello*

*y echandose los brazos por el cuello.
 Los pechos, antes bellos que velludos,
 ya que se les prohíbe el penetrarse,
 procuran lo que pueden csirecharse
 con reciprocación de ciegos iiudos.
 No estén alla los Géminis desnudos
 con tan fogosas ansias de juntarse,
 ni Salrnacis con Troco el zahareiiio
 a quzen por verse rluena anu5 por dueii,a.
 Alguna vez el nudo se desata
 y ella se finge esquiva y se escabulle,
 mas, el galan, siguiéndola zabulle,
 y por el pie nevado la arrebata;
 el agua salta arriba vuelta en plata
 y abajo la menuda arena bulle;
 la tortola envidiosa que los mira,
 mas triste por su pajaro suspira.*

(Canto v)

Ejemplos de metáforas audaces y novísimas ofrece Oí'a a cada instante en su poema y algunas de ellas bien podrían suscribirlas los más novísimos poetas de nuestro tiempo. Hablando de Telguano, un indio que estuvo a las puertas de la muerte, dire el poeta, la siguiente mefâtora, *que* con gusto, como hemos dicho, suscribirían un Valery, un ReYerdy, un Huidobro, etc.

*Oi que ya el reloj se aproximaba,
 queriendo dar las doce de mi vida.....*

Las descripciones de batallas y encuentros adolecen de la misma artificiosidad anotadas, siendo inferiores en verismo a las de Ercilla.

Entremos a considerar la obra misma. Oí'a escribió su poema a imitación de *La Araucana*, impulsado por un fuerte espíritu cortesano, con el objeto de reparar la omisión que hizo Ercilla de don García Hurtado de Mendoza en su poema. El poeta esta, sin embargo, en un dilema, un dilema grave: admira a Ercilla como poeta y a don García Hurtado de Mendoza como Capitan insigne. Para *él* no hay un poeta superior al autor de *La Araucana*; pero Don Garda es un jefe egregio y ejemplar. La dubitativa se resuelve, al fin, a favor de este último.

Al explicar la gestación de su poema en estos términos dice:
 «I en especial, el arte de la divina poesía con su riqueza de lenguaje y alteza de conceptos está tan adelgazado y en su punto, que ya parece no sería perfección sino corrupción, el pasar del término a que llega como por suceder, yo si así lo puedo decir, a los escritores de tan celebrado y bien acaudalado poeta como don Alonso de Ercilla y Zúñiga y escribir la misma materia que él, cosa que en mí, si aspirase a más que a traer a la memoria lo que él dejó al olvido, preciándome mucho de ir al olor de su rastro, parecería tan gran locura como envidia el no confesarlo: ultra de que mi poco caudal y menos curso me hacen abatir las alas, si algunas me hubieran levantado los pocos años.» Es esta una evidente manifestación de su adhesión al poeta Ercilla, palabras de una noble modestia que el poeta vuelve a expresar en el Exordio, invertido ahora los papeles, pues el fervido espíritu cortesano del poeta, lo hace dirigir a don García, elogios máximos dejando a Ercilla en un plano un sí es no es de admiración y de crítica:

*«Otra razón también me hizo Juerza,
 que, si faltaran todas estas cosas,
 para poner las manos en la obra,
 por más que de mi estudio el paso tuerza.
 Es con que más al ánimo se esfuerza
 y aquel Perdido anélito recobra,
 ver que tan buen autor, apasionado
 os haya de propósito callado.
 Pensó, callando así, dejar cerrada
 de vuestra gloria y méritos la puerta
 y la dejó de par en par abierta,
 dejando su pasión descerrajada:
 sin vos quedo su historia deslustrada
 y en opinión, quizá, de no tan cierta;
 mas tal es un rencor, que da por bueno
 el dano propio a trueque del ajeno.
 ¡Quién a cantar de Arauco se atreviera
 después de la riquísima Araucana?
 ¡Qué voz latina, hespérica o toscana
 por mucho que de música supiera?
 ¡Quién punto tras el suyo compusiera,
 con mano que no fuese más que humana,
 si no le removiera el pecho tanto
 el ver que sois la pausa de su canto?*

El argumento de la obra se resume diciendo que es la narración de la expedición de don Garda Hurtado de Mendoza al reino de Chile, desde su partida de Lima, hasta llegar a Coquimbo - la «cuoquimbica riberál', como él la llama, imitando fielmente a Ercilla - después de una fuerte tonnenta; de aquí sigue don Garda a Talcahuano, donde a corto plazo libra sus primeras batallas con los araucanos; vienen en seguida diversas maniobras militares entretajidas de episodios amorosos entre los indios y el sueño en que la hechicera Quidora refiere lo acontecido en la famosa rebelión de Quito, y la victoria obtenida por las armas de don Garda sobre la armada del pirata inglés Richard Hawkins. Hay circunstancias que acercan el poema a la epopeya: es el empleo de la máquina o maravilloso, como puede verse en el Canto IV, y la aparición de Lautaro a Talhuén en el Canto XIII.

En el canto I, dedicado a describir la partida de don Garda y sus huestes a Chile, predispone el interés del lector por la viva descripción que el poeta hace de este suceso. Imágenes plenas de color, jugosísimas, se encargan de dar la sensación del ambiente:

*Ya desde los balcones descogidos
tremolan con el aire las banderas
y quiérenlo abrazar de t,iil maneras,
en verse de sus manos sacudidas;
rayas de fuego brotan las cimeras;
ya la pajiza pluma y roja banda
jugando por cabeza y peclzos anda.*

Luego alude el poeta a la dásica borrachera de los indios - coincidencia temática con Ercilla - en versos ricos en armonías imitativas de toda especie que nos dan la impresión fiel de la zarabanda propia de estas fiestas:

*Pues dentro de una placida floresta
do nunca ofende sol ni dan.a sarnbra
y a do la natural y verde allzombra
al rey de los sentidos hace fiesta,
a la verdosa falda de una cuesta,
cuya sublimidad al cielo asombra,
con sus cantares, bailes y placeres,
lzcieron oblaci{m a Baco y Ceres.*

*Alli con duro y aspero tumulto,
 cor, sordos susurrar y son dz'sforme,
 dispuso aqurlla cafila conforme
 lo que era menester para el insulto;
 de voces se levanta un grueso bulto
 al conlenznr aquel abuso enormw,
 que como tan de atras origen traiga,
 con gran dificu.ltad se desarraiga.
 Uno martilla el ronco tamboruw,
 otro por flouta el hueso humano loca,
 otro subido en un lzorcjm inlloca
 a su Pillân, espiritu malino;
 no porque el l:aporofo alegre vinn,
 se les aparta un punto de la boca,
 pues no hay azar tan grande ni desdicha
 que no la pasen cllos con la chicJw.
 Ya hierve la boca trasegada,
 ya la turbada vista centellea,
 ya de liviano el cuerpo bambalea
 y caese la cabeza de pcsada;
 ya con la bota lengua nwl mandada,
 cualquiera ferocisima brai:ea,
 Izaciendo que al rumor la tierra gima
 y al que love defuera cause grit-na.
 De trecho en trecho en corro se congregan,
 el hombre y la mujer 'intéropolados,
 y todos por los dedos cnlazados
 cabezas, Pies ni bocas no sosiegmf;
 ya corren, ya se apartan, ya se allegan,
 atréts, hacia delante y por los lados,
 con un compas flemâtico y terrible,
 confuso y ronco son desapacible.*

El debatido problema de la extorsión y explotación inicua del indio por los conquistadores, uno de los temas preferidos por los escritores de la Colonia, lo trata el poeta en versos muy bien logrados, en el Canto III. Es un trozo gráfico y objetivo de primer orden que ilustra nuestro antiquísimo pasado y que por una rara similitud de espíritu tocan en forma muy parecida Ercilla y Alvarez de Toledo. Por otra parte, es la única nota de justicia y de amor hacia el indio que hemos encontrado en

Oíia y que solo cabe explicarlo como una influencia más de su poeta inspirador don Alonso de Ercilla y Zúñiga:

*No solamente echaban a las minas
los diputados ya para este oficio,
sino también el personal seruido,
hamientos por las vetos de oro fmas:
y contra humanas leyes y divinas,
(que todo estaba entonces por el ticio)
atm no eran reservados de esta cuenta
los viejos tumultosos de noventa.*

*Tampoco el niño se libraba
a título de serlo de estos danos,
que puesto en el doceno de sus años
con la barrera al hombro caminaba
la madre con dolor le acompañaba
humedeciendo bien sus pobres paños,
y siempre que la carga le afligía
en el trabajo de ella sucedía.*

*Hermosas dueñas, virgenes apuestas
que era contenta y listísima el miralles
llevaban el sustento y liguallas
(por más que fuesen débiles) a cuestas:
y por quebradas asperas y cuestas,
quebrados de subi/las y bajallas,
sus delfrados pies iban rompiendo
y alguna vez de sangre el rastro haciendo.*

*Así cargadas víerades algunas
los encolmados vientres a las bocas,
y fuera de este número no pocas,
con sus recién nacidos en las cunas.
Mirad que cargas tan importunas
(aunque las tristes fueran más que rocas)
¡mas que no hai dejar ninguna deltas
por no delar el alma con ellas.*

*En vez de las diademas y guirnaldas
iba el pesado yole y grave cesta,
y en trunque de la llegada compuesta*

*el enchiguado a las espaldas,
en cambio de las perlas y esmeraldas
llevaban la inclinada frente honesta
bordada de un licor aljofarado
a fuerzas de fatigas destilado.*

(Canto III)

Una de las tesis fundamentales de este trabajo es que el espíritu español anima a toda la creación literaria comprendida entre los siglos xvi y xviii. Argumente diametralmente opuesto al que hasta aquí han seguido los tratadistas chilenos y españoles, que en el caso de Ercilla creemos ya suficientemente probado. En cuanto a Ofia, este poeta no expresa en sus versos vínculo alguno con esta tierra, como no lo expresa ninguno de los escritores de la literatura de la Conquista y de la Colonia. Es español por la sangre y por el espíritu. Nuestro paisaje le es completamente extraño y al indio no lo comprende lo más mínimo. No le demos a Ofia lo que no pide y lo que la historia le niega. El fenómeno del mestizaje no existía en Chile de los siglos xvi y xvii, fenómeno que insensiblemente más tarde, con Valdivia y Molina, creará ligeros lazos cordiales entre el escritor y esta tierra. Ya hemos visto anteriormente cómo Ofia idealiza nuestro paisaje; fáltanos ver ahora cómo idealiza, por una parte al indio, y por otra lo veja y humilla, sintiéndolo muy lejos de su destino. He aquí la manera como el primer poeta chileno, - según Eduardo Solar Correa - habla del indio:

*¡Oh locos oraucanos! Grande engañ
que pretendais en guerra manleneros
allá con el que habita las alturas
y acá con el señor de las venturas*

(Canto VIII)

*¡Qué vibora, qué serpiente ni culebra
se puede comparar al araucano?
Quemar parece al cielo con riralle
y helarsele de miedo todo el valle.*

(Canto XI)

¿Quién que se sienta chileno puede sentir tal odio por el araucano parte aleatoria de la raza?

Esta nota de empecinado odio al indio culminará en el momento solemne en que Galvarino llega ante el Senado araucano con sus dos manos cortadas, y dice la arenga hermosísima que nos describe el poema en el Canto xvii. Los indios no son del mismo parecer, sin embargo, que Galvarino:

*..... en el inclito Senado
sobre seguir o darse a don Hurtado
muchos y varios placitos hacia*

*Mas, aunque parte del contradecía
loque es rendir el éuello no domado,
los mas, mirando el público interese
eran de parecer que se rindi'esen.*

Nunca Ercilla colocó al indio en una situación tan desmedrada. Su espíritu cortesano, empapado en las nobles doctrinas del Padre Las Casas, siempre se inclinó compasivo ante el indio. Ofia no. Es el ejemplar más supino de cortesania Poética que presenta toda esta literatura. Concederle un lugar en el panorama literario chileno, habida consideración a las observaciones hechas, es un error de apreciación histórico-literario, que requiere ser desterrado radicalmente.

La verdadera cuerda poética de Ofia, en realidad, es la lírica. Entonces está en su elemento. Los trozos más hermosos del poema son precisamente aquellos que tocan amores entre araucanos tiernamente expresados en versos sensuales y coloristas. Un episodio característico es el trance amoroso de Gualeva y Tucapel. Este último ha participado en un encuentro con los españoles y Gualeva lo supone muerto. Pregunta por él, pero nadie le responde. Desesperada cae al suelo. Dice entonces el poeta:

*}amas goz/] en su rt"bera
de cisne que al herboso alegre seno
mezclando el blanco propio al verde ajeno,
tal gracia, tal adorno y lustre diera,
cual por servirse alti de cabecera,
lo esta gozando ahora el prado ameno
en la nevada faz descolort'da
de la traspuesta barbara tendz'da.
<Qué lirio, que azucena o blanca rosa,*

*a quien rompiendo el cénipo de posada,
la reja descortés dejó cortada,
cayo sobre la yerba mas hemzosa?
Ni cuzl adormidera granujosa
inclina su cabeza coronada,
cual reclino Gualava el rostro bello.*

Tarea demasiado larga, a pesar de que el camino a cada instante ofrece el encanto de una hermosa descripción, de alguna frase brillante y bien engastada, como si fuese camino de embrujos y mágicas hellezas, sería seguir a Ofia a lo largo de sus cantos.

Góngora de América fué tan español y tan insigne poeta como el vaté cordobés.

FERNANDO ALVAREZ DE TOLEDO

El autor del *Purén Indómito* tiene escasos títulos para ser incluido en un panorama literario cualquiera de las letras españolas. Su obra «no es -clice Barras Arana en el prólogo de la edición hecha en Leipzig - un poema según las reglas de arte. Es la historia contada por uno de estos soldados, historia escrita en estrofas p-osaicas y con más veracidad que la mayor parte de las crónicas de esta época.- El inicio del insigne historiador es el que la crítica unánimemente ha compartido más tarde. En efecto, la obra en *si* vale poco y solo la estudiamos por su íntima relación con *La Araucana* y el *Arauco Domado*, defensa encendida del inicio la primera, humillación y vejación el mismo la segunda, pues dependiendo una de otra, Alvarez de Toledo quiso reparar la injusticia cometida por Ofia.

Así como Ofia tiene a alto honor «Ir al olor del-f-astro de Ercilla», Alvarez de Toledo lo tiene en ir tras de éste en un «ro-nd» demasiado flaco, nombre que le da figuradamente a su musa. La épica colonial, como puede verse, tiene el carácter de un sistema literario y no carece de interés el estudio comparativo de los tres poetas, tanto en su aspecto histórico como literario.

La- ma la atención desde luego que Toledo, discípulo y admirador de Ofia, quien delante va en tan buen caballo: i. - c0: mo dice rudamente este poeta -- tenga más puntos de contacto con Ercilla que con el delicado y eglógico poeta del *Arauco Da-*

mado. Como Ercilla, su espíritu es concreto y esencialmente narrativo; va derecho a su asunto y en cuanto al estilo, es sencillo en las comparaciones y descripciones de batallas y como él, el acento espiritual del verso trasuma muchas veces un entrañable sentimiento de amor y justicia hacia el indio. Es un anti-conquistador, o cuando menos, un conquistador hecho a la manera del Padre Las Casas o del Las Casas de Chile, don Luis de Valdivia, para quienes conquistar por la fe y el evangelio es superior a hacerlo por la espada.

Escasos, muy escasos, son los momentos heroicos de Toledo, pero no nos parece correcto afinar así a bulto, sin más ni más, que por ahí no anden entredadas buenas imágenes y descripciones literarias felices. Demos que César lo que es del César y a Toledo lo que es de Toledo.

Digamos algo sobre el autor y la obra. El año 1571, zarpa de Cádiz rumbo a América, Alvarez de Toledo con dos sujetos notables en la Historia de Chile: Alonso de Sotomayor y Alonso Garda Ramon. Arriban a las costas del Brasil, pero no resolviéndose a la inactividad e impacientes por llegar a Chile, deciden atravesar la pampa de Argentina hasta finar este largo peregrinaje en Chile, meta de su jomada. El aventurero y hombre de mundo, que es Alvarez de Toledo, nos dira un día todo lo que han visto sus ojos, henchido, al parecer, de un inefable sentimiento de orgullo y nostalgia:

*Tuve y tendré constante pecho,
infortunfos he visto y tempestades
en el mar de Noruega .Y Paso Estrecho,
muertes, naufragios, espantables guerras
en partes varias y renwtas tierras.*

(Canto XVII)

Altemó en Chile la espada con el arado y aun tuvo tiempo para robar al uefio algunas boras y dedicarlas al culto de la musa poética, que debió de ser una buena mujer campesina, sencilla y sin muchos laberintos espirituales. Hombre diligente, alcanzó a ser dueño de grandes haciendas; mas un día la veleidad de la fortuna - diosa que Ofia y Ercilla colocan en sitio tan alto dentro de los destinos humanos - echó por tierra sus esfuerzos. Don José Toribio Medina cuenta minuciosamente el becho. Gonzalo Quilicân había reunido a sus compatriotas para tomar -venganza de una sorpresa de que habían sido victimas. Deci-

den dirigirse sobre Chillán, contando con la complicidad de la noche. Alvarez de Toledo que era alcalde ordinario de la ciudad, se encontraba en esta fecha en Itata, practicando una visita a su distrito. La noche del asalto dormía tranquilamente en este pueblo en compañía de dos hombres, entrambos sus cuñados. Al amanecer, un indio le comunica la noticia del asalto a Chillán a donde regresó inmediatamente, pudiendo ver la obra de los indios: ganados y pastores habían sido muertos. Esta dura experiencia de su vida hará que Toledo se refiera al indio varias veces en términos desfavorables, pero la justicia no le inhibe por completo el espíritu de amor y cariño que en el fondo sustenta por él.

¿Escribió Toledo unkarrente el *Purén*? He aquí un problema de historia literaria difícil de resolver. Parece que el plan que se propuso este libro - dirá don José Toribio Medina, guía indispensable al estudioso de la literatura de esta época - era solo un intermedario entre uno anterior que tituló *Araucana* y una continuación del *Purén* que apenas conocemos por dos versos que le escaparon de él. En efecto, en el canto XX habla de los refuerzos que el Virrey del Perú mandó a Chile a las órdenes de un militar Corona, y después de cantar su llegada a Chile y su paso por Osorno, agrega:

*Su fin diré los triunfos y victorias
en la segunda parte de esta historia* (1)

Don José Toribio Medina conjetura que este libro, en realidad, existió. Es un problema de erudición que deben resolver entdidos.

En cuanto al *Purén* parece más bien una crónica versificada que una verdadera epopeya. No hay en ella invocación, máquina, personaje central, raudo vuelo de la imaginación y la sensibilidad. El poeta err.pieza por referirnos la muerte del Gobernador de Chile, Martín Ofiez de Loyola y había con admiración rayana en el adulto - característica propia de los escritores de la colonia - de su suesor Francisco de Quiñones. (Canto VI) Es este episodio el núcleo del poema; lo demás bien puede resumirse en las juiciosas palabras del mismo señor Medina: «Y en este campo tan estrecho y en medio de sucesos inconexos tiene el poeta que correr; su libro, podría decirse muy bien, bajo

(1) *Historia de la Literatura Colonial de Chile*. OBC. p. 272, t. 1.

este aspecto, no es otra cosa que un paisaje al cual se divisa desde lejos y por la estrecha reja de una prisión: percibimos el arroyo que corre a trechos, tranquilo, dormido; en otras impetuoso, agresor; pero nos faltan las montañas, el conjunto, el aire, la luz.> (*Historia de la Literatura Colonial de Chile*, pág. 272.) Luz, aire, color es lo que falta al poema; pleno de hombres ocupados nada más que del ejercicio guerrero. Temperamento robusto de soldado, alma de representaciones sensibles concretas, el espíritu de Toledo se asemeja más a los cronistas del siglo XVI que a los otros escritores de su época. No escapa a su espíritu realista ningún detalle, ningún nombre, ninguna fecha, ni el color de un caballo, ni el acto más insignificante de arrojamiento de algún soldado. Fue un mal discípulo de Oña y un buen discípulo, sin proponérselo, de don Alonso de Ercilla. Tiene de parecido con éste incluso cierto desdén por el amor, pues al igual que Ercilla, que escribe «no los cantos de amor...» nuestro poeta nos dira en el Canto X, al describir una turba de soldados que llegan a Valdivia, donde «de Marte se entibió el ardiente fuego y para el suyo Venus los alivia», nos dira decimos, con visible enojo:

*Quédense en torpes vicios sepultados
que yo quiero pasar de aquí a otra parte
huyendo de los pésimos soldados
que siguen del dios ciego el estandarle:
volver quiero a Cautén do estan cercados
los martires y olifices de Marte,
pues tengo en el principio prometido
de no cantar laszmlas de Cupido.*

¡Quién sabe qué desencanto sentimental se cruzó en el camino de su vida!

El mismo espíritu imparcial de Ercilla se repite en nuestro poeta cuando el tema de su inspiración toca al indio:

*La misma gloria y títulos merecen
estos indios de Chile y mas loores,
pues por su cara patria ellos padecen
muertes, penas, ajanes y dolorés:
Y en lo que mas todos se engrandecen
es puciarse de ser sus dejensores.*

(Canto x)

Esto no le impide hacer, sin embargo, algunas severas críticas al indio:

*..... sefior..... es novelera;
la ocasion no la sueltan de la mano;
facilmente abatiéndola se alteran
y con mas la cabeza de un hispano:
mues/ra sernos aniigo en lo de afuera
pero no tiene dentro el pecho sano
colmado si de fraudes y nove/as
de traiciones, engaiios y coutelas.*

(Canto 1)

No pensamos como el señor Medina cuando dice que Toledo no revistió al indio de la misma aureola que lo revistiera Alonso de Ercilla y Zúñiga. La apreciación no es exacta. El autor del *Purén* es ciertamente menos parcial que Ercilla para valorar y ensalzar al indio, pero jamás le niega su valor imponderable, y muchas veces, llega a criticar acerbamente al español por el trato despiadado que le da en las minas y lavaderos de oro. Precisamente, los mejores versos de Toledo son aquellos en que el araucano por medio de algún cacique exalta el valor de la raza, la fuerza de sus guerreros, el amor a la tierra. Este sentimiento intangible pertenece al mito de la raza que ya había creado el autor de *La Araucana* y que encontró en Toledo su sucesor más inmediato en el mundo literario. Oigamos la arenga que dirige el viejo y bravo Anganamón a los españoles:

*El general salio de adonde estaba
de dos o tres no mas acompañado,
mas cerca de los muros se llegaba
para poder hablar mas descansado:
Las razones que dijo interpretaba
un faraute mestizo relizado
pérfido, prodlior, malo, proterbio,
y aquesto dijo el barbaro soberbio:*

*Si lastima y piedad no me moviera
ni el intenso dolor que me ha nwvido,*

de vosotros jamâs no pretendiera
 recibir ni aceptar ningûn partido:
 que bien con este ejérâto pudiera
 haberos totalmente consumido.
 y no Juera para el hacerlo grande cosa
 ni para mi otra mas dificultosa.

Sin mirar los trabajos y aflixiones
 que en tiuestro t'tempo Prospero nos disteis
 ni la larga prisi6n ni a las pn-siones
 en que sin causa alguna me tuvisteis;
 ni menos las posadas opresiones,
 ni el gran rigor con que nos oprimisteis
 ni vuestras ordinarias injusticias
 ni sobra de tnaldades ni malicias.

Ni la gran crueldad ni muerte horrenda
 que di'steis a la vida de mi vida,
 a Mz'llarca dulce y cara prenda,
 prenda cara de mi la mas querida,
 que ,51: antes que la coterâ se encienda
 -Y la batalla rigida y reiiida
 t,miros a hablar y aconsejaros
 y con la paz sabrosa con'idaros.

Pues digo que os rindais luego vosotros
 si no quereis Perder la vida amada;
 que mejor vivireis entre nosotros
 teniéndola segura y descansada;
 que los pasados tiempos ya son otros
 y esta toda la tierra !evantada
 no t'z'enen Juerza noya los cristianos
 para Poder sacaros de mfs manos.

Mejor os mantendremos en justicia,
 a vosotros nosotros honraremos
 que a nosotros vosotros, y amicitia
 con mas voluntad Je y amor tendremos
 que por vuestra ambici6n y gran codicia
 padecéis la miseria que ahora vemos,
 pues jamas cœm lo bueno os contestasteis,
 ni la codicia y pesca de oro hartasteis.

*Si en lo moderado, justo y bueno
contentado os hubiérades yo os digo
que nunca en todo el término chileno
tuviérades jarnas indio enemigo:
mas am-zo sois amigos de lo ajeno
y agudos en el aspero castigo,
acordamos sufrir antes la muerte
que una vida vivir tan cruda y fuerte.*

*Asi por la impiedad vuestra y maldades
la inmensa Majestad de Dios eterna
os envia cual Dios calamidades
por su justa justicia que es suprema:
si vuestras perniciosas y maldades
y la codicia viérades interna,
elfreno de razón os gobernara,
y nadie de vosotros disparara.*

*Pero como sin él os arrojasteis
en pos de vuestra misera codicia,
los limitados términos pasasteis
de clemencia, piedad y de justicia;
pero ya que a los últimos llegasteis
de la vida y al fin de la malicia
el partido aceptad que ahora os ofrezco,
pues de la que pasais me compadezco.*

(Canto X)

Todo este canto lo ocupan estas arengas de Anganamón, de un subido patetismo y sabor épico. Es, a nuestro juicio, uno de los trozos mejores del poema.

El indio de Toledo, como el de Ercilla y Ofia, aparece profundamente idealizado. Las características sensibles que la historia ha considerado como propias del español, verbigracia, el honor, la altivez, etc., pasan al araucano por obra de estos tres poetas. Seria un error no ver en este fenómeno una de las tantas pruebas que ofrece esta literatura de su acentuado espíritu español. El antagonismo -español - araucano encuentra en Toledo un representante genuino al lado de Ercilla, Ofia, y los otros escritores de la Conquista y de la Colonia. Por otra parte, la falta de luz, aire, montañas, a que aludía el señor Medina, re-

velân la ausencia en el poema de toda autêntica alusi6n a esta tierra. En consecuencia, loque menos tiene este poema es ser nacional, como hasta aqui se ha sostenido.

Espiritu equilibra<lo, a Toledo no se le escap6 consignar en versos bellos y bien pulidos el aspecto fundamental que impuls6 la actividad española en Am6rica: la codicia del oro. El trozo que insertamos es, a juicio de Medina, el mas acabado del poema, juicio que nosotros compartimos plenamente. Ercilla y Ojeda tocarân el mismo tema en versos muy parecidos (véase página 254 de este trabajo).

*No les detiene mas a esos hispanos
que la codicia grande del tributo,
que cobran de los miserables villanos
sin trabajo ninguno y a pie enjuto:
no pechar lamas a los Immanos
si nuestra ley guardaran y estatuto:
fueran coma nosotros caballeros,
y no villanos pobres y pec!teros.*

*Mas en buenas palabras y doctrina
las tiene el espanol asi sujetas
di"ciendo que su Je es santa y divina
se guarda coma guarden diez preceitos:
y e-ntiendo que es mas esta golosina
con que ceban a aqueos indiscretos.
Porque ellos jamas hacen lo que dicen
y en el decir y hacer se contradicen*

*Dicen que a su Dias de ellos que le amemos
y nunca jamas vemos que ellos le amen.....*

(Canto 111)

Tal es el *Purén Indomito* en sus mâs generales contomos. Poeta menor al lado de Ojeda y Ercilla, su autor debe tenerse en cuenta, no obstante, dentro de la débil literatura española escrita sobre la conquista y colonizaci6n de Chile, porque ho faltan notas de exquisito valor literario en uno que otro canto <el poema.

ALONSO OVALLE

En el ambiente abigarrado y encendido de fe religiosa de la Colonia, nació el año 1601, en la capital del Reino de Chile, don Alonso Ovalle, uno de los escritores más justamente celebrados y admirados de la literatura de esta época. Fueron sus padres don Francisco Rodríguez de Salazar y doña María Pastene de Astudillo, nieta del famoso Juan Bautista Pastene, que tan buenos servicios prestara al jefe de la Conquista de Chile, don Pedro de Valdivia. Personas pudientes y consideradas en la sociedad de entonces, dueñas de ricas y extensas encomiendas, dieron a su hijo la educación propia de aquellos tiempos: la religiosa. En efecto, estudió don Alonso, junto con Tomás, su único hermano, en el Colegio que a la sazón regentaban los padres jesuitas, dando muestras de especiales aptitudes para el estudio a la vez que de una fuerte vocación religiosa. Esta última virtud del estudiante no pasó inadvertida a los ojos perspicaces de los frailes, quienes vieron en el joven estudiante un buen partido para la Orden, habida consideración a sus títulos de primogénito, heredero de un mayorazgo en Castilla, provocándole, al fin, la decisión de vestir sotana.

La manera como Alonso Ovalle se hizo sacerdote no se parece ni con mucho a la corriente en nuestros tiempos. Necesitó vencer silenciosamente la voluntad férrea de sus padres, quienes le tenían deparado, quizá, un destino más dulce y confortable, pero más que todo esto, necesitó vencerse a sí mismo antes de tomar la irrevocable decisión. El hecho ha sido narrado con todas sus menudencias por don José Toribio Medina. «En aquella época - dice - contaba ya diecisiete años y comenzaba su padre, con este motivo, a reunir alguna hacienda para que con decoro hiciese el viaje a España a tomar posesión del mayorazgo. . . . Celebrábase por aquellos días en la ciudad cierta fiesta de aparato. Alonso manifestó en su casa gran contento procurando engañar a su padre que nada sospechaba; vistiéndose sus trajes más deslumbrantes y salió acompañado de su hermano. Al regresar, cerca de la oración, tomó un atajo; - que llevaba a la portería del Convento de los Jesuitas, se desmontó del caballo, hizo que su compañero se detuviese y después de dirigirle algunas frases de despedida se entró a los claustros.» (*Histórica Relación del Reino de Chile*, prólogo, pag. VI).

Cuando supo don Francisco por su otro hijo la triste noticia, acudió rápidamente al convento, hizo llamar al provincial, don Pedro de Ofiate, pero el resultado de todos estos trajines, distó mucho de ser el que él esperaba. En efecto, el provincial, ladina e inteligentemente, evadió toda contestación y arreglo posibles, alegando que él no podía ni debía contrariar la voluntad del adolescente. El alboroto en casa pasó de castafío a oscuro. Empeños van y vienen sin éxito alguno, pues el hijo se mantenía en los silenciosos claustros del Convento, prisionero de su fe, y los jesuitas, por su parte, impertérritos y celosos centinelas del nuevo recluta llegado a sus filas.

Ante la contrariedad de los hechos, concibió don Francisco la más extraña y desesperada de las ideas: raptar, sencillamente, a su hijo. Oigamos más largamente a Medina esta fase del incidente: «Talera la impaciencia de los más directamente interesados en la pronta salida del joven, que para los <lias del Gobernador annaron una mascarada con el intento de robárselo. Formose gran bulla con la comparsa, se le juntaron todos los servidores y desocupados (que no eran escasos) y con graciosísima algarazara fueron a parar por delante del convento, esperando que lo gracioso y raro del espectáculo llamase la atención de los tonsurados, los que no dejarían de salir a la puerta a asomarse al ruido y novedad. Mas, pasaron y aunque no pocos de los padres se agruparon en la puerta, ni siquiera se divisó al joven Ovalle

>Parece que éste al fin desistió, por entonces, de toda gestión judicial o extrajudicial, pues el secuestrado fué después de seis <lias devuelto al Colegio de San Miguel, donde los sacerdotes lo recibieron con los brazos abiertos.

>No dejaba_n, sin embargo, de estar inquietos, temiendo las nuevas tentativas que pudiese hacer la familia del nuevo prosélito, y con el fin de verse libres de estas inquietudes, resolvieron mandarlo a Córdoba del Tucumán a que concluyese su noviciado.

-No se mantuvo esta resolución tan en secreto que don Francisco Rodríguez no llegase a conocerla, y se dijo que era Uegado el caso de ohrar activa y enérgicamente, ya que los desfíladeros-de la cordillera tan buena ocasión iban a ofrecerle de recobrar a su hijo.

»Al efecto, hizo que con anticipación, hombres armados se apostasen en los pasos más estrechos, y que tan pronto como divisasen a la comitiva de los padres, le arrebatasen el novicio.

Mas, quiso su desventura que los guardas se descuidasen, sin que ni siquiera supiesen cuando los religiosos habfan cruzado aquellos lugares. (Historica Relacion del Reino de Chile, prólogo, Págs. VI - VIII.)

Este acto de don Alonso, nacido de su indudable entrafia mistica, es un pequeño simbolo de lo que sera más tarde en pleno ejercicio de su ministerio sacerdotal. En efecto, el impulso pasional de los primeros años no lo abandonará por todos los días de su vida y, por el contrario, alentará en él enhiesto, a pesar de las dificultades conaturales en aquellos tiempos al ejercicio de tales funciones. Demostró dentro de la orden condiciones intelectuales superiores y habilidad grande de orador. Casani, citado por Medina, dice a este respecto: «Terua en esto (la oratoria) singular talento: era fecundo en el hablar, agradable en el decir, y como su voz salia de aquel corazón abrazado encendia en devoción a cuantos le oian.» El pasional de los diecisiete años ejemplares de rebeldia heroica y mistica, pasados los años, continúa alentado por idéntico espíritu pasional. Admirable lección de secuencia y destino humanos. Su espíritu evangelizante no dió señales de desfallecimiento en ninguna ocasión. Anduvo de una parte a otra, dentro y fuera del país, siempre con la cruz en la mano, desencajado el rostro de lirio, cantando su fe y echándola a manos llenas, como buen sembrador, en la tierra oscura del alma de los hombres, o como él ha dicho, con palabras de una insuperable belleza: «en la descomulgada tierra del corazón», frase que le hemos leído emocionado en las paginas de su relato. Tal fué don Alonso. Un pasional, un místico.

Le faltó, sin duda, como a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz, cavar más hondo en su propio espíritu para alcanzar las altas moradas del éxtasis y de la perfecta comunión con Dios. Don Eduardo Solar Correa adroite en este punto una conjetura tan bella como juiciosa. Dice que don Alonso faé un místico frustrado, alevosamente frustrado por el paisaje exuberante de esta tierra que le tocó mirar durante largos años de su vida. En efecto, la tierra chilena, henchida de colores, fragancias y alegrías silvestres, salió al encuentro del sacerdote y del artista, conquistándolo por obra de un dulce embrujamiento.

Pocas veces un artista nos ha revelado la emoción de la tierra, de esta tierra, sentida en forma tan artistica como Ovalle.

Sus palabras tienen, a ratos, sabor a milagro, temblores de creación pura. Se ha dicho de él que es el «descubridor» del paisaje chileno y se ha dicho verdad. Nadie antes se había anegado tan dukemente en su poma de colores y fragancias. Nadie. Pero tan alta gloria, que solo en este último tiempo ha venido a otorgarsele, no se operó en él sin detrimento de su intimidad espiritual. La tierra, lanzándolo hacia afuera, le impidió el camino hacia adentro, la agonía perfecta <el espíritu, estado al que queda reservado por manera irrevocable. Santa Teresa y San Juan de la Cruz, en cambio, tuvieron frente a sus ojos el paisaje estepárido de Castilla, soledad inmensa llena de sol y de transparencias cálidas de aire, soledad soledosa que al místico le sirve para arrebujarse mejor dentro de sí mismo. Ovalle no tuvo esta suerte. Fue un místico frustrado. Nuestra tierra lo desvió lo menos un cuadrante de su destino verdadero.

El año 1646 encontramos a don Alonso en Roma, donde asiste en calidad de Procurador de la Vice - presidencia de Chile, a la Sexta Congregación de la Orden. Ese mismo año publica su obra *Historia Relación del Reino de Chile*. De regreso a esta tierra, el año 1641, muere serenamente en el regazo de su Dios amado, en Lima, víctima de una enfermedad cruel e inesperada.

Ovalle es mucho mejor artista que historiador. *Comb* historiador comenta de segunda mano, sin la objetividad y verismo indispensables a las obras de este género. En cambio, cuando describe la naturaleza y los menudos aspectos de la vida colonial, entonces sí que el chorro cristalino de su alma se yergue y levanta en toda su majestuosa belleza. Es aquí donde don Alonso alcanza las notas más altas de su jomada artística. Diríase que está en su elemento, en el centro mismo de su fuerza creadora, que ahora es dueño y señor de sus emociones.

Vió y sintió esta tierra a través de todos los sentidos en espasmos y deliquios supremos. Fue un sensual, pero un sensual a su manera, muy distinto a Rosales, el otro escritor magnífico de esta época, que no se detuvo en la contemplación de la vida, como ocurre en este escritor, sino que la estrujó con bríos en sus brazos de soldado injerto en un sacerdote. La actitud de Ovalle es donosa, sutil, enamorada frente a nuestra realidad. La amó con toda el alma. Rosales, mas hombre, la amó con todo su ser.

De la cordillera chilena dice hennosas palabras: «Vamos por aquellos montes pisando nubes, y los que talvez andando por la tierra la vemos sin que se atraviere cosa que nos irnpida su vista y levantando los ojos al cielo, no le vernes por impedir las nubes de que esta cubierta; al contrario hallândonos en esta altura se nos cubre la tierra sin que podamos divisarla y se nos rnuestra el cielo despejado y herrnoso, el sol claro y resplandeciente, sin estorbo ningw10 que nos irnpida la vista de su luz y belleza. . . . El arco iris que se ve desde la tierra atravesar el cielo, le vernes desde estas cumbres tendido por el suelo, escabelo de nuestros pies, cuando los que estân en él, le conternplan sobre sus cabezas; ni es menos de maravillar que vamos pisando aquellas pefias enjutas y secas al mismo tiempo que se desgajan las nubes de agna y inundan la tierra, come lo he visto muchas veces que tendiendo la vista hacia abajo, rmiraba que llovfa con gran fuerza y al mismo tiempo que estaba contemplando desde lejos tcmpestades deshechas y copiosos agua. ceros en la profundidad de los valles y quebradas; levantando los ojos al cielo admiraba la serenidad que en todo él se veia, sin una nube que turbase el aire, ni pudiese impedir su hermosa vista

» Pero lo que he visto muchas veces es que cuando después de algun buen aguacero que suele durar dos y trcs dias, se descubre esta cordillera (porque todo el ticmpo que dura el agua es:it cubierta de nublados) aparece toda blanca desde su pie hasta la punta de los primeros y anteriores montes que estân delante y causa una hem-osisima vista, porque es el aire de aquel cielo tan puro y limpio, que pasado el temporal, aunque sea en lo mas riguroso del invir,mo, lo despeja de manera que no parece en él una nube ni se ve en muchos dias, y entonces, rayando el sol en aquella inmensidad de nieves y en aquellas empinadas laderas y blancos costadcs y cuchilla de tan dilatadas sierras, hacen una vista a los que nacemos alli y estamos acostumbrados a ello, nos admira y da motives de alabanza al Criador, que tal belleza pudo criar.» (*Historfra Relacion*, pág. 25.) La cita es bastante conocida. Más adelante, tratando siempre el mismo tema, constru-ye irnâgenes, frases de adolesrencia sensual, que transparentan su emoción auténtica y pristina de la tierra: «\1.enester fué para contrapeso y alivio de los ligros y penalidades de estos caminos, que templase Dios sus rigores con el entretenimiento de tantas y tan alegres fuentes y manantiale „comQ los que se van descubriendo y gozando por e_llo; vense

algtmos descolg2rse de una imperceptible altura y no hallando obstáculo en el espacio intermedio, saltar esparcido todo el golpe de agua, que suele ser muy grande, y desbaratándose en el camino en rrenudas gotas, hacer en la bajada nna hermosísima vista corr.o de alj6far derramado o perlas desatadas, que con la fuerza del aire que sopla, ya de esta parte, ya de la opuesta, se cruzan y entretejen entre si, harioendo un vistoso hondeado desde el alto de su nacimiento h2sta la tierra

»Otros se de\$pefian de no mener altura por pefias, que con sus diferentes posturas y disposiciones, los hacen saltar de marrera que ya toman ésta ya aquella figura; aqui se levantan en forma de penachos y vistosos plumajes, alli se esconden como fugitivos por las grntas y cuevas, y remanecen donde menos se piensa, haciendo espuma y cubriendo como de escarcha las piedras por donde pasan. Unas veces se extienden y explayan con mansedumbre por las pefias lisas y llanas, otras se encanalan por las cuchillas de otras, por donde se precipitan, ya culebreando como ierpe, ya dividiéndose en varias ramos y pasando por entre gnijas a su centro.

»Vi otros que antes de llegar a la tierra se desataban y dividian entre si, de manera que en medio del cnmino formaban una espesa lluvia; otros paredan garua y rodo o atomo de sol.» (Cap. VII, pág. 32.)

La naturaleza hiecre su senE:ibilidad sin preponderancia de sentido alguno. He aqui loque dice del agua, motivo dilecto de inspiración en todos los tiempos, revelándonos que dentro de su privilegiada organización sensorial, las sensaciones del tacto son para él mas que sensaciones, verdaderas crr.ociiones: «Entre otras, no puedo dejar una que esta en el Noviciado de la Compañia de Jesús de BucaJemu, cuyas aguas no sé que tengan semejante, a lo menos yo no las he visto tales y aun sin b'berse se conoce con el *lacto su nobleza*, porque su blandura y suavidaè. es como de mantequillas, y asi ablandan y molifican las manos, de manera que a pocos <lias de lavarse con ellas se conoce la diferencia que hacen manifiestamente en el tarto. (Pâg. 57, *Hi'storica Relacilm.*)

El olor de las flores y de las pomas liturgicas también andan entreverados en el mar emotiYo de su espfritu. Es curioso observar que los escritores españoles, franceses e ingleses, y aun los escritores americanos, no acusan siempre ante el medio circundante idéntica actitud de deleite o fruición estética. Unos preponderan mas ciertos sentidos; Baudelaire, por ejem-

plo, es un olfativo terrible; en Verlaine, el de la *musique avant tout chose* predomina el oído; y en Juan Ramón Jiménez el sentido visual, pues todo lo siente y gusta a través de él.

El lado fuerte de la *Historica Relacion* es éste.

Cuando narra hechos pule la frase, el léxico es blando y jugoso, pero nunca alcanza las altas latitudes que cuando describe y habla de sus vivencias sensoriales.

De místico que era por vocación pasó a extravertido furioso y goloso. El paisaje chileno torció a ratos su destino. Su amor por la naturaleza y la vida está bien reflejado en la siguiente confesión: <Y todo lo puede haber hecho el autor de la naturaleza, que tan liberal y benéfico se mostró con aquel país, donde son tantas y tan maravillosas las propiedades de que goza, que no es mucho que se sepan todas, particularmente que los que nos empleamos en aquellas partes en la conquista espiritual de las aimas, nos queda muy poco tiempo para escudriñar estas y otras curiosidades y secretos de la naturaleza.

(Pág. 60, t. 1)

Así fué, en efecto. La conquista espiritual de las aimas, lo salvó de su inclinación de explorador, y pudo morir, camino a Chile, santamente, como había nacido y vivido.

DIEGO DE ROSALES

Si la *Historica Relacion* de Alonso Ovalle es la más alta manifestación artística de la literatura en prosa de esa época, la *Historia General del Reino de Chile*, de Diego de Rosales, es el libro más importante en su género de cuantos se escribieron en los años coloniales. Reune el libro todos los requisitos necesarios para merecer este título. Es vasto y rico en hechos comentados. Está escrito en forma personal con agudo sentido de la verdad histórica y no carece, por otra parte, de primores estilísticos, sabrosos como frutas silvestres, que exalten la emoción estética pura en el espíritu. Todo interesa y coge igualmente la atención en sus páginas. Ora es la relación imparcial y bien documentada de la conquista y colonización de Chile, en la que a diferencia de Ovalle, Vidaurré y Molina, prefiere la tradición oral a la escrita, como son las sabrosas y chispeantes anotaciones sobre la vida del indígena, verdadero hallazgo de Rosales, pues discurriendo sobre sus costumbres y supersticiones

nos ha dejado cuadros novelescos de un perdurable valor para la historia literaria; al mismo tiempo, anota su pluma minuciosas pinturas de la naturaleza chilena, mirada en todos sus aspectos, que le dan oportunidad para el ágil discreteo filosófico - disciplina de la que se manifiesta algo picado - así como para jugar con las emociones de su espíritu, en espléndidas sesiones de alta poesía.

El talento creador de Rosales toca todas las cuerdas posibles de la inspiración y el conocimiento. No es un artista excelso como Ovalle, ni un erudito organizado y severo como Molina, pero tiene de ambos escritores la sensibilidad y el talento necesario para participar de ambas tendencias literarias. Es este, a nuestro juicio, el aspecto más saliente de su obra. Lástima grande que los tratadistas españoles no le hayan concedido hasta ahora la atención que bien merece este preclaro historiador de los hechos ocurridos en Chile. Creemos que sin menoscabo del prestigio de un Lope, de un Quevedo, de un Cervantes, Diego de Rosales podría figurar al lado de ellos, en cualquier panorama literario de las letras peninsulares.

La filiación humana y espiritual de Rosales no puede ponerse en duda siquiera un momento. Es español por los cuatro costados. Nació en España, se educó en España y vino a Chile a vivir y desempeñar su misión de sacerdote con auténtico espíritu de español. El lo dice en las primeras páginas de su obra magna, en cálidas palabras que valen por la mejor profesión de fe españolísima: «Y yo confesso que a no aver visto por vista de ojos muchas de las cosas de esta historia y a no aver tenido relaciones tan veridicas de personas que se hallaron presentes a los sucesos que en ellas se refieren, no me atreviera a escribir de lo que no incurriera en la nota de menos puntual. Y un con aver estado tantos años doctrinando los indios Araucanos, los de Tilcapel, Paicabi, Boroa, Toltén, Imperia!, Villarrica, y aver discurrido por toda la tierra, desde Santiago a Chiloé, aver pasado la cordillera dos veces y puesto en paz a los puelches y peguenches, comunicado con hombres muy entendidos de sus usos, costumbres, ritos y ceremonias, y examinado diligentemente los sucessos de la guerra, acompañado muchas veces el ejército, que todas son circunstancias que acreditan mucho la verdad, temo según son los pareceres de los hombres y las inclinaciones a censurar, que algunos pondrán en duda en la puntualidad. Mas puedo asegurar, que me he preciado de ella y afectándola con todo cuidado, ya por mi profesión, ya por mis años y ya por cas-

tellano que en la sinceridad de la verdad y en la puntualidad tienen mucho crédito adquirido los que lo son.» (1) Después de leídas estas palabras resulta, en verdad, algo molesto e increíble el afán de nuestros tratadistas por chilenzarlo a la fuerza, transgrediendo sus propias declaraciones. Las razones aducidas por los tratadistas ya han sido estudiadas en párrafo aparte. El delicado esteta Eduardo Solar Correa - último representante de esta tendencia crítica errónea - culmina la nota de los despropósitos cuando dice, en su estudio sobre Resales, digno de la más alta estimación, por otra parte, que la literatura colonial *chilena* no tiene parentesco alguno con la literatura española de su época. Error enorme del grande escritor. Las obras de Ovalle, Resales, Oña, Ercilla, etc., tienen más relación de sentido y de espíritu con las letras españolas que con las chilenas. El autor del *Arauco Donado* bebe en el mismo vaso lírico de Góngora y Argote, su inspiración poética. Ovalle, artista delicado, tiene la misma gracia transparente de Alonso X cuando éste entona su pluma en la *Crónica General de España*, para alabar las excelencias de su patria. Y Resales, el gran Resales, expresa en su prosa briosa y fuerte, el mismo espíritu de los grandes maestros de las letras españolas. Es cuestión de leer escudriñando el espíritu de la letra para darse cuenta de estas curiosas verdades estéticas. Para nosotros, volvemos a decirlo, el problema está resuelto. Toda esta literatura es española. En el caso de Resales, especialmente, es demasiado española.

Comparemos un instante a Ovalle con Rosales. Son dos temperamentos opuestos que no se complementan, que se oponen abiertamente. El primero, artista por excelencia, se solaza en el espectáculo de esta tierra, la mira con ojos de enamorado - de enamorado por primera vez en su vida - tembloroso de sentirla viva en todos sus sentidos. Su espíritu emocionado persigue la luz, el color, el olor, la transparencia del cielo chileno, la belleza multicolor de esta tierra. No va más allá. Tiene en el alma levadura mística. Su comentario de Chile dice que es el de un sacerdote, arrodillado ante el espectáculo de la tierra chilena, como si fuese un regalo de Dios. Rosales, no. Quiebra todas las vallas. Hombre más culto y ávido de curiosidades que Ovalle, adopta ante los

(1) *Historia General del Reino de Chile*. p. 110. r. I.

hechos una actitud más severa y práctica si se quiere; alma robusta y bien dotada para el goce de la vida, la estruja en sus brazos, la paladea, la palpa, la trata de igual a igual, con prepotencia de hombre sano. En las primeras páginas de su historia puede decir que ha recorrido palmo a palmo esta tierra, que ha adoctrinado indios en el corazón de la guerra, que escribe en consecuencia con toda «la sinceridad de la verdad» - propia del castellano. Alma gemela a la de los exploradores del mundo, tiene a honor contar sus miles de experiencias vividas. No es un artista. Es un escritor recio y corpulento. Resulta algo difícil filiarlo dentro de un canon estético determinado. Con todo, como anota Solar Correa, representa en la literatura colonial un espíritu más ponderado y severo que el de Ovalle. La preocupación filosófica, el pensamiento ordenado y causal, son síntomas, a través del libro, de su sentido original y personal de las cosas. Frases como éstas: «como dicen los filósofos», «el Príncipe de los filósofos, Aristóteles, dixe» exoman el libro aquí y allá de un espíritu crítico más severo que el de Ovalle. Su actitud filosófica y pragmática de la vida, se revela, además, en este breve trozo en que se refiere a la cordillera y sus fuentes - motivos de alta inspiración artística en Ovalle - diciendo: «Mucho assumpto dieron a los poetas las cristalinas fuentes de la cordillera nevada y su marítima, por verlas descolgarse de los riscos esparciendo aljófara, hechas sierpes de cristal, arrollando finísimo oro y encubriendo en sus arenas lo que la sed humana sierripre anhela. Solamente haré mención de algunas que son provechosas para la salud y cuyos buenos efectos se han cumplido en varias experiencias. Aquí está nuestro historiador retratado íntegramente por sus propias palabras. No le interesa mucho la poesía.

Alma proteica y multiforme, el Padre Resales merece bien de la historia por las múltiples facetas de su obra. Todo cuanto un hombre culto puede aspirar a conocer de nuestra prehistoria (1) es tratado en el libro con rigurosa verdad y espíritu realista. El indio desleído y filológico del siglo XVI y los poetas épicos aparece más real y verdadero en la Historia Ge-

(1) Decimos así imitando a Karl Vosler, quien en su estudio sobre el pueblo español hace derivar su historia sólo del año 1492, fecha de la unidad política y nacional de España. Para su criterio biológico - histórico los siglos anteriores son de transición y lucha entre las distintas civilizaciones que en etapas históricas sucesivas penetraron en la Península; llamamos prehistoria chilena, por idénticas razones, al período anterior al año 1842. En esta época nace la historia nacional.

neral. Es posible que no siempre Rosales apunte la verdad estricta en sus comentarios - no estamos en situación de resolver la duda - pero en todo caso sus observaciones sobre el indio son curiosas y sugerentes. He aquí algunas. El indio es generoso: «I es cosa infalible - dice - y cortesia asentada que en llegando uno a casa de otro o pasando por ella, aunque vaya muy de prisa, ha de pasar y le han de poner una botija de chicha que la acabe, y cuando se quiere ir a la puerta ha de beber un cántaro y le han de importunar que se no vaya, y en subiendo a caballo, como si no hubiera bebido gota, llega por un lado el duefio de la casa y le brinda con un jarro, y la mujer lleva un cántaro y se le pone en el arción de la silla, y le ha de beber y repartir pQr más que haya bebido, y aquel es para que en el camino no tenga ha111bre ni sed. Y 'que no diga: «Pasê por la casa de tal indio y no me dió una sed de agua.» (Pâg. 155, t. 1).

Esta generosidad recuerda en mucho la proverbial bonhomía de nuestro campesino. El festejo, como se ve, no ha cambiado: es el trago.

El indio es pendenciero con un sentido fatal y sangriento de las luchas: «Cuando pelean dos solos en las borracheras o en sus juegos es cosa graciosa el verlos, porque si el uno comienza primero a dar al otro de puñaladas, se está quedo sin resistirle ni repararlas, ni cubrir el rostro, antes le está diciendo: *dame, dame mas.* Y en cansándose el otro de darle le <lice: *Tienes mas que darmes?, miralo bien, dame mas.* Y si dice que no tiene más que darle, se escupe las manos el que ha receivedo y se las refriega muy bien, y luego le da de puñetes hasta que se harta y le llena las medidas, sin que el otro se defienda ni rehuya el rostro ni se queje por más que le dé.

, I son tan bárbaros que aun con los cuchillos suelen tener este mismo modo de pelear, que en habiendo dado el uno al otro las puñaladas que ha querido u sufridoseles sin meniar ni pie ni mano le dize: Tienes más que dar?, y en diciendo no, se levanta, y chorreando sangre como está, le pide el cuchillo con que le ha dado quantas heridas ha querido y le dize: Pues recibe tñl ahora y le da otras tantas puñaladas o las que le parece, y con esto se acaba la pelea y se va a curar cada uno.» (Pâg. 134, t. 1)

Tienen también costumbres típicas y extrañas que el sacerdote comenta con cierta ironía y malicia. He aquí lo que dice

sobre el parto y el nacimiento de un araucano: <I quando la madre entre con el hijo le nombran por el nombre que le an puesto, diziéndole: <Seas bienvenido, fulano>, tcdos le brindan al nifio con la chicha . . . : . Si es hija, la ponen tarnbién su nombre, y cuando sirven los platos o la cornida y los jarros de la bebida, le dizen, por gracia al convidado: Este guisado tan bueno te ha hecho Fulano , nombrando a la nñia recién nacida; d esta chicha tan sabrosa te ha hecho ella para regalarte. - Con que se celebran los guisados y se alaba la chicha encareciendo la gracia de la nifia; y de esta suerte festejan su nacimiento. En creciendo las ninas, siendo mujeres, no nombrarán su nombre por cuanto ai, porque se persuaden a que si le nombran se ha de caer muerta. Y la misma abusiôn tienen las suegras con los yemos, que no los han de nombrar ni llamar por sus nombres, porque èizen que en nombrândolos se le caen las muelas. Y aunque las viejas que ya no las tienen, los podrñan nombrar sin ese peligro, con todo esto son obser.-antes de su abuso y nunca los quieren Umar por sus norrbres pr0pios.» (Pâgina 166, t. 1.)

A pesar de su actitud declarada varias Yeces de no afirmarse sino en la experiencia, nuestro historiador no pudo ,encer el mito del araucano creado por Ercilla. Nos lo pinta en su prosa vivida casi en los mismos términos que el poeta de *La Araucana*: «Son por lo general de cuerpos robustos, bien formados, fomidos, de grande espalda y pecho levantados; de recios miernbros y gruesos mceles, agiles, desenvueltos, alentados, nervudos, animosos, atrevidos, duros en el trabajo, sin hacer caso de los frios y aguaceros. • (Pâg. 117, t. 1.) Corresponde a él, junto con Ovalle, la despoetizaciôn, ,alga la palabra, del mito ya estudiado, o sea, su afirmaciôn històrica. Hoy dia vemos erigido al indio en las estatuas de los paseos pùblicos y todavìa vigente, como fuerza creadora de la naciôn, en los poetas Antonio Bórquez Solar y Victor Domingo Silva.

Su espiritu férvidamente evangelizante lo hace referirse a los afios de la Conquista en téinlinos de la mas enéigica protesta. Son palabras candentes y âcidas las suyas. verdaderamente revolucionarias para su tiempo. El hombre grande e inmenso que es Rosales adquiere relieves superiores cuando toca esta materia. Oigâmosle breves n:omentos. Dice de los indios: <No se rebelan contra el Rey, que el rey es justo y bueno, ni contra Dios, que la palabra de Dios no les haze mal ni agravio

ninguno. Contra los que rebelan es contra hombres que siendo cristianos y debiéndoles dar buen ejemplo viven sin Dios y sin ley y no cuidan de que sus indios sean cristianos ni aprendan las oraciones y los misterios de nuestra santa fe, sino que *todo su cuidado lo ponen en enriquecerse. Volver reventar a los indios en el trabajo*, a quienes pedirâ Dios cuenta de tantas aïmas como se pierâen, que si los hubieran tratado cristianament a los principios, no se hubieran alzado ni e hubiera perdido tanta cristiandad como se perdió entonces y se continua en los venideros, que Yan heredando el aborrecimiento a los españoles sus antepasados y acrecentândoles, porque siempre ay agravios y malos tratamientos, ya de los encamenderos, ya de los soldados, que como gente licenciosa no saben contenerse en hazéselos. Pásemos a otra casa. Con dezir que mâs guerra nos hace la codicia y el deseo de enriquecer a costa de la sangre de los indios, que no los mismos indios y la sangre que han derramado. *Y esto se vera mas claro en el Tribunal de Dios donde las verdades se ñen sin rebozo y donde la sangre del pobre pedirâ venganza.*» (Pag. 00, t. II.)

Es admirable, por otra parte, la riqueza realista y popular del lenguaje de Rosales. De todos los escritores de esta época es el mâs vivido y grâfico que conozcamos. Su pluma chorreante de vida, se empapa en la realidad misma.

Hemos anotado en nuestra lectura algunos trozos de los muchas que abundan en el libro que revelan esta condición de su talento creador.

El indio Liengenu quedó en la campaiia como muerto, hecho un amero de lanzadas, sin abrigo.» (pag. 226, t. 1)

«Era este varbaro alto de cuerpo, todo niervos pegados al pellejo, un esqueleto retobado con piel adusta.» (Pag. 55 t. II.)

«Puesto en medio el valiente TuEcupichun, blandiendo su lanza y haziendo sus acorretidas con su cuerpo, que mâs parecijt formado de raizes secas que de carne.» (Pâg. 55, t. 1)

De los efectos de una hierba -la pichoga -<lice estas palabras fuertes y enérgicas, que no dan lugar a dtidas para calificarlo como buen español en cuanto no escatin-a la palabra dura ni rchuye el lado crudo de la realidad: «La pichoga es una yerba effiéassisima para purgas, de tal suerte que es menester saberla moclerar, porque si no va con gran fuda. I para hacer una hurla es ordinario el darla en qualquiera bebida y al punto anda tan de carrera el que la bebe que si no le dan con que atas.

car los cursos le pone en la espina.» (Pág. 238, t. I.) A ratos Rosales recarga con exceso, el dibujo, lindando entonces su fuerte espíritu realista en lo caricaturesco: «Pareció a todos bien este conexo de Volicân, y assi, ajustando luego los medios, elixieron para la embajada al cacique Curaquilla, en cuyo talle y cara parece que llevaba el sobre escrito de la falsedad, cuyo rostro era dernâs de esto corcobado y contrahecho, con dos corcobas como hombre a dos hazes que a todas partes haze y tan de espaldas esta por delante como por detrás.» (Pág. 257, t. III.) Creemos que esta caricatura del cacique podría servir, a no existir otro, como argumento decisivo para probar el arraigado españolismo de su pluma. En efecto, el español propende a la caricatura, al dibujo recargado como puede observarse en Quevedo, en Cervantes, en Goya y ahora ultimo en el genial Picasso. Y es que el hábito de lo objetivo, de la realidad, provoca en los individuos este deseo de juego, hurta burlando, que no rebalsa el mundo real de que nace sino que se queda quieta en ella. Vamos. La caricatura - valga la disquisición - no podrá ser jamás greguerfa, porque mientras ésta desrealiza los fenómenos en trance poético, aquélla los retuerce sin quitarle nada de la sustancia que lleva en su interior.

El español es ducho y versado en este viril ejercicio. De ahí que Corpus Varga, al hablar de la «timidez española», refiriéndose a su literatura, se haya equivocado candorosamente. La literatura española, sobre todo cuando caricaturiza, es y será siempre muy real.

En cambio, la literatura novelesca chilena no ha alcanzado todavía este grado de confianza con la realidad que observamos en los escritores españoles. Es grave y torva. No se ha entregado todavía el escritor chileno al objeto de la creación - el hombre o el mundo - como lo hace el español y más intensamente aun, el ruso, con toda el alma.

Dejemos a un lado estas disquisiciones puramente intuitivas y volvamos a Rosales.

Eduardo Solar Correa ha observado en él cierta golosa disposición para la buena mesa. Efectivamente, nuestro sacerdote se deleita voluptuosamente cuando se refiere en algunos capítulos a las aves y peces, relatando el sabor de sus carnes y hasta el olor saludable que despiden desde el plato humeante. Es un gastrónomo sin cuartel y este hecho, bastante antipoético,

corroborar cuanto hasta aquí se ha dicho sobre su buen sentido de la vida. Pero no piensen mal por esto de Rosales. Si estuvo lejos de ser un artista puro como Ovalle, ello se debió más que nada a su privilegiada organización sensorial, hecha para vivir la vida por todos sus costados, universalmente. Rosales fue artista cuando había que serlo, así como también a su tiempo fue misionero, gastrónomo y amante de la filosofía. Cuando le toca sentir la vida en poesía la siente y la siente bien. He aquí algunos ejemplares:

«Cuatro leguas de la ciudad -<lice refiriéndose a Concepción - estaba la mina que llamaban de la Madre de Dios, en una vega apacible, que la fertilizan y alegran hermosos y cristalinos arroyos, cuyas doradas arenas son la risa del prado.» (Pág. 465, t. 1)

De los cisnes :

«Son del tamaño del ánade y su más frecuente estación es en las lagunas y ríos grandes donde navegan con tanta gala que parecen unas bien adornadas gondolas, y sirven de no pequeño recreo a la vista, por ver una nave de pluma blanca nadar con tanta ligereza sobre la blanca espuma.» (Pág. 318, t. 1)

En otra parte se refiere a las lagunas de Chile, que no hay materia de que no hable este escritor:

«De propósito he dejado para la postre. . . . las lagunas de Tagua - Tagua . . . tienen seis leguas de circunferencia, muchas truchas, varios géneros de peces y muchedumbre de pajarería de varios colores que sobre las aguas forman un hermoso jardín de flores vivientes.» (Pág. 258, t. I.) Esto es hablar en poesía de primera calidad.

En resumen, la *Historia Jeneral del Reyno de Chile*, es la mejor obra en su género escrita durante el período de la Colonia, y a su autor, Diego de Rosales, debe condérsele un lugar importante en la literatura española de ultramar.

FELIPE GOMEZ DE VIDAURRE

El autor de la *Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile*, don Felipe Gómez de Vidaurre, nació el año 1748 en la ciudad de Concepción. Fueron sus padres don Juan Gómez de Vidaurre, natural de Salta y doña Manuel Giron. Personas de fortuna, poseía una estancia vecina a Concepción,

donde pasó el futuro jesuita los primeros y mejores años de su vida, a juzgar por los recuerdos que hace en la obra de su niñez y por el espíritu mismo de su caletre, ahincado en el núcleo de esta tierra. Cuando dice Chile, <dice patria. El vínculo del hombre con la tierra es evidente, no admite dudas de ninguna especie. Por esta razón, llamamos a Vidaurre el primer escritor chileno que apunta en la historia literaria nacional.

En el escritor, cuando es de algún rango, habla siempre junto a su espíritu, el alma de la raza, el pueblo en el cual vive. Y Vidaurre en todo momento piensa, siente y escribe con: o chileno.

Contaría unos once años cuando le tocó presenciar el terrible terremoto que asoló la ciudad de Concepción en Mayo de 1751. Poco más tarde su padre lo envió a Santiago para que estudiara en la Compañía de Jesús, ordena que luego perteneciera. El año 1767 - fecha aciaga para la orden - tuvo que partir a Italia, después de saborear con sus compañeros el pan amargo del destierro. Como se sabe, los jesuitas en desgracia fueron trasladados al Perú y de aquí siguieron viaje a la tierra de Dante. Junto con Vidaurre iba otro sacerdote egregio e ilustre, picado como él por el saber y la cultura, y que más tarde habría de distinguirse en el mundo de las letras con sendas obras escritas sobre esta tierra: el abate Juan Ignacio Molina. Digamos, de paso, que la historia literaria nacional, cuenta con orgullo a estos dos escritores en el número de sus hijos predilectos y que la obra de ambos tiene muchos puntos de semejanza. Un fuerte hálito francés vino a soplar sus frentes arruinas y serenas, preñadas de sólidas ideas y de firmes conocimientos, razones estas demás para andar con cuidado si queremos clasificarlos correctamente dentro de algún género literario.

Hemos dicho repetidas veces a lo largo de este trabajo que la nación es ante todo un sentimiento y que el individuo sólo consigue expresarla cuando logra vincularse a ella. Chile en el siglo XVIII estaba aun mucho de este *desideratum*. Vivía atado todavía a los ideales de la España del despotismo ilustrado, enclaustrado en el pedazo de tierra que el destino le señalara, alimentando apenas vagos y esporádicos anhelos de libertad. País en desarrollo y evolución, Chile presenta en esta época, a nuestro juicio, un curioso juego de intereses vitales. Por una parte, la economía en crecimiento, no podía abastecerse con el simple mercado de la metrópoli entregada a 1

incapacidad de los últimos Habsburgo; por otro lado, el soplo enérgico de la Francia de los Luises, señora del mundo civilizado de aquellos tiempos, tanto por su grandeza militar y económica, como por su cultura, hizo sentir su influencia en la Colonia; y, por último, el natural arraigo del chileno, producto genuino de la amalgama español - araucano. Ya miraba estos valles y la majestad de esta tierra como algo propio, profundamente adherido a su existencia. Pero en este juego de intereses es necesario establecer prudentes jerarquías: España manda en sus colonias y al fin de cuentas Chile es español. Lo primero es lo primero. En nuestro caso, España será lo primero. Sin embargo, las ideas, la cultura de esta época, fueron francesas, muy francesas, por lo que no cabe negar la influencia gálica en el cerebro de los hombres letrados del siglo. *Se siente en español, Pero se vive en francés.* De ahí que Vidaurre y Molina nos hayan dejado dos obras de tipo auténticamente francés.

Conforme a los ideales del enciclopedismo los escritores de la época hicieron arte mirando hacia las ciencias. Les preocupó el saber, no la creación estética pura. De aquí resultó una literatura antiliteraria, demasiado razonable, escrita por eruditos y para eruditos. Es lo contrario del arte artístico de que habla paradójicamente Ortega y Gasset cuando define el arte moderno. Y a la influencia del enciclopedismo no escaparon ni Vidaurre ni Molina. Espiritualmente se sienten chilenos - mucho más Vidaurre que Molina - pero intelectualmente operan a traición de una sólida cultura francesa.

Para nosotros el autor de la *Historia geográfica, natural y civil*, es el primer escritor chileno de nuestra literatura. Pero en su caso y en el de Molina es preciso distinguir el fondo de la forma. El fondo es español, admitámoslo de una vez; pero la forma es enciclopédica, vale decir, muy poco o nada literaria. Por esta razón consideramos tanto a uno como a otro los iniciadores de nuestra literatura científica. Si estudiamos a Vidaurre es para probar este punto, pues ni él ni Molina merecen estar incluidos en un panorama literario como es el que hemos hecho en estas páginas.

Que Vidaurre se siente chileno y bien chileno cuando escribe lo demuestra en sus propias palabras muchas veces: «Conozco lo grande del asunto y veo que mis fuerzas no pueden llegar a llenar el proyecto - dice al explicar el origen de su obra - . Con todo, yo lo abrazo por el deseo que tengo de servir al p(

bfico y de hacer conorer a mi patria en su propio y verdadero aspecto.» (Pag. 6) La palabra patria, en este caso, es el timbre de nacionalidad del escritor. Idéntico sentimiento puede advertirse en muchas otras partes del libro, pero sería largo seguir al autor en este terreno. He aquí, sin embargo, lo que dice del abate Molina: «Habian ya salido a luz en italiano los dos ensayos apreciables del señor Juan Ignacio Molina, de los cuales valiéndome, yo confie dar a esta mi obra aquel carácter que me habia propuesto. . . . Porque, a la verdad, es tanta su claridad que no deja lugar a la duda, sus noticias tantas que nada mas se puede pedir. Cuando él describe una cosa, por minima que sea, lo hace como si se hubiese hallado presente, cuando impugna un argumento es indisoluble, cuando discurre, su razón es poderosa y sólida; en suma, su obra lo hace ser un gran naturalista, un sincero historiador, *un modesto vindicador de su patria; y si esta obra ha llenado de gloria a Chile, por haber sido madre de tal ingenio*, ella ha inmortalizado la memoria del señor don Juan Ignacio Molina en los fastes de la historia literaria.» (Pag. 8) Puede verse cómo el patriotismo de Vidaurre es tan grande que llega a participárselo a Molina, quien nunca hablara de esta manera.

Por otra parte, demostrar que a nuestro escritor importa muy poco la frase galana, el escaqueo artistico, no es difícil. No le interesa la verdad caliente y mutable del corazón. Le interesa la fría verdad de la razón. En el capítulo sobre las plantas - alimentares - de Chile dice: «Seria nunca acabar si hubiese solo de hacer mención de todas las plantas alimentares de que usan los naturales del reino, y fuera de mi proposito, que es de no hablar sino de lo que se puede sacar alguno producto de especial utilidad o ramo de comercio.» (Pag. 122, t. 1) ¿Puede llamársele, después de oídas estas palabras, un literato? Creemos que no.

Y conste que nuestro autor ha cumplido a pie juntillas sus declaraciones. Al hablar de los rios, lamenta que no se aprovechen sus aguas en la agricultura o en la industria; al hablar de los metales dice otro tanto. Es un hombre practico y no un literato.

Don Eduardo Solar Correa, que lo ha estudiado como literato, observa en Vidaurre alguna de sus facetas sensibles más notorias. Dice que el centro de su personalidad es la crítica y la polémica. La observación no puede ser mas exacta.

Nuestro autor se muestra siempre descontento de todo y quiere para Chile mejor reputación en el extranjero, menos leyenda sobre su historia y un futuro mejor.

Es cierto que en él asoma el espíritu amplio y generoso de los hombres que al iniciarse el nuevo siglo, con la pluma y con la espada, darán el primer grito de libertad.

MIGUEL ANGEL VEGA I'vIORALES